

**BOLETIN OSAR
AÑO 14 NÚMERO 27 -
AGOSTO 2008**

**ENCUENTRO
NACIONAL DE
FORMADORES**

Paraná 2008

Presentación

El don que el Señor hizo a la Iglesia que peregrina en América Latina y el Caribe en *Aparecida*, ha recibido una preciosa acogida en nuestra Iglesia en Argentina, en la OSAR y en nuestros Seminarios; acogida que ya preparábamos, cuando en febrero de 2007, acordando el tema de reflexión para el Encuentro Nacional de Formadores, indicábamos “a la luz de *Aparecida*”.

Con cada Boletín OSAR queremos favorecer la comunicación entre todos los Seminarios del país, elemento importantísimo para caminar en la comunión que nos proponemos y que el Señor realiza. La mayor parte de este nuevo número está dedicada a ofrecer los textos de las exposiciones de nuestro Encuentro Anual de Formadores, celebrado en el Seminario Arquidiocesano “Nuestra Señora del Cenáculo”, de Paraná, del 28 de enero al 1º de febrero del corriente año. Iniciamos la semana con el habitual retiro, predicado por Mons. Hugo Santiago, obispo de Santo Tomé e integrante de la CEMIN, a quien le agradecemos su presencia y servicio. Con sus palabras nos introdujo en el tema central de la semana proponiéndonos para la meditación: **“discípulos misioneros en una Iglesia misterio de comunión y misión”**. El tema de reflexión, al que dedicamos tres mañanas y tres tardes, fue: **“El itinerario de la formación pastoral a la luz de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano”**, cuyas exposiciones estuvieron a cargo del Pbro. Víctor Fernández, a quien le agradecemos sinceramente su valioso servicio. La mañana del viernes realizamos la asamblea de la OSAR, en la cual, la Comisión Directiva presentó el informe 2007, acordamos tema, lugar y fecha del Encuentro 2009 y participamos de un rico diálogo abierto a partir de lo reflexionado en la semana.

Agradecemos la generosa acogida de Iglesia de Paraná, de su arzobispo, Mons Mario Maulión y de su obispo auxiliar, Mons Daniel Fernández; la atención, el trabajo y el servicio de los hermanos del Seminario de Paraná, seminaristas y formadores: sabemos de todo lo que implica sostener la realización de estos encuentros. Valoramos y agradecemos la presencia de los obispos que nos acompañaron fraternalmente durante el Encuentro, del padre Carlos Silva Guillama, del Seminario Mayor de Montevideo y del padre costarricense Alexis Rodríguez Vargas, enviado de la OSLAM. Además, el miércoles por la tarde nos recibió Iglesia de Santa Fe en su Seminario nuevo, en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe y en la antigua edificación del Seminario: nuestro agradecimiento a ella, a la comunidad del Seminario y a su arzobispo Mons. José María Arancedo.

Que la Santísima Virgen nos sostenga en la tarea de formar pastores, discípulos y misioneros, según el Corazón de Jesús, para el mundo de hoy.

Comisión Directiva OSAR

DISCÍPULOS MISIONEROS EN UNA IGLESIA MISTERIO DE COMUNIÓN Y MISIÓN

I. PARA SER MISIONEROS HAY QUE SER DISCÍPULOS

- El encuentro con Jesús “el Señor”, inicio del discipulado
- La importancia de una mistagogía para llegar a la intimidad con Cristo: la lectio divina.
- La docibilitas del seminarista: un fruto de la lectio, objetivo de la formación inicial, clave de la formación permanente.
- Formar para ser “presbiterio”: la fraternidad sacramental

II . EL AUTÉNTICO DISCÍPULO ES MISIONERO

a. ¿Quién es un buen pastor?

a.1. El buen pastor no es...

a.2. *El buen Pastor es amigo y "apóstol" de Jesús*

a.3. *El buen pastor es conciente que en la entrega se revela su misterio*

b. De una Iglesia que espera a un Iglesia que va.

DISCÍPULOS MISIONEROS EN UNA IGLESIA MISTERIO DE COMUNIÓN Y MISIÓN

Introducción

Algunos teólogos de "Aparecida" observaron que la expresión discípulos "y" misioneros no era del todo correcta, porque para ser discípulos hay que ser misioneros y el auténtico misionero es discípulo, por eso sostenían que era mejor hablar de "discípulos misioneros".

Por eso dividimos el trabajo en dos partes: la primera se titula: para ser misioneros hay que ser discípulos y la segunda: "El auténtico discípulo es misionero."

Ambas experiencias se desarrollan en una Iglesia Comunión. La comunión es el contexto del discipulado y la misión.

Discípulos misioneros en una Iglesia misterio de comunión y misión, lo aplicamos como esquema formativo del seminario. Este esquema ayudaría a formar auténticos pastores, ya que es la formación pastoral lo que queremos subrayar en este encuentro.

I. PARA SER MISIONEROS HAY QUE SER DISCÍPULOS (Jn. 21,7-8)

a. El encuentro con Jesús "el Señor", inicio del discipulado

"Viendo la red llena de peces, Juan, el discípulo que Jesús amaba, dijo a Pedro: '¡Es el Señor!'. "Simón Pedro apenas oyó que era el Señor se vistió, porque estaba desnudo, y se tiró al mar. En cambio, los otros discípulos vinieron con la barca arrastrando la red que estaba llena de peces: no estaban tan lejos de la ribera sino apenas unos cien metros" (Jn. 21, 7-8). Queremos meditar qué significa para el hombre encontrar a Jesús, con la claridad con la cual fue encontrado en el lago, después de las duras preparaciones que antecedieron, y cómo reacciona el hombre ante este encuentro.

"Es el Señor, es la exclamación pascual, es una palabra que lo contiene todo. Cuando San Pablo en la carta a los Romanos, en el capítulo 10 quiere dar una experiencia resumida de toda la vida cristiana, de toda la profesión de fe, dice: "Si creyeres con el corazón y confesares con la boca que Jesús es el Señor, serás salvo". La palabra "Jesús es el Señor" es la síntesis de todo lo que el hombre reconoce, obteniendo así la salvación, es la palabra que salva porque es la proclamación del misterio central del cristianismo, del misterio central de las manifestaciones de Dios al hombre. "Es el Señor" significa: Aquel que ha vivido en medio de nosotros, predicando bondad, justicia, verdad, a quien hemos matado injustamente, ha resucitado, es el Hijo de Dios, *con El yo me he encontrado* y viene a ofrecernos su perdón, para decirnos que nos ama, que nuestra vida es importante, que tiene un designio de amor para nosotros. El Señor es quien posee tu vida y te la quiere hacer vivir hasta el céntuplo, aquel que tiene un proyecto para ti, Aquel que es la suma de todas las cosas deseables, que te aclara, desenreda, ordena, purifica y satisface los deseos más profundos que hay en tu corazón.

Es el Señor de la vida, de la historia, de mi vicisitud personal, es el Señor de mi familia, de la escuela, de la sociedad; es aquel en quien todo encuentra su sentido, es aquel que es capaz de dar a todo un proyecto y una perspectiva. Sin él no sabemos dónde ir, nuestros caminos son inciertos, nuestras realizaciones son breves y engañosas. Con él, la profundidad de nuestros deseos infinitos recibe el punto de referencia y de llegada, es decir, reposa en una Persona que, puede ser amada sin fin, porque no nos desilusiona, no nos deprime sino que nos enriquece y nos enseña a amar.

"Es el Señor". En esta exclamación está todo el amor de Juan, su intuición, su duro camino de fidelidad, su atención a los signos precedentes. En la acogida de los signos de la presencia de Jesús, el ánimo se le ha abierto a esta grande intuición que es la fuente y la raíz de todo, allá donde Dios se muestra alegría dentro de nosotros.

Sin esta intuición profunda todas nuestras acciones permanecen como inertes, lánguidas, nos quedamos en el voluntarismo y apretamos los dientes para observar una cierta moralidad. Pero cuando hayamos comprendido que "es el Señor" de mi vida, es aquel a quien amo, es mi amigo, es el todo para mí, entonces todo el resto se vuelve a ordenar en la paz y mis deseos parciales aparecen con su significado justo aunque relativo y provisorio, puedo reasumirlos con paz así como también con paz puedo aceptar de perderlos.

Un joven que todavía no ha llegado a esta exclamación, es todavía un poco arrastrado. Va al grupo de jóvenes porque se lo piden, porque le insisten; hace algo porque se lo pide el sacerdote, por no negarse, pero sus acciones todavía son débiles y no arrancan del interior.

Tenemos que insistir en la oración: "Señor, muéstrate a mí como te mostraste a Juan el evangelista en el lago, que yo te conozca, que yo te reconozca". (*"florecilla"* de los padres del desierto: el perro, los perros, la liebre)

Es normal también hoy que vocaciones sacerdotales y religiosas surjan así: uno se hace sacerdote porque ha visto al sacerdote de la parroquia y comprendió que su vida era generosa, bella. Esto está bien, diría que siempre se comienza así; este es el estado adolescente donde se comienza mirando a los demás porque los modelos atraen. Pero llega el momento en el cual, si miro siempre y sólo al modelo y no logro poner los ojos allá donde mi modelo los había puesto, a un cierto punto comienzo a aflojar, porque no siempre se puede obrar por imitación o por la fuerza de grupo.

He aquí lo que significa la exclamación: "Es el Señor". Jesús es realmente el Señor de mi vida, y este es un anuncio potentísimo también para los demás. Es claro que cuando Juan proclama sobre la barca, todos tienen un sobresalto y dicen: "Sí, es el Señor", por tanto tiene una fuerza contagiosa; aunque Pedro no se lanza de la barca porque Juan vio al Señor, sino porque mirándolo, dice: "Sí, ¡es verdad! El mismo se siente atraído.

El seminario debe ayudar a que un seminarista llegue a este encuentro con Jesús, de modo que pueda exclamar: "es el Señor de mi vida". Por eso el tiene que crear el ámbito. La hora cotidiana de lectio tiene que estar asegurada en el horario del seminario no como algo opcional sino necesario. Poniendo un horario el seminario está diciendo "esto es importante, es el corazón de la vocación sacerdotal", dejándolo como opcional puede inducir al seminarista a que nunca empiece ni recorra un camino de oración que lo lleve a un encuentro profundo con Jesús, y sin esto no hay sacerdote que dure....

b. La importancia de una mistagogía para llegar a la intimidad con Cristo: la lectio divina.

"Encontramos a Jesús en la Sagrada Escritura, leída en la Iglesia. La Sagrada Escritura, 'Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo', es, con la Tradición, fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora" [...] De aquí la invitación de Benedicto XVI: "Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y el Caribe se dispone a emprender a partir de esta V Conferencia General en Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios. (DA 247)

Ver el esquema: lectio, meditatio, oratio, contemplatio, gozo, discernimiento, deliberación, acción.

"La lectura divina constituye así la trama de toda la vida espiritual de la Iglesia, la raíz de la espiritualidad cristiana, y no es exclusiva de una o de otra espiritualidad. Una espiritualidad cristiana no basada en la Escritura, difícilmente podrá sobrevivir en un mundo complejo como el posmoderno, en un mundo difícil, con una cultura en crisis, roto, desorientado. Sin el ejercicio de la lectura divina, el cristiano tendrá siempre una fe infantil, separada de la vida".¹

c. La docibilitas del seminarista: un fruto de la lectio, objetivo de la formación inicial, clave de la formación permanente.

La docibilitas es la clave de la formación permanente, porque si un seminaristas no recibe la ordenación con la convicción que la formación, igual que la conversión no termina nunca, su sacerdocio tendrá corta duración, no será "eterno", pronto caerá en la mediocridad, en el aburrimiento, el "tedio del ministerio", en la jubilación precoz. El sacerdocio no será realizador, y por lo tanto se buscarán sucedáneos: el profesionalismo, la carrera, etc.

La docibilitas se puede definir como *"la disponibilidad constante a aprender que se expresa en una serie de actividades ordinarias, y luego también extraordinarias, de vigilancia y discernimiento, de ascesis y oración, de estudio y apostolado, de verificación personal y comunitaria, etc., que ayudan cotidianamente a madurar en la identidad creyente y en la fidelidad creativa a la propia vocación en las diversas circunstancias y fases de la vida. Hasta el último día".²*

Todo esto será formativo con la condición de que el sujeto haya desarrollado la capacidad de "aprender a aprender", la "docibilitas" de corazón, mente y voluntad. Así toda persona y acontecimiento puede, entonces, convertirse en mediación formativa providencial, incluso un sufrimiento, una calumnia o un fracaso. Es como si la vida toda estuviera salpicada de innumerables ocasiones formativas que nos mantienen capaces de mejorar continuamente y sostienen alta la tensión de crecimiento y para apreciar la novedad y belleza de la vida.

Una de las "claves" para llegar a esta actitud es el proceso de lectio divina – que desarrollamos en el punto anterior – que madurando desemboca en una actitud contemplativa, hace al pastor "contemplativo en la acción".

Comienza así el proceso de unidad de vida, ya que la oración no se reduce al momento de oración explícita sino que se continúa en la acción pastoral, donde se percibe el paso de Dios, la interpelación de Cristo en los acontecimientos y las relaciones y se tiende a responderle. La actitud del pastor y su acción pastoral es así respuesta al paso de Dios percibida en la vida cotidiana. Es como un "proceso de conversión continua", a través de "todo" acontecimiento y realidad.

¹ CARLOS MARÍA MARTINI, *Por qué Jesús hablaba en parábolas*. Bogotá. 1986.

² AMADEO CENCINI, *La formación permanente*. San Pablo. 2002, pags. 40-41

d. Formar para ser presbiterio: la fraternidad

“La vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión”. (DA 156)

“Al igual que las primeras comunidades de cristianos, hoy nos reunimos asiduamente para “escuchar la enseñanza de los apóstoles, vivir unidos y participar en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2, 42). La comunión de la Iglesia se nutre con el Pan de la Palabra de Dios y con el Pan del Cuerpo de Cristo” (DA 158)

Por otra parte es ya muy conocida la afirmación de Pastores dabo vobis: *“el ministerio ordenado tiene una ‘radical forma comunitaria’ y puede ser ejercido sólo como ‘una tarea colectiva’. Sobre este carácter de comunión ha hablado largamente el Concilio, examinando claramente la relación del presbítero con el propio obispo, con los demás presbíteros y con los fieles laicos” (PDV 17)*

Como la lectio divina es la pedagogía ideal para profundizar el encuentro con Cristo y llegar a la docibilitas, lo es también para llegar a la fraternidad cristiana, ya que ésta no se da de cualquier manera, no es una simple filantropía sino que tiene un modo original: cuando dos o más, por la gracia y la oración progresan en la asimilación a Cristo, progresivamente se van identificando con su modo de pensar, sentir y obrar, se encuentran, comienzan a entenderse, salen de la experiencia de Babel y experimentan la experiencia de Pentecostés. Por eso Cristo es el fundamento de la fraternidad cristiana, por eso cuando la fraternidad cristiana no se da, antes de preguntarse por los límites humanos de comunicación hay que preguntarse por la oración.

En segundo lugar hay que trabajar el sentido de pertenencia en el nivel humano, cristiano y presbiteral.

Nivel humano de la pertenencia

Es constatar, darse cuenta que cada persona conoce su identidad, se conoce a sí misma a partir de otro y sobre todo recibiendo amor. En el origen humano del sentido de pertenencia está la experiencia de filiación. Descubrimos por primera vez quiénes somos recibiendo amor de nuestros padres. La primera vez que dijimos “papá” o mamá”, fue expresar la experiencia de recibir amor, de ser hijos. Supimos que éramos hijos porque tuvimos unos padres que nos dieron amor. La propia identidad entonces no se descubre de manera “autista” sino en la apertura a los demás, recibiendo y dando amor.

Nivel cristiano de la pertenencia

El fundamento de este nivel de pertenencia es el bautismo y la confirmación que nos hacen hijos de Dios. Cuando dos o más crecen en esta dimensión de filiación divina, van comulgando en unos mismos valores, en los valores evangélicos. Nace la fraternidad cristiana, que no tiene origen en la carne y la sangre sino en el Espíritu de Dios. Esta fraternidad es más fuerte que la de los lazos familiares y se manifiesta de manera radical en la vida consagrada, experiencia de dejar la propia familia para vivir la fraternidad cristiana.

La fraternidad sacramental de los presbíteros

El fundamento ontológico de este nuevo nivel de fraternidad es el sacramento del Orden compartido por dos o más sacerdotes. La ordenación sacerdotal nos hace sacramentalmente hermanos. Esta fraternidad hay que profundizarla por el compartir, el encuentro.

Los sacerdotes tenemos, a partir de la gracia sacramental, que aprender a ser amigos, a saber vivir juntos, a trabajar juntos, compartir operativo que se expresa en una pastoral orgánica. Eso se comienza a aprender en el seminario. El seminario tiene que preparar acoger el don de la fraternidad sacramental.

II. EL AUTÉNTICO DISCÍPULO ES MISIONERO

a. ¿Quién es un buen pastor?

Para pensar la formación pastoral de los seminaristas nos podríamos preguntar sobre algunos rasgos del perfil del pastor, quién es un buen pastor y quién no lo es. Cuales son los síntomas de una cosa y la otra.

a.1. El buen pastor no es...

El buen pastor no es necesariamente el que trabaja mucho pastoralmente, por que la acción es ambigua y a veces sólo es signo de un fuerte personalismo que impide la comunión operativa en una pastoral orgánica. Trabajar mucho a veces es también signo de neurosis, de quién no quiere detenerse a pensar porque tiene problemas existenciales que no sabe como resolver. También suele ser expresión del activismo de quien no sabe detenerse a rezar y a confrontar sus caminos con los de Jesús para no correr en vano.

Buen pastor no es necesariamente el que aparentemente reza mucho o ha reducido su ministerio a la liturgia, porque ese estilo de vida puede esconder actitudes de encierro, comodidad, falta de sensibilidad y compromiso para con los problemas de la gente, pereza...

El buen pastor no es necesariamente el que tiene un buen método pastoral o una buena organización parroquial porque la organización o el método pueden carecer de espiritualidad. Puede darse que todo está perfectamente planificado pero que carezca de vida. También hay megaorganizaciones parroquiales que están teñidas de un clericalismo que hace que los laicos vivan en la parroquia o sean fagocitados por la megaorganización. Todo lo cual indica que la cabeza que es el pastor no está cumpliendo bien su función.

El buen pastor no es necesariamente el que tiene mucha capacidad de relación humana, es simpático o atractivo, porque si su trabajo y su atracción no son una respuesta al Espíritu de Dios serán absolutamente infecundos. Aunque el pastor atraiga a un buen número de personas por sus cualidades humanas relacionales puede reducir a su parroquia a un “club social” o a una ONG donde él es el centro y no Jesús, por lo tanto esa comunidad no será “eclesial”.

a.2. El buen Pastor es amigo y “apóstol” de Jesús

Buen pastor es el que como Pedro es conciente que ha recibido la misión de manera totalmente inmerecida y por la amistad que Jesús le ha querido brindar. “Pedro ¿Me amas?...apacienta mis ovejas” (Jn 21, 15). A partir de esa amistad y de ese mandato, el pastor entiende que la evangelización es tarea de amor.

A partir de esa amistad y ese mandato, el pastor entiende que no tiene que ir a evangelizar en nombre propio porque no es el salvador, por lo tanto es conciente que si la gente se encuentra con él pero no con Jesús no se salvará.

A partir de esa amistad con Jesús y ese mandato recibido de El, el apóstol entiende que va a apacientar a ovejas que son de otro y por lo tanto tratará de apacientarlas con los criterios de Jesús y no con los propios e intentará que se encuentren con El porque sólo El es el Salvador.

El buen pastor es el que ha desarrollado una mirada contemplativa, una mirada de fe, el que ha llegado a ser “contemplativo en la acción” y por lo tanto “ve” el paso de Dios, en los acontecimientos, las personas, las relaciones, los signos de los tiempos y responde a lo que Dios está pidiendo en esos signos y esas relaciones.

Es de notar como aparecida retoma el método “ver, juzgar y actuar”, pero remarca que el “ver” no es una mirada ni humana ni sociológica, aunque se pueda enriquecer con la sociología, sino una mirada de fe sobre la realidad. Así mira el cristiano, así mira el pastor, así juzga y luego actúa.

Aquí, una vez más podemos relacionar la pastoral con la lectio divina. Podemos ver cómo en la hora cotidiana de lectio, concebida como un proceso integral que comienza con la lectura y termina con la acción acorde al Evangelio, el Espíritu Santo va “pariendo” a un buen cristiano y a un buen pastor, ya que desarrolla en él una mirada de fe sobre la realidad – contemplación -, el gusto de vivir de la Palabra de Dios, - gozo -, una mentalidad evangélica – discernimiento -, una deliberación – buscar los medios que concretarán el gesto evangélico -, la concreción de lo orado y discernido – acción evangélica -.

Por otra parte es propio de la identidad del apóstol, es decir “enviado”, tener un oído en el que lo envió y otro en aquellos a los cuales es enviado, por tanto, la oración será una constante en su ministerio, al igual que el saber escuchar las necesidades del pueblo de Dios.

a.3. El buen pastor es conciente que en la entrega se revela su misterio

En este proceso de fe que debe intensificarse en el seminario, es importante que el llamado se dé cuenta que ya no es simplemente “Juan Pérez”, sino que en él hay un misterio cristiano y un misterio sacerdotal que tiende a salir a la luz en el gesto cristiano, en el ministerio sacerdotal.

La entrega revela el misterio del pastor, porque descubre hasta que punto como Cristo es signo y canal de gracia. Es tomar conciencia que en Cristo y como El, somos sacramento, signo y canales de gracia que transparentan el rostro del Padre bondadoso, misericordioso, compasivo, servidor. Por lo tanto, el servicio hace que el pastor se descubra a sí mismo en la entrega, se reconozca siempre nuevo en el trabajo cotidiano hecho con creatividad.

Me revelo a mi mismo en la entrega significa que me muestro como soy, salen a la luz las potencialidades de la gracia sacramental. Quedan a la luz “las insondables potencialidades de Cristo en mí”, diría Pablo.

- Visitando un enfermo descubro cuánta capacidad de compasión puso la gracia en mí y que ejercitarla me hace bien (visita de enfermos en nochebuena). Se revela una dimensión de mi persona que no tenía tan clara.
- Realizo una misión y descubro más allá de los resultados y la simpleza del gesto, que la pasión misionera, el ansia de llevar a todos la Buena Noticia está en mí; “Es Cristo en mí”, diría Pablo.
- Invité a un joven a entrar al seminario, es sacerdote. Descubro que la fuerza de la llamada de Dios pasó a través de mí. Yo me fijé en él pero era Jesús que lo miraba a través de mí; fue Dios que lo llamó, pero a través de mí..Así como Jesús se fijaba en quién lo acompañaba, oraba al Padre para ver los signos de la elección y luego lo llamaba, yo hice lo mismo, por Cristo y en el nombre de Dios...
- Celebro la Eucaristía y descubro en el estupor de la fe, que después de la consagración Cristo se hace presente en su Cuerpo y Sangre, del cual la comunidad y yo nos alimentamos...

- Digo “tus pecados te son perdonados” y la persona se va reconciliada con Dios...

Todo eso “soy yo”, es mi vida, son mis sentimientos, mis deseos, es Cristo en mí y se revela en la entrega. Si no haría esos gestos de servicio el pastor no sabría quién es, al menos con tanta profundidad, no descubriría nunca la potencialidad de gracia que hay en su persona desde la ordenación sacerdotal.

Por lo tanto el buen pastor es el que tiene conciencia que es “sacramento vivo de Jesús buen Pastor, su persona está inmersa en ese misterio y allí se explica su identidad más profunda.

Esto se prepara desde el seminario. Hay que hacer descubrir que este es el sentido de los gestos pastorales de fin de semana, del apostolado en las parroquias, hospitales y cárceles que se realizan desde el seminario. El seminarista tendría que habituarse a tener momentos de silencio antes y después del gesto pastoral para descubrir hasta que punto a pasado Dios en el ministerio, en las relaciones que ha tenido con la gente y hasta que punto él le ha respondido con un gesto ministerial acorde. De esta manera se “forma” pastoralmente, va adquiriendo la “forma de Cristo”.

Por eso, buen pastor es el que va uniendo, integrando cada vez más la oración explícita y la oración en el ministerio vivo, de modo que no es una persona cuando reza y otra cuando ejerce el ministerio. No es una persona en su vida privada y otra cuando celebra la Eucaristía y predica. De este modo, desde el seminario se va evitado la fragmentación, la falta de coherencia en la vida de un formando.

B. De una Iglesia que espera a una Iglesia que va

Después del Concilio Vaticano II, a través de diversos documentos, podríamos decir que la Iglesia es invitada a cambiar de actitud, a dejar de ser una Iglesia que espera a los fieles o se dedica a cuidar las ovejas “sanas” o “que están en el redil”, y pasar a una actitud misionera, a ser una Iglesia que va en busca de los bautizados que han perdido la fe o se han enfriado y más aún, que va en busca de los que no son cristianos y necesitan que se les anuncie el Kerygma, es decir a Jesús como Hijo de Dios Salvador. La Iglesia toda es invitada a pasar de una pastoral de conservación a una pastoral de propuesta, a una pastoral misionera

Aparecida dirá una vez más que esta actitud misionera forma parte de la identidad cristiana: *“Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones (cf. Mt. 28,19; Lc 24, 46-48). Por eso todo discípulo es misionero [...] Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma”* (DA 144).

Resaltamos simplemente que “no se trata de una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma”. Esto significa que quién no es misionero no se ha encontrado plenamente con Jesús, no ha vivido este encuentro como una alegría que no se puede guardar, no ha experimentado plenamente en qué consiste la vocación cristiana.

Una vez más el documento relacionará esta pasión misionera con el encuentro con Jesús y la experiencia de discípulo: *“Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro”*. (DA 145)

En el encuentro de formación para Obispos nuevos que hemos tenido en el año 2007, el Cardenal Giovanni B. Re, contaba que un Obispo hablando con Juan Pablo II le contaba preocupado que en su diócesis las sectas confundían y captaban católicos yendo de puerta en puerta y le preguntaba qué hacer ante este desafío. El Papa le respondió: “haga usted lo mismo”.

Si captamos los signos de Dios en la proliferación de las sectas, tal vez a través de ellas Dios nos está recordando algo esencial a nuestra fe que no estamos poniendo en práctica: la misión, el “ir” a todos, el “llegar” a los que no llegamos.

Por eso desde el seminario tenemos que formar a los candidatos al sacerdocio en esta actitud misionera, porque forma parte de la identidad cristiana y sacerdotal y porque lo piden los signos de los tiempos.

Finalmente, la evangelización tiene que ir unida a la promoción humana nos dirá el capítulo 8 de “Aparecida”. La opción preferencial por los pobres y excluidos, una renovada pastoral social para una promoción humana integral, en los areópagos de la educación, la comunicación social, de los centros de decisión, son algunas de las características de la proclamación de la Buena Noticia del Reino en el mundo de hoy. Son muchos “lugares” los que la Iglesia tiene que evangelizar, sin embargo todo esto presupone una actitud básica “ir” y esa pasión misionera que lleva a salir de sí a conocer estos lugares, a amarlos y buscar evangelizarlos tiene una fuente: el encuentro con Jesús, causa de alegría y de vida. Que el discípulo es misionero y el auténtico misionero es discípulo es la expresión que condensa la experiencia cristiana y por lo tanto debe ser uno de los ejes en torno al cual gira la formación inicial como primera etapa de la formación permanente.

EJERCICIO ESPIRITUAL

Si el discipulado cristiano supone que el maestro es antes que nada un “testigo” porque el aprendizaje es, antes que algo teórico, asimilar un estilo de vida. Como formador, es decir como signo y testigo del estilo de vida de Jesús:

- Recordar si hay un momento puntual en mi historia de salvación donde se da el encuentro con Jesús como “Señor”. ¿Qué aspecto del misterio de Jesús me impactó más y me llevó a su seguimiento? (cfr. Jn 21)
- Si como dice el Cardenal Martini: *“Sin el ejercicio de la lectura divina, el cristiano tendrá siempre una fe infantil, separada de la vida”*³. Como docente testigo de la fe, ¿qué lugar ocupa la lectio divina en cada jornada de mi vida? Si los tiempos indican la importancia que le damos a las cosas y nuestras opciones ¿hay en nuestros seminarios un momento de al menos 45 minutos de silencio para la lectio o la adoración, propuestos como momento institucional a los seminaristas? ¿Se les enseña institucionalmente la lectio divina?
- Como maestros testigos ¿cómo estamos viviendo la fraternidad entre formadores de un mismo seminario y como integrantes de un presbiterio? ¿Con qué medios la alimentamos? ¿Cómo estamos formando a los seminaristas para ser “presbiterio”? ¿qué fundamentos eclesiológicos doctrinales, qué actitudes humanas estamos promoviendo y que bases espirituales estamos cultivando? (PO 8; NMI 43; PDV 17)
- ¿Qué lugar ha ocupado la misión en mi formación y estilo sacerdotal? ¿Estoy entusiasmado con la misión como quien tiene una Buena Noticia que no se puede guardar? ¿Qué lugar ocupa la formación misionera en el seminario? ¿Qué gestos se están realizando para crear conciencia de que la conversión pastoral consiste en pasar de una Iglesia que espera a una Iglesia que va, de una pastoral de conservación a una pastoral de propuesta, ya que: *“Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma”* (DA 144)

*La formación pastoral en los Seminarios a la luz de la V Conferencia de Aparecida*³

1ª Conferencia del lunes 28

Sentido de la Formación Pastoral en los Seminarios. Su conexión práctica con las otras áreas formativas.

El tema de la semana como lo ven en el título precisamente es: la formación pastoral o el itinerario de la formación pastoral, a la luz de *Aparecida*. No vamos a estudiar el documento de *Aparecida*. Pero sí vamos a tener en cuenta sobre todo la propuesta misionera de *Aparecida* para ver de qué modo puede transfigurar la vida de nuestros Seminarios. Ustedes saben que la formación pastoral de nuestros Seminarios ha pasado por distintas etapas y diversos acentos. Hubo en algunos Seminarios períodos donde han predominado los ascetismos, o sea un acento puesto en la disciplina externa como clave de toda la formación. En otros Seminarios, o en todos, hubo períodos más intelectualistas como si la sola adquisición de nociones ya asegurara todo. Posteriormente llegaron los acentos más psicologistas, como si los recursos psicológicos fueran la única solución a los problemas que enfrentamos o el mejor recurso para formar sacerdotes. Y ha sucedido en los últimos años que los problemas graves, gravísimos del celibato, sobre todo los escándalos, corrupción de menores etc., nos han llevado a poner fuertemente en el centro éste tipo de problemáticas, con el riesgo de romper la verdadera jerarquía de las virtudes cristianas. No siempre las peores decisiones tienen en su inicio un problema de tipo sexual o afectivo, muchas veces la raíz o el inicio está en problemas directamente pastorales, en un desencanto pastoral, en una suerte de acedia pastoral que se va acentuando y que se convierte en caldo de cultivo para los demás problemas, detonantes, que vienen después.

Entonces quisiéramos recordar que siguen siendo fundamentalmente graves los problemas que debilitan el empeño de la caridad, la solidaridad, la justicia, el fervor apostólico, la entrega generosa. Y que si no se apuntala todo esto firmemente,

³ Charlas desgrabadas y revisadas por el autor. Mantienen el estilo oral de la exposición.

cualquier avance en otros ámbitos de la formación va a ser siempre insuficiente, y por no tener el contexto adecuado no va a ser auténticamente evangélico.

A veces se habla mucho del “activismo” pastoral. En esta época de hedonismo individualista yo sinceramente más bien veo que, aunque hay algunos casos de activismo externo, ese no es el riesgo más grande. Más bien hay un problema en el “modo” de vivir la actividad pastoral. Un problema que hace que por más que uno reduzca la actividad pastoral, la dificultad siga estando presente. Hoy en día tenemos muchos curas con pocas ganas de trabajar, con poco entusiasmo, con poco ardor apostólico, o curas que se cansan mucho con poco trabajo. Si uno compara la tarea de un médico, un enfermero o de otras profesiones, encuentra que resisten mucho más un tiempo más prolongado de trabajo. En el caso de los curas, generalmente, un tiempo reducido de atención pastoral, requiere un tiempo exagerado (desproporcionado) de descanso y de dispersión después, y que nunca alcanza. Y uno encuentra que en los curas que tienen crisis importantes, siempre aparece el desencanto apostólico, hasta que llega un momento que la tarea pastoral se les vuelve insoportable.

Aunque sea una cantidad reducida de tareas se les vuelve desproporcionadamente pesada. Eso tuvo un inicio, y tuvo un inicio muchas veces anterior a los enamoramientos y a las crisis afectivas. Ese desencanto pastoral es un problema que podríamos llamarlo hoy en día, “acedia pastoral”, y que se vuelve serio y para mí grave. Muchos curas, cuando llega el momento de dejar el ministerio dicen: “Yo con Dios estoy bien, no tengo problemas con Dios, ni con la oración”. Pero no quieren la tarea apostólica, no quieren sobre todo la actividad apostólica sacerdotal, la rechazan. Y dicen: “Yo soy prescindible, esto lo puede hacer otro. Si yo me voy no pasa nada”. Entonces la pregunta es: ¿hasta qué punto esa opción vocacional marcó su identidad? ¿Hasta qué punto el sacerdocio marcó su identidad? Alegrementemente él puede decir que otro lo puede relevar y se terminó el problema, como diciendo: “No es un problema mío”. En este sentido me parece muy valioso que se haya optado en esta semana por apuntalar la formación específicamente pastoral.

Ante los problemas que vivimos nosotros en el contexto actual, postmoderno, ante las amenazas o los ataques a la Iglesia, podemos correr el riesgo también nosotros de crear una suerte de comunitarismo protector, pero un comunitarismo, poco misionero, poco apostólico. O sea, crear un Seminario agradable donde estemos cómodos, donde evitemos las discusiones, donde nos tratemos bien, sin roces, sin contradicciones, sin desafíos, e incluso preservando a los seminaristas de los roces apostólicos y de los desafíos del mundo. Ese comunitarismo va a durar siete años pero después no los va a preservar de los problemas del mundo. Todo lo contrario. A mí me ha llamado la atención, leyendo, he leído todo lo que encontré últimamente, pero retomé éste viejo libro de Cencini: “Vida en comunidad”, en éste hermoso libro, muy lindo, hay un capítulo que dice: “Compartir un sueño”, muy bellamente expresado, y enumera Cencini todo lo que compartimos: lo material, compartir lo afectivo, compartir lo espiritual, compartir la oración, compartir el espíritu, compartir la vida en comunidad, compartir la vivienda, compartir la disciplina, compartir los viajes, las comidas, compartir la alegría de estar juntos, compartir la necesidad mutua, compartir la amistad, compartir la Eucaristía. ¿Qué falta? ¡Compartir la misión!. ¡No aparece!. Pero Cencini después escribió un libro unos años más adelante “Relacionarse para compartir” y allí sí aparece un precioso capítulo sobre la comunicación evangelizadora, la espiritualidad de la relación pastoral, el dinamismo de la fe que se comunica, la inculturación, la adaptación al lenguaje del pueblo. Entonces uno advierte una preciosa evolución. Seguramente el diálogo, las discusiones acerca de estos temas han hecho que Cencini reconociera después que es un tema del cual no se puede prescindir, que la formación comunitaria debe ser “para la misión”, o no será fiel al Evangelio.

Entonces, creo que es importante tomar conciencia de ese riesgo, de diversos planteos espirituales de formación humana, de recursos psicológicos, de formación comunitaria, pero que en la práctica excluyen la finalidad pastoral de la formación. Y en eso los posmodernos podemos caer con muchísima facilidad y muy rápidamente.

Uno puede decir: “los seminaristas tienen ganas de ir los fines de semana a las parroquias”. Es verdad. Pero la pregunta es “para qué”. Si es verdaderamente la pasión por comunicar el Evangelio, si es verdaderamente el ardor de entregar a Jesucristo. O es la búsqueda de ciertos espacios agradables de rodearse de grupos de jóvenes, o de personas con las cuales uno está cómodo. O la necesidad de romper esa estructura de horarios de lunes a viernes que cansa un poco. O sea: cuáles son las motivaciones reales para el fin de semana. No se puede decir tan fácilmente que en ellos predomina el entusiasmo apostólico.

La formación intelectual tiene todas las mañanas de clase, y unas cuantas horas de estudio. Tiene bastante tiempo. Seguramente hay un director de estudios en el Seminario. La formación espiritual tiene un director espiritual dedicado exclusivamente a eso, un seguimiento personalizado y una organización de retiros y entrevistas. La formación humana suele estar integrada en la formación espiritual y en los diálogos del encargado de comunidad con el seminarista. La formación pastoral a veces tiene un encargado pero que muchas veces está de adorno.

Vamos a pasar ahora entonces a unos textos que son bastante claros.

*“Toda la formación de los candidatos al sacerdocio está orientada a prepararlos de una manera **específica** para comunicar la caridad de Cristo Buen Pastor. Por tanto esta formación en sus diversos aspectos debe tener un carácter **esencialmente** pastoral.”⁴*

Fíjense, el texto es suficientemente claro. Toda la formación está orientada a prepararlos de manera específica para la pastoral, toda la formación está orientada a esta preparación específica. La finalidad pastoral y el carácter esencialmente pastoral de toda la formación aquí está bien explícito. El texto que sigue, dice cómo esta finalidad pastoral marca el conjunto: *“Asegura a la formación humana, espiritual e intelectual, contenidos y características concretas, a la vez que **unifica y determina toda la formación** de los futuros sacerdotes.”⁵*

En *Aparecida* esta finalidad toma una formalidad de “comunicación de vida”. Toda la actividad de la Iglesia se orienta a comunicar vida. *Aparecida* nos ayuda a situar esta formación pastoral en el contexto más amplio de la finalidad de la Iglesia y de la misión: comunicar vida. Este eje de *Aparecida*, *“para que tengan vida”⁶*, marca la finalidad de toda la actividad de la Iglesia: “La propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de la misión es la oferta de una vida plena para todos. La Iglesia tiene como misión propia y específica comunicar la vida de Jesucristo a todas las personas”.

De manera que puede plantearse así el conjunto de la formación: preparar al seminarista para que comunique vida; para que se apasione y se capacite en esta misión de comunicar vida. Es un poco el sueño de ser un cántaro de agua, de fecundidad, de vida para la gente, identificándose a sí mismo de esa manera.

Ahora, la pregunta que nos hacemos es ¿de qué manera toda la formación se orienta a esta finalidad pastoral? ¿Cómo las demás áreas **concretamente** se orientan a cumplir esta finalidad última del Seminario?

1) Pasamos a orientación pastoral de la formación *humana*.

Tenemos dos textos claves de PDV:

*“No sólo para una justa y necesaria maduración y realización de sí mismo, sino **en vista de su ministerio**, los futuros presbíteros deben cultivar una serie de cualidades humanas necesarias para la formación de personalidades equilibradas, sólidas y libres **capaces de llevar el peso de las responsabilidades pastorales**”⁷.*

Es muy importante explicitar siempre esto: que cuando se le pide a un seminarista que vaya al psicólogo, o se le plantea la necesidad de madurar un aspecto frágil de su personalidad, se le muestre luminosamente esta finalidad, en vista de su ministerio y para que pueda ser capaz de llevar el peso de las responsabilidades pastorales. De hecho, cuando vemos la fragilidad de la formación humana en los problemas que tienen los curas recién ordenados, advertimos este problema: la dificultad para sobrellevar el peso de las responsabilidades pastorales. Es la “crisis pastoral” que poco a poco y silenciosamente va corroyendo el corazón como la herrumbre hasta que todo se viene abajo en los cálidos brazos de una mujer o de un hombre (o del dinero y los viajes). Entonces conviene siempre explicitarle al seminarista esta finalidad de la formación humana, para que él comprenda su verdadero sentido. Y al hablar de la formación humana, PDV destaca lo que sigue:

“De particular importancia es la capacidad de relacionarse con los demás. Elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y hombre de comunión. La humanidad de hoy, condenada frecuentemente a vivir en situaciones de masificación y soledad, sobre todo en las grandes concentraciones urbanas, es sensible cada vez más al valor de la comunión. Este es hoy uno de los signos más elocuentes y una de las vías más eficaces del mensaje evangélico”⁸.

Entonces dentro de esta formación humana que capacita para llevar el peso del ministerio aparece aquí como un eje interno: este aprendizaje de la *relación* para poder ser efectivamente un *hombre de comunión*. La *Ratio* argentina tiene un texto muy claro, el punto 174, donde habla de la necesidad de educar en un estilo de relación donde prevalezca el *sentido pastoral* de los vínculos humanos. Se trata de educar para un estilo de relación donde prevalezca ese sentido propiamente “pastoral” de los vínculos humanos”. Entonces, en el diálogo con el seminarista, hace falta explicitar cual es el sentido o los sentidos reales que él le otorga a los vínculos, para qué busca él vínculos, y la *Ratio* argentina destaca que hace falta formar en un estilo de relación donde el sentido de esos vínculos sea “pastoral”. Así vemos cómo la formación humana tiene esta orientación eminentemente y directamente pastoral.

⁴ PDV 57a

⁵ PDV 57b

⁶ Apa 361

⁷ PDV 43 c

⁸ PDV 43d

2) Pasamos a la orientación pastoral de la formación *intelectual*.

Se podrían decir miles de cosas, yo estoy solamente ofreciendo algunas líneas de reflexión. La PDV habla de la “*naturaleza pastoral de la teología*”⁹. Se refiere a la necesidad de una formación teológica seria, o un estudio serio y científico, no una teología blanda, fácil, *light*, sino profunda, ordenada, bien fundada, científica, pero donde se explicita con claridad su naturaleza pastoral. Eso, según PDV, requiere desarrollar la capacidad de responder a los interrogantes vitales del hombre de hoy. Entonces, esa naturaleza pastoral de la teología supone un estudio serio y científico, en conexión con los interrogantes del hombre de hoy, para su aplicación pastoral.

Ahora, muchos se preguntan cómo se hace esto si los seminaristas estudian en otra parte. Hay Seminarios que tienen estudios propios, otros no. Pero aún los que tienen estudios propios, a veces, no armonizan muy bien la formación intelectual con el resto de la formación. Se crean cortocircuitos internos y una especie de esquizofrenia en la cabeza del seminarista. Concretamente, y yo digo sobre todo en la teología *pastoral* que se enseña, puede ser que el profesor de teología pastoral insista en una serie de criterios pastorales que después son claves en su aplicación a la hora de la actividad concreta; pero puede ser que el obispo, el proyecto pastoral diocesano y los formadores tengan otros criterios que los transmiten en las homilías o en las conversaciones espontáneas. Entonces eso le produce al seminarista una esquizofrenia interna, en la cabeza, y a la hora de trabajar pastoralmente no sabe hacia dónde orientarse. ¿Qué pasa finalmente? ¡Opta por el pragmatismo más craso! Renuncia a los principios pastorales. Y eso no hace bien, porque acentúa la fragmentación. Por eso se hace indispensable un diálogo, estar más atentos a qué es lo que se enseña, digo, sobre todo en las materias pastorales pero también en otras disciplinas que otorgan “criterios”. Entonces, conviene estar más atentos, no lavarse las manos, enterarse más de lo que enseñan los docentes, conversar más con los seminaristas acerca de estos temas, no sólo cuando van a clase a otro lugar, sino dentro del propio Seminario. Por ejemplo: no es lo mismo una opción por la pastoral popular que una opción por la catequesis. Las dos cosas se pueden complementar, pero uno puede optar por un acento. No es lo mismo acentuar la gradualidad que acentuar la integralidad de la fe. Las dos cosas son importantes, necesarias y complementarias, pero puede haber acentos que dan un tono, una nota, un estilo pastoral a una diócesis. Allí es donde suele aparecer la esquizofrenia. O sea, esos criterios que se asumen no son los únicos posibles. Son los que se quiere acentuar en un lugar y en una época, en un contexto determinado, en una Iglesia local. El Seminario debe orientar en ese sentido y, en todo caso, fundamentar suficientemente por qué se asumen criterios diversos a los que propone tal profesor o tal teólogo escuchado por los seminaristas. Pero si dentro del mismo Seminario, entre profesores, formadores y el obispo, tenemos diversos acentos, con motivaciones e insistencias marcadamente distintas, ahí aparece la esquizofrenia pastoral.

Me pareció muy lindo un texto que está en el Proyecto Formativo del Seminario de Milán. En ese proyecto, en lo referido al cuatrienio teológico hay dos párrafos sobre la relación entre el estudio y la pastoral:

*“El estudio de la teología requiere un esfuerzo para salir de sí mismo, del propio esquema mental y cultural de origen. Una docilidad a esa Verdad integral sin la cual no se puede servir a la comunidad creyente. La asimilación de lenguajes y modos de pensar diferentes, una adecuada capacidad de discernimiento de la propia época, el cuidado de la comunidad local exige todo esto, de modo que el ministerio sea servicio a la objetividad de un cristianismo que no soporta ser reducido o adulterado dentro de perspectivas parciales. El estudio de la teología, el esfuerzo inevitable que conlleva, la lentitud de sus ritmos, su proceder metódico, el consiguiente trabajo intelectual deben ser entendidos como un momento de la pasión por el Evangelio y sus destinatarios. Por otra parte, el movimiento inverso, la atención a la vida de la gente, la finura en el trato, la capacidad de escucha, la entrega a su historia particular, la consideración del punto de vista de los otros, forman parte del cultivo de la capacidad de escucha y de diálogo con la tradición creyente que se realiza en la teología”*¹⁰.

Un texto precioso, que fundamenta muy bien la conexión entre el estudio y la pastoral, cómo ambas cosas se iluminan y se enriquecen la una a la otra.

Pero yo quisiera ponerles un ejemplo de cómo el estudio serio también brinda elementos para la entrega apostólica, para convencerse de la necesidad de dar la vida en la entrega apostólica. Hay una serie de convicciones teológicas que si no están bien asentadas hacen que corra riesgo la misma decisión por entregar la vida en la actividad pastoral. Les pongo un ejemplo: Hay dos modos de comprender el mundo y esto se plantea en el tratado de creación. Uno puede decir: “yo contemplo la unidad de Dios, una unidad sin fisuras”; pero puedo entender esa unidad divina de manera monolítica, no trinitaria. Así, con un pensamiento de origen marcadamente neoplatónico, yo voy a decir: “la multiplicidad que hay en el mundo es un veneno. Esa multiplicidad me aparta a mí de la concentración en el Uno”. Entonces yo voy a la parroquia,

⁹ PDV 55b

¹⁰ Proyecto Formativo del Seminario de Milán, Cuatrienio teológico, nº 85.

converso con la gente que habla cosas superficiales, me pongo a escuchar de qué hablan las viejas y digo: “¡Qué pérdida de tiempo! Hablar todo el día estas pavadas...” Me pongo a ver de qué conversan los jóvenes, qué les preocupa, y digo: “Mira qué minucias, qué superficialidad.” Mi búsqueda es alcanzar esta unidad sin distracciones, sin dispersión, pero por otro lado la tarea apostólica me exige estar todos los días conectándome con esa multiplicidad que me dispersa, me degrada, me deshumaniza. Este planteo teológico, sin darnos cuenta, nos lleva a entender la actividad apostólica como un veneno, como un peligro, como dañina. Y entonces aparece la contradicción de que el Espíritu Santo me mete en el mundo de la multiplicidad venenosa, me envía precisamente allí, y yo no lo puedo asumir con alegría.

En cambio, hay otro planteo teológico distinto. Si ustedes van a la Suma Teológica, Santo Tomás enseña que *“la distinción y la multitud de las cosas proviene de la intención de Dios, que las creó múltiples y variadas para comunicarles su bondad y representar por ellas su bondad, porque esta bondad no podría representarse convenientemente por una sola criatura. Ninguna representa perfectamente a su prototipo, y por eso necesitamos captar esa variedad y esa multiplicidad de las cosas en sus múltiples relaciones, para poder percibir mejor la riqueza inagotable de Dios”*¹¹. Entonces, como ven, este no es un planteo platónico, esto es distinto. Aquí esa multiplicidad de la conversación de las viejas, la preocupación de elegir el color de las paredes de la capilla, de acompañar a los jóvenes con las pavadas que cuentan y que les preocupan, y toda esa multiplicidad tan variada y tan dispersa, termina siendo expresión de la riqueza inagotable de Dios, me rompe los esquemas cerrados y me permite percibir mucho mejor, en la contemplación, la hermosura sin límites de la Trinidad. Entonces fíjense, son dos planteos teológicos distintos, pero que van a provocar un modo diferente de vivir la pastoral. Así como este ejemplo, habría muchísimos más que muestran que, si uno lo sabe hacer, de la teología surgen consecuencias espirituales, existenciales y pastorales muy concretas y muy importantes. Pero hay que hacer ese esfuerzo, hay que acompañar al seminarista en el diálogo sobre los temas que estudian para poder dar este paso.

3) Vamos a la orientación pastoral de la formación *espiritual*.

Lo vemos en último lugar, pero es lo más importante. A mí me parece que hoy en día lo más delicado es entender bien esta relación: formación espiritual-formación pastoral. PDV dice:

*“La formación espiritual comporta también buscar a Cristo en los seres humanos... Del encuentro con Dios y con su amor de Padre de todos, nace precisamente la exigencia indeclinable del encuentro con el prójimo, de la propia entrega a los demás, en el servicio humilde y desinteresado... La formación de la propia entrega generosa y gratuita, favorecida también por la vida comunitaria seguida en la preparación al sacerdocio, representa una condición irrenunciable para quien está llamado a hacerse epifanía y transparencia del Buen Pastor que da la vida. Bajo este aspecto la formación espiritual tiene y debe desarrollar su dimensión pastoral o caritativa intrínseca”*¹².

Por esa orientación al prójimo, que es inseparable del amor a Dios, la formación espiritual tiene una dimensión pastoral intrínseca que hay que saber desarrollar. Hablábamos atrás de los riesgos del psicologismo. Es decir, hoy no se puede discutir más la necesidad de las mediaciones que ofrece la psicología, pero tenemos el riesgo marcado de la introspección y del subjetivismo. El seminarista, hablando todas las semanas con el psicólogo, mucho más que con los formadores y con el obispo, termina escarbando y escarbando y dándole vueltas y hablando de sus cosas internas y entonces la formación espiritual se ve tan marcada por esto, y la formación humana está orientada excesivamente a esto, que la orientación pastoral de esa formación espiritual desaparece. Ahora, si uno ve que la formación espiritual incluye una fuerte dimensión comunitaria, fraterna, pastoral, ¿cuál es entonces el sentido exacto de la formación humana? ¿No hemos estado diciendo que esa formación humana se orienta particularmente a que el cura sea hombre de comunión, que en las comunidades donde él presta su servicio apostólico sea centro de comunión? ¿No estamos repitiendo lo mismo aquí en la formación espiritual? Yo creo que eso es lo que nos obliga a entender bien que la formación humana está *subordinada* a la formación espiritual y pastoral, claramente subordinada. ¿Por qué? Porque sabemos que un loco puede ser santo. Eso ya está suficientemente asumido en el magisterio. Lean lo que dice la enseñanza oficial de la Iglesia: *“La imputabilidad y la responsabilidad de una acción pueden quedar disminuidas e incluso suprimidas a causa de la ignorancia, la inadvertencia, la violencia, el temor, los hábitos, las afecciones desordenadas y otros factores psíquicos o sociales”* (CEC 1735).

Hay que distinguir entonces el orden psicológico del orden espiritual-sobrenatural, y reconocer que así como el estado de gracia no necesariamente cura enfermedades físicas, tampoco cura necesariamente las enfermedades psíquicas. Por eso, una persona puede ser santa y tener al mismo tiempo perturbaciones psíquicas, hasta el punto que un loco puede ser más santo, viviendo un grado de caridad más intenso, que una persona completamente cuerda y sana. Esto se reafirma ante ciertas cuestiones prácticas que se han encarado últimamente como el tema de los divorciados vueltos a casar, los

¹¹ ST I,47,1,ad 2; 47,2, ad 1; 47,3

¹² PDV 49.

homosexuales, etc.: la Iglesia siempre precisa que no se está emitiendo juicio acerca de la situación subjetiva de las personas, porque entiende el peso de los condicionamientos. Por lo tanto hay que evitar el riesgo de entender que la utilización de estos recursos propios de la formación humana, apuntan directamente a una mayor santidad: “Te mando al psicólogo para que seas más santo”. Este error, que es muy frecuente, debe evitarse, porque si no, se provoca una confusión interna en la persona que al final no entiende bien qué está haciendo y para qué.

La formación espiritual, orientada directamente a la santidad, subordina a sí la formación humana, con todos sus recursos y mediaciones ¿Para qué? Porque estamos preparando personas que tienen que prestar un servicio apostólico con el cual pueden hacer mucho daño a los otros. Entonces más allá de la santidad que posea o no posea la persona, necesitamos mediaciones para que no haga daño con sus locuras y para que haga el mayor bien posible, y para que pueda disfrutar de la actividad apostólica sin que esos condicionamientos de su fragilidad humana limiten o perturben el gozo de la entrega apostólica. Esas son las finalidades de estos recursos propios de la formación humana que *se subordina a la formación espiritual y pastoral*. Mitigando el peso de los condicionamientos no determina necesariamente una mayor santidad sino que se orienta al servicio a los otros. Entonces tanto esta formación humana como la formación pastoral más práctica tienen esta subordinación. Si no, caemos de nuevo en el estoicismo o en el pelagianismo, en una construcción de un sujeto armadito con una serie de recursos, luego, todas las motivaciones evangélicas, espirituales, pastorales aparecen como una suerte de copete externo que no agrega demasiado.

El problema más importante que hay que plantear es cómo se compenetran la formación espiritual y la formación pastoral. Cuando uno lee PDV, encuentra que la formación espiritual se presenta como englobante. Englobante porque alimenta las actitudes profundas que la persona vive en todas las demás dimensiones. Son actitudes internas profundas que se viven en todas las demás dimensiones, también en la pastoral. Pero por otro lado, decimos que la dimensión *pastoral* es la finalidad de toda la formación, porque ser evangelizador es inseparable de ser cristiano, porque todo crecimiento se tiene que orientar a comunicar vida, a comunicar el bien que uno ha recibido, porque uno es discípulo para ser misionero. Si eso es así, entonces hay que recordar que también la formación pastoral, como *finalidad* de todo, tiene que impregnar todo, la finalidad también impregna todo, también engloba todo. Dice la PDV que la formación pastoral unifica y determina todas las demás áreas de la formación. Entonces estamos diciendo que de un modo o de otro la formación espiritual y pastoral son ambas englobantes, y por eso tienen que compenetrarse las dos entre sí. ¿Para qué? Para que haya una *calidad espiritual de la tarea pastoral y una calidad pastoral de la vida espiritual*. PDV dice:

“Solamente la concentración de cada instante y de cada gesto en torno a la opción fundamental y determinante de dar la vida por el rebaño puede garantizar la unidad vital, indispensable para la armonía y el equilibrio espiritual del sacerdote”¹³.

Entonces, fíjense en esto que es indispensable para la armonía y el equilibrio espiritual ¿qué es? Es una actitud pastoral: concentrarse en cada instante y en cada gesto¹⁴ en torno a la opción de dar la vida por el rebaño. Todo concentrado en esta actitud que es una actitud pastoral, que le da armonía y equilibrio espiritual al cura. Ahí se ve con toda nitidez cómo se compenetran de manera inseparable la dimensión espiritual y la dimensión pastoral. Esta compenetración es lo que hay que lograr en la práctica.

En otra parte PDV dice:

“El aprendizaje pastoral requiere una verificación de manera metódica y está destinado no sólo a asegurar la competencia pastoral específica y una preparación práctica, sino también, y sobre todo, a garantizar el crecimiento de un modo de estar en comunión con los mismos sentimientos y actitudes de Cristo, Buen Pastor”¹⁵.

Entonces, el aprendizaje pastoral se orienta, sobre todo, a que el seminarista aprenda un “modo de estar”, un modo de estar en comunión con sentimientos y actitudes de Cristo. Así resulta que el aprendizaje pastoral se orienta sobre todo a una experiencia marcadamente espiritual de comunión constante con los sentimientos y actitudes de Cristo.

Entonces, como ven, el texto anterior mostraba esta orientación marcadamente pastoral de la formación espiritual y acá resulta que este aprendizaje pastoral se orienta a algo que es eminentemente espiritual. Veamos ahora un texto de *Aparecida*: “Las experiencias pastorales, discernidas y acompañadas en el proceso formativo, son sumamente importantes para corroborar la autenticidad de las motivaciones en el candidato, y ayudarle a asumir el ministerio como

¹³ PDV 23

¹⁴ Sobre la importancia práctica de este aprender a “concentrarse” y “detenerse” en cada momento, ofrezco un amplio desarrollo en mi libro: “Claves para vivir en plenitud” (San Pablo, Madrid: Distribuye Ágape libros).

¹⁵ PDV 57f

*un verdadero y generoso servicio, en el cual el ser y el actuar, persona consagrada y ministerio, son realidades inseparables*¹⁶.

Aquí se destaca el peso que deben tener las experiencias pastorales concretas del seminarista para el discernimiento de sus motivaciones. Los seminaristas a veces mencionan que cuando en los Seminarios a veces conversan los formadores, sobre el proceso formativo para discernir sobre la autenticidad de su vocación, no aparecen con frecuencia y con fuerza estas cuestiones pastorales. Los elementos fuertes que aparentemente preocupan y obsesionan a los formadores para discernir la vocación son sobre todo otros, y no aparecen con intensidad y con fuerza elementos pastorales en ese discernimiento. Por lo tanto los seminaristas interpretan que en realidad la entrega pastoral no es demasiado importante. Si para poder ser ordenado cura interesan más otras cosas, entonces se ve que no es tan importante. En cambio *Aparecida* acentúa aquí la necesidad de tener en cuenta el modo de vivir la pastoral para discernir la autenticidad de las motivaciones.

El texto que sigue de *Aparecida* me parece importantísimo y clave para este tema, porque habla de una espiritualidad de la acción misionera. Lo leemos:

*“Es necesario formar a los discípulos en una espiritualidad de la acción misionera, que se basa en la docilidad al impulso del Espíritu, a su potencia de vida que moviliza y transfigura todas las dimensiones de la existencia. No es una experiencia que se limita a los espacios privados de la devoción, sino que busca penetrarlo todo con su fuego y su vida. El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana... Así, la vida en el Espíritu no nos cierra en una intimidad cómoda, sino que nos convierte en personas generosas y creativas, felices en el anuncio y el servicio misionero. Nos vuelve comprometidos con los reclamos de la realidad y capaces de encontrarle un profundo significado a todo lo que nos toca hacer por la Iglesia y por el mundo”*¹⁷.

Vean entonces la espiritualidad nuestra, que no es la espiritualidad monástica. Es la espiritualidad de la acción misionera, que es la que hay que cultivar en los Seminarios. Por lo tanto, la misma formación espiritual tiene que orientarse claramente, al desarrollo de esta mística misionera y apostólica, a esta vida del Espíritu que lo impregna todo.

PDV destaca el “carácter de pastoralidad” de la entrega del presbítero. Ese carácter pastoral de su obediencia al Padre, “en un clima de *constante disponibilidad* a dejarse absorber y casi devorar por las necesidades y exigencias de la grey, ocupado *de manera total* por el hambre de Evangelio del Pueblo de Dios”¹⁸. Acá aparece esa fuerza totalizadora de la orientación pastoral de la formación. Es formar un corazón capaz de tener una disponibilidad de quien se deja absorber y devorar y ocupar de manera total por el hambre de Evangelio del Pueblo de Dios. Cuando PDV explicita los aspectos de esta formación específicamente pastoral menciona tres cosas:

- a) Formación en una sensibilidad de pastor.
- b) Asumir de manera consciente y madura las responsabilidades pastorales.
- c) El hábito interior de valorar los problemas y establecer las prioridades y medios de solución con motivaciones de fe y criterios pastorales¹⁹.

Estos tres aspectos de la formación pastoral requieren conjugar todas las demás áreas formativas. Pero, como ustedes ven, en esta formación pastoral, predomina una formación de hábitos internos, para lograr un *modo* de vivir las tareas con una determinada calidad personal, interior. Por eso, si bien al final nos vamos a dedicar a la formación pastoral eminentemente práctica, antes nos vamos a detener en la calidad personal de la actividad pastoral que permita a ustedes y a los seminaristas vivir con un profundo sentido, con gozo interno, con ardor y fuerza interior las tareas pastorales concretas que les toque realizar.

Víctor Manuel Fernández

¹⁶ Apa 322

¹⁷ Apa 284-285

¹⁸ PDV 28f

¹⁹ Ibíd. 58

2º Conferencia del Lunes 28

La identidad pastoral como clave para entender la finalidad pastoral de la formación

Vamos a pasar ahora al tema de la identidad, porque entiendo que la formación se orienta sobre todo a conformar una determinada identidad pastoral.

Yo he tratado este tema de una manera más completa y fundamentada en mi libro: *“La oración pastoral”* (edit. San Pablo, Buenos Aires). A continuación sólo les ofreceré algunas líneas para pensar esta delicada cuestión.

Este tema de la identidad pastoral tiene que ver con una serie de dificultades propias de nuestro tiempo. La cultura mediática, los medios, y especialmente algunos ambientes intelectuales o profesionales, transmiten una desconfianza marcada hacia lo religioso y particularmente hacia los curas y lo que pueda decir un cura. Esto se vuelve tan fuerte, tan intenso, que muchas veces los curas desarrollan una suerte de complejo que les lleva a ocultar su identidad en determinados lugares. El problema es que cuando uno oculta su identidad, con el paso del tiempo cada vez se siente menos feliz con lo que es y cada vez se identifica menos con su propia misión. Entonces por un lado aparece el lamento por los ataques que sufre la Iglesia, por los defectos y la degradación del mundo, pero por otro lado se advierte la tendencia a amoldarse a ese mismo mundo para ser un poquito como todos, para ser visto como uno más. Pero una cosa es dialogar con el mundo y otra es creer interiormente que el Evangelio vale menos que los mensajes del mundo, que el mundo ofrece más que Jesucristo. De esta manera se desarrolla la dicotomía más peligrosa de todas, que es la dicotomía entre *identidad* y *misión*. Así yo por un lado soy cura, hombre de Dios y para los demás, pero por otro lado soy *yo mismo*, el verdadero Y es lo más peligroso porque me siento yo mismo cuando dejo de cumplir mi función de cura, cuando me libero del apostolado, cuando salgo a la calle, cuando hago una pausa, cuando me desconecto. Da la impresión de que ese soy yo, no el otro. Ese soy yo con mis necesidades, sueños, nostalgias, deseos secretos. Entonces el yo y la identidad sacerdotal no se fusionan, no se unen.

Por eso sucede lo que mencionábamos antes. Cuando alguien dice: “Yo me voy pero, ¿qué hay?, lo que yo hacía lo puede hacer otro”, eso indica precisamente que la misión no penetró nunca su identidad personal. Por eso también aparece a veces la necesidad del cura de destacarse en otras cosas, de estudiar otra carrera, no siempre para mejorar su servicio pastoral sino para poder decir: “Ojo que yo no soy solo cura, yo también soy esto otro”. O el deseo de destacarse en alguna habilidad que no sea sacerdotal para poder ser aceptado, aprobado por la sociedad. En algunos casos, aún la misma asistencia caritativa se convierte en un modo de tener contenta a la sociedad, haciendo algo que es aprobado por los sectores ilustrados y profesionales, que así dicen: “Por lo menos el cura sirve para algo”. Al mismo tiempo sabemos todos que han caído un montón de certezas colectivas que antes eran generalmente aceptadas en la sociedad de manera que nosotros no estamos del todo convencidos de lo que enseñamos, de lo que decimos, de lo que repetimos. Hay un discurso externo, pero interiormente está la duda, la inseguridad, ese complejo, esa vergüenza interior.

Dentro de esta renuncia a la propia identidad también aparece una desfiguración de las relaciones humanas, que ya no son como dice la *Ratio*: un “*sentido pastoral de los vínculos humanos*”, sino que expresan más bien una necesidad de aprobación, el gusto de estar con determinadas personas que a uno le dan tranquilidad y reposo, o cierto placer. No es el sentido pastoral de los vínculos humanos, que tendría que ver más con esa identidad.

Cuando la identidad es frágil las actividades son menos gozosas, se disfrutan menos, se rebaja la alegría apostólica, y una actividad mal vivida cansa más. Entonces aparece esa suerte de desproporción entre lo que uno hace y el cansancio que le provoca, porque es una actividad mal vivida, que no se siente profundamente como propia.

Si la identidad está sometida a estos complejos, a estas inseguridades, a este sentirse menos, a esta necesidad de adaptarse al mundo, conviene entonces desarrollar la inclinación contraria: el reconocimiento de que esa identidad es

importante, de que es necesaria para el mundo, de que otros aportaran otras cosas, de que otros sin la fe tendrán algo que dar, pero eso no significa que lo mío no sirva, que lo mío sirva menos, que lo mío no sea importante, que lo mío no sea necesario.

Los discursos a veces catastróficos sobre el cambio de época, sin darnos cuenta, nos pueden hacer creer que no es posible hacer nada, que ya está todo cantado, que a ese proceso irreversible no lo voy a cambiar yo con mis pobres esfuerzos ni con mis pequeñas obras. Eso alimenta la abulia y el desgano. Entonces tiene que aparecer la convicción de que sí es posible, de que no hay fatalismo. No lo hubo en otras épocas muy duras de persecución y de muerte, y tampoco ahora debe ser así. Nosotros tenemos algo que tiene el poder de producir cambios, de provocar nuevos dinamismos. Lo tenemos y es real, es verdadero.

Por otro lado ante esta identidad que es importante, que es necesaria también hoy, el mundo no tiene algo mejor que ofrecer, no tiene la respuesta última, no tiene la satisfacción más honda para las personas, no lo tiene. Al mismo tiempo esa identidad es don de Dios, es un regalo suyo, don de Dios que yo estoy llamado a valorar, a cuidar, a gozar. Pero además esa es mi identidad, es mi identidad. Soy esto, no sólo lo elegí. Fui llamado a eso y estoy marcado hasta el fondo de mi ser para esa misión.

El desafío nuestro es lograr provocar a lo largo de los años de formación esa convicción profunda: “Yo soy esto, estoy llamado a esto, todo mi ser esta para orientado para esto y no puedo ser otra cosa, esto es lo mío”. Si no logramos infundir esta convicción todo lo demás se cae, todo lo demás está en riesgo.

Cuando los psicólogos estudian el tema de la identidad, destacan dos aspectos. Tener una sensación interior de identidad implica dos experiencias: Primero una experiencia de *estabilidad*. Si yo un día pienso una cosa y mañana opino otra, hoy hago una cosa mañana me cansé y hago otra, hoy vivo aquí y mañana vivo allá, si no hay una estabilidad, entonces lo que hay es una experiencia de no tener identidad. Una sensación interior de estabilidad es clave para sentir que soy alguien. La segunda es la conciencia de que *yo soy algo valioso y positivo*. Con todos mis defectos, con mis límites y mis caídas, mi realidad es básicamente algo positivo y valioso. Estos son los dos ejes de una experiencia de identidad. Los diversos elementos que conforman la identidad van afianzando y apuntalando esta doble experiencia. Si no hay estabilidad y si no hay una conciencia de positividad, yo siento que no soy alguien, y lo vivo con angustia a ese no ser alguien.

Ahora resulta que la gente – todos – necesitan tener una identidad. Todos quieren tener una identidad. Todos saben que es una sensación desagradable, una angustia profunda, el sentir que no soy alguien. Por eso muchas veces la gente busca experimentar esa identidad en lo que venga; la gente manotea lo que sea para poder sentirse alguien. Y hay una serie de elementos que son, más bien, superficiales; por ejemplo, **el consumir**: las personas que viven la angustia de no tener una identidad clara buscan experimentarlas en consumir algo. ¿Por qué? Porque en el consumir algo experimenta algo positivo, entonces cuando puedo consumir algo me siento alguien, y muchas personas no logran trascender este nivel. Al no lograr trascenderlo, cuando no pueden conseguir una satisfacción, cuando no la logran, cuando tienen que aplazarla, sienten que no son nadie. Por eso, hay crisis de identidad que son falsas, que no son crisis de identidad en realidad. Se trata simplemente de la imposibilidad de superar este nivel, la imposibilidad de trascender este nivel básico del consumo. Sin embargo, aún este elemento, no puede eliminarse de la experiencia de identidad. Porque el texto de 1 Timoteo 6, 17 dice “*Dios nos regala espléndidamente de todas las cosas para que las disfrutemos*”. O sea, aún estas cosas del mundo, que uno dice que son cosas superficiales, son don de Dios, que en su amor quiere regalarnos para que disfrutemos. Si ustedes leen Eclesiástico 14, dice: “*Hijo no te privas de pasarte un buen día*”. De manera que la imagen de Dios que presenta la Escritura es la de alguien que, aún en este nivel que a veces despreciamos, nos regala cosas como manifestación de su amor. Es decir, una persona que por determinados límites psicológicos no puede disfrutar de la vida, que no se siente digno de disfrutar, no se siente invitado a la fiesta de la existencia, tiene un problema de identidad, hay algo detrás de esta dificultad.

Otros buscan afianzar su identidad **en el cuerpo y la apariencia**. Es cierto que hay una identidad corpórea. Uno se reconoce así mismo también mirándose en el espejo. Hay personas que si uno les pide que dibujen su cara no lo pueden hacer. No la conocen. No se tocan, no se reconocen corpóreamente. Eso también es signo de un problema de no aceptación. El nivel corpóreo es esencial, uno se experimenta a uno mismo también sintiéndose a sí mismo. Todo lo que uno vive tiene una resonancia física. El problema es cuando uno basa la identidad en tener un cuerpo joven, sano y bello, y entonces cuando uno deja de tener un cuerpo joven, sano y bello se le viene el mundo abajo. Es el ideal que presentan los medios, la sociedad de consumo, y todos ustedes y yo caemos, de alguna manera, en esta angustia de perder el cuerpo joven, sano y bello, y dejamos de amar el cuerpo real, este mío, que es don de Dios también en esta edad que yo tengo. Hay que aprender a reconocer que la belleza no se termina sino que se transforma. Monseñor Giaquinta es tan hermoso ahora como cuando tenía veinte años. Simplemente es distinto.

Otro nivel superficial es **el tener y el acumular**. Claro que uno puede pasarlo rápidamente porque puede decir: “Yo con poco me conformo”. Pero en realidad ustedes saben que uno se hace esclavo de la periferia, no solo cuando quiere afianzarse en objetos; a veces, puede ser apoyarse en un título, como decíamos antes, en hacer otra carrera; o en algún talento determinado, diferente de las actividades sacerdotales; o incluso en el desarrollo ético. Hay personas que se sienten muy orgullosas de ser modelos y testimonios para los otros. Entonces, el tener una cualidad ética aparece como este salvavidas que a mí me da identidad, me hace sentir alguien. Claro que entonces cuando cometo un error, o cuando caigo, o cuando me calumnien, eso me hace sentir que no soy nada. Por eso es un nivel que también tiene que subordinarse a los niveles más profundos de la identidad.

En esta línea están también **los logros**. No es esto una sana identificación con la misión que Dios me ha dado, sino la necesidad de demostrar que soy alguien consiguiendo cosas, para poder mostrarlas, para ser aprobado, para ser aceptado. Eso supone que uno siente que no es digno de un gran amor, y que para ser digno de un gran amor tiene que lograr resultados visibles. Entonces aparece la obsesión por los resultados. Esto tiene que ver con un volverse autónomo frente a Dios. ¿Por qué? Porque yo necesito demostrar que puedo solo, que no se me regalan las cosas. Para que así vean que soy alguien. Entonces se pierde el sentido de gratuidad, el saber acoger aquello que Dios regala gratis, sobre todo su amor.

Estos son elementos superficiales. Vamos, entonces, a lo que sería la identidad *trascendental*, el orden del ser, las profundidades del ser donde está el fundamento, la raíz última de la propia identidad. Es aquello que se me ha dado, que se me ha regalado, eso que soy porque Dios lo ha creado con infinito amor. Entonces busco entenderme a mí mismo a partir de ese regalo fundamental, de ese llamado al ser que me constituye en alguien único e irrepetible. Hay que tomar conciencia que vale también para mí que “*cualquier persona humana existe con una “necesidad absoluta”*”,²⁰ y es objeto de un amor eterno dirigido de un modo directo y personalísimo a cada uno. No soy un ser que apareció por casualidad, secundario, prescindible. Si Dios existe con una necesidad absoluta, yo como persona humana, llamado por Dios a su amistad también existo con una necesidad absoluta. Si de hecho he sido creado, entonces existo con esa necesidad absoluta dice Santo Tomás. Y Juan Pablo II dice en un discurso a un grupo de discapacitados que cada ser humano tiene una dignidad “infinita”²¹, cosa que antes de él lo había dicho Hegel, pero el Papa lo asume con otro sentido, porque cada uno es creado por un Dios que lo ama infinitamente y lo redimió en la cruz. Entonces, la identidad trascendental implica reconocer que si he sido creado por Dios, llamado a la amistad con Él, mi persona existe con esa necesidad absoluta y yo tengo una dignidad infinita. Esta identificación se va alimentando, se va desarrollando, se va afianzando, y puesto que tiene que ver con mi relación con Dios se va afianzando en una relación con Dios *sincera*, o sea, explicitando mi relación con Dios sin esconderle nada, sin ocultarle nada, creciendo en esta capacidad de estar desnudo frente a Él, diciéndole incluso a Dios en que no estoy de acuerdo, que no entiendo algo, que algo no me cierra, que no acepto algo que él me pide o me dice. Sólo a partir de esa sinceridad Dios puede actuar profundamente en mi vida. Dice el libro de la Sabiduría: “*Búsqwenlo con corazón sincero por que el Santo Espíritu educador huye de la falsedad*”. Huye de la falsedad. Por lo tanto, la primera condición para que pueda madurar y profundizar esta identidad trascendental es **la sinceridad en la relación con Dios**.

La segunda es la **asiduidad**, el charlar con Dios frecuentemente, el conversar con él y dirigirle la palabra a menudo, el escucharlo, el recordarlo a cada rato. No implica necesariamente largos momentos de oración, pero sí la frecuencia. Una frecuencia que a veces son esos pequeños actos de amor en medio del cansancio, del trabajo, en medio de la dispersión de cada día, pero que por la frecuencia me ayudan a mantener esa conciencia amorosa de ser de Él y de que Él es mío, el estar identificado profundamente con esta relación que me hace existir y que me sostiene. Cuando no hay asiduidad, cuando se vuelve raro y poco frecuente, y cuando hay que motivar excesivamente un instante de oración, significa que esta identidad trascendental está lejos de lograrse. Estoy buscando mi identidad en otras cosas.

El tercer elemento es que esta relación con Dios vaya transfigurando la mirada sobre mí mismo, o sea, que yo vaya intentando *mirarme con la mirada de Dios*, porque sino me pasa lo que decía San Agustín: “*me convierto en un oscuro enigma para mí mismo*”, no sé realmente quien soy. Dios, que existe, existe y *habla* a su manera, me va manifestando poco a poco quién soy en realidad y quién estoy llamado a ser; o sea, cuál es su proyecto para mi vida. De ese modo uno logra lo que decía Cencini: no solo ser sincero sino también **ser verdadero**, reconocer esa verdad que uno no termina de mirar.

²⁰ Cf. S. TOMÁS DE AQUINO, *Contra Gentiles* II, 30.

²¹ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje a los discapacitados* en el *Ángelus* del 16/11/1980; G.W.F. HEGEL, *Filosofía de la Religión* III, 134, 1124; *Enciclopedia* § 482 N.

Y finalmente, la identidad trascendental supone, sobre todo, esta **conciencia de ser infinitamente amado**. Porque es esta conciencia lo que me da esa sensación de estabilidad y de positividad, esos dos elementos básicos del sentimiento de identidad. Estabilidad porque me ama incondicionalmente, porque aunque peque, caiga, pase lo que pase en mi vida, está ese núcleo más profundo de mi ser, que es infinitamente amado y va a ser siempre infinitamente amado, cuando sea, como sea, y pase lo que pase. Eso da una sensación profunda de estabilidad y de ser alguien positivo más allá de todo.

Aquí aparecen una serie de elementos constitutivos centrales. Primero lo que sería una **identidad histórico-cultural**: es estar entrelazado y fundido con una serie de elementos históricos, simbólicos, emotivos, culturales, propios de mi pueblo, de mi familia, de mi historia. Esos elementos no son cosas que yo pueda borrar, poner entre paréntesis, porque están íntimamente fundidas con mi identidad, son inseparables. Por eso, es tonto que alguien pretenda apartar estos elementos para llegar a una especie de ser verdadero, como si fuera una “epojé” que elimine todo lo superficial y llegue a una especie de esencia. Eso no se puede hacer, es imposible hacerlo, porque aún esos elementos son mediaciones para reconocer mi ser más profundo. Yo soy también eso, que me marca hasta lo más íntimo. Entonces, mi cultura y mi historia, son mediaciones para reconocer quién soy. Si yo quiero escapar de mi historia, por más dolorosa que sea ¿qué voy a crear? Una nebulosa en torno a mi identidad, algo que me lleve a ignorar quién soy en realidad. Por eso tiene que haber una identidad “narrativa”. En las conversaciones entre nosotros, cuando nos contamos cosas de nuestra vida experimentadas como parte de una historia de salvación, también allí vamos reconociendo quiénes somos, y quienes estamos llamados a ser. Esa identidad también es relacional por lo mismo. Yo no termino de reconocer quien soy sino con el otro frente a mí. No porque yo necesite la opinión del otro para sentirme importante, sino porque el otro es mediación de Dios para reconocer quién soy, es mediación suya. Entonces, cómo el otro me ve, lo que él alcanza a reconocer de mí, eso también me permite saber quién soy.

Están, también, **las convicciones básicas**, o sea, uno puede cambiar de idea en muchas cosas pero tiene que haber una serie de convicciones que se mantengan sólidas, porque sino, falta uno de estos dos elementos fundamentales de la identidad que es la estabilidad. Cuando yo cambio de opinión como el viento para adaptarme a los otros, al final no se quién soy, me pierdo. A veces eso pasa incluso frente a las autoridades, frente al obispo. Cuidarme tanto delante del otro para no tener problemas o para que no me cambie de parroquia, o para mantener ciertas comodidades de mi vida, o para hacer carrera en la Iglesia, eso no es la sana relación de obediencia que tiene que haber con el obispo. Es más bien un indigno ocultamiento que termina provocando en mi interior esa profunda oscuridad y confusión de no saber quién soy. Y por eso la discusión es siempre necesaria. El discutir con apertura, abierto a modificar cosas, pero siempre expresando esas convicciones que uno no quiere negociar, es indispensable para no perder la identidad.

Junto con las convicciones básicas están **las grandes opciones**, algunas elecciones que yo mantengo a lo largo del tiempo. No todas, pero hay algunas que tienen que mantenerse sólidas y firmes siempre, y que yo voy afianzando con las pequeñas decisiones de todos los días.

Pero, dicho esto, falta a donde yo quería llegar. No hay identidad real si esa identidad no es también “pastoral”. ¿Por qué? Porque *“Dios, al llamarnos a cada uno, en un mismo acto nos entrega nuestro nombre y nuestra misión en la tierra”*²², o sea, en un único llamado, Dios me llama a la vida, al ser, a ser quién soy y, en ese mismo llamado, no en otro, me da una misión. Al crearme *orienta todo mi ser al cumplimiento de una misión en la tierra*. Eso explica por qué Dios nos ha creado en este mundo y no nos creó directamente en el cielo sin tantos sufrimientos y tantas angustias. Si nos creaba directamente allá arriba, terminados y felices, como ángeles, ya hechos, no habría dificultades, y sin embargo nos creó en esta tierra con un camino histórico. Es un camino histórico que tiene que ver esencialmente con el cumplimiento de una misión, que es inseparable del propio ser. Por eso, *“como consecuencia, cuanto mayor sea la identificación de cada uno con la misión encomendada por Dios, más rica será su identidad y más definida y plena aparecerá su personalidad”*²³.

Yo no tengo una misión sino que “soy” esa misión y todo se orienta al cumplimiento de esa misión. Lo mismo vale para el ser cristiano, dice Apostolicam Actuositatem n. 2: *“La vocación cristiana es por naturaleza, vocación al apostolado”*.

Ratzinger, comentando este texto hace unas décadas, decía que esta era una de las afirmaciones más importantes de todo el Concilio, porque mostraba la orientación dinámica y estática de la existencia humana, el ser para los demás.

A veces uno no entiende la conexión de lo que le pasa, de una etapa de su vida, de un fracaso, o de lo que fuere, con esa misión. Pero uno tiene que tener la certeza de que, si se entrega con confianza, uno cumple sí o sí esa misión más allá de los éxitos y de los fracasos.

²² E. Terrasa, *El viaje hacia la propia identidad*, Pamplona, 2005, 72

²³ *Ibíd.*, 73.

Esta misión tiene que tener las dos características que le otorgábamos a la identidad. Primero, tiene que tener estabilidad. En el caso de los curas diocesanos, esta es una nota que se acentúa. ¿Por qué? Porque muchas veces uno cumple esa misión simplemente “estando” en un lugar, permaneciendo en un lugar. Te toca una parroquia que vos con un razonamiento superficial podés decir: “Este lugar no es para mí, acá yo no puedo desplegar todas mis capacidades. Si estuviera en otro lugar, con otra tarea, quizás podría yo explayar mucho mejor los dones que Dios me ha dado”. Y sin embargo el cura del clero está llamado a trascender ese razonamiento y a aceptar su realización estando, permaneciendo en un lugar. Esto tiene una nota bastante kenótica, que es aquella que por ejemplo Charles de Foucauld eligió por su propia decisión. Desde su conversión entendió que él estaba llamado a esa kénosis, aunque tenía capacidades para muchas otras cosas mucho más vistosas. Eso mismo tiene que iluminar nuestra propia identidad de curas diocesanos: la estabilidad, el permanecer en ese lugar, estar ahí, es un elemento básico en mi identificación pastoral y, por lo tanto, también personal.

Por eso mismo, de la misión que Dios le ha dado a uno no se descansa nunca. Puede descansar momentáneamente de una tarea, pero nunca puede descansar de esa misión porque esa misión marca a fondo la propia identidad. Cuando uno experimenta que su realización está cuando deja de entregarse en la misión, es cuando uno ha perdido su identidad. Si cuando me voy a descansar, o tomo una pausa, o me voy de vacaciones, ahí siento que soy yo, entonces queda claro que no tengo identidad.

Ahora, pasemos entonces más directamente a lo que es la identidad específicamente sacerdotal. Vamos a ver éste tema brevemente pero es indispensable verlo.

Estamos en una época de caída de utopías, de desencanto, de escepticismo. Ustedes saben que cayeron también algunos estereotipos sacerdotales. La figura del sacerdote salvador de almas, cuando hoy resulta que se pueden salvar sin mí, aparece como debilitada. Pero cuando se ha ido debilitando esa identificación sacerdotal, ha caído algo que a muchos curas les daba seguridad, les daba identidad, les daba autoestima y les daba fervor y alegría en su entrega.

Cayó eso, ¿y que quedó en su lugar? ¿Qué otra identificación sacerdotal hay hoy que provoque fuerte identidad, seguridad, autoestima, fervor, alegría? ¿Cuál es? Muchos Seminarios están en este trabajo, en esta búsqueda de un perfil, de una identidad que provoque entusiasmo que despierte ganas y que provoque esta entrega estable, porque si no, terminaremos adaptándonos cómodamente al estilo de vida del sujeto postmoderno, sin identidad. El tema es que hay que encontrarlo a ese perfil.

Ahora, cuando uno busca ese perfil, primero tiene que tener claro cuáles son los elementos esenciales e invariables del sacerdocio y cuáles son aquellos que pueden cambiar. Esto no siempre está muy claro. Si uno dice que lo que caracteriza al cura es el amor a Dios, está diciendo algo que vale para una monja de clausura, para un misionero, para un catequista, para cualquiera. Si uno dice que es la opción por los pobres, está diciendo algo que no puede faltar, que es fundamental, pero que lo caracteriza por ser cristiano, no por ser cura. Es algo común a todos los que intentan vivir el Evangelio. Si dice que es la oración, está diciendo algo que caracteriza a un monje de clausura y, entonces, se caracteriza a sí mismo como un monje de segunda, un monje disperso. ¿No hay una identidad sacerdotal específica? ¿Cuál es el núcleo de la identidad específicamente sacerdotal? Hay que verlo en aquello que sólo el cura puede hacer y nadie más puede hacer. Es lo que le confiere el sacramento del Orden, no hay vuelta. ¿Para qué recibo el sacramento del Orden? ¿Para hacer algo que puede hacer cualquiera? No hace falta ordenar gente para eso. Entonces necesariamente el punto de partida básico, nuclear, central, es aquello para lo cuál yo recibo una potestad en el sacramento del Orden y que no puede hacer alguien que no tiene el Orden Sagrado. No hay vuelta de hoja, te guste o no te guste tenés que partir de ahí. O sea, básicamente de la potestad para presidir la Eucaristía. Función indelegable, y función para lo cuál tenés que recibir el Orden. Desde allí hay que entender todo lo demás. ¿Te gusta otra opción diferente que te dé identidad?. No te ordenes, porque para eso no hace falta ese sacramento. Por lo tanto, éste núcleo insustituible que proviene del sacramento del Orden, es lo que me hace a mí instrumento de gracia como signo. Uno puede decir signo de Cristo Cabeza, y entender que estamos destacando la autoridad del cura. No, porque en realidad cuando hablamos de Cristo Cabeza estamos haciendo referencia, antes que nada, a la gracia capital, a la gracia que derrama Cristo como Cabeza de su Iglesia. Cuando el cura es signo de Cristo Cabeza significa que su ministerio se orienta particularmente a ser instrumento, signo e instrumento de la donación de la gracia que se derrama como fuente primera en la Eucaristía, centro de la vida de la Iglesia. Por eso, dice Juan Pablo II en *Mulieris dignitatem*, que aún cuando se la considere jerárquica, esta función está totalmente ordenada a la santidad de los miembros de Cristo. Entonces, su clave no es el poder sino la potestad de administrar el sacramento de Eucaristía. Los laicos también alimentan a los demás, los laicos también curan a los demás, los laicos también son pastores de una manera o de otra, pero sólo el cura lo es cuando hace presente como signo al Buen Pastor que trae la vida en la Eucaristía, o al Buen Pastor que sana a la oveja perdida y la cura en la Reconciliación y así la vuelve a integrar a la comunión de la Iglesia para que pueda celebrar la Eucaristía. Sólo el cura es tomado por Cristo de tal manera que él

puede decir *“Esto es mi cuerpo”, “yo te absuelvo”*. Nadie más lo puede decir. Por lo tanto, todo lo demás en el ministerio sacerdotal, en el ministerio de la caridad, en el ministerio de la Palabra –, todo, tiene que dejarse transfigurar por esta relación única con la Eucaristía.

Hay algunas formas de entender el sacerdocio aparentemente progresistas que se resisten a esto, no les gusta. Entonces le otorgan al cura, como propias y específicas, un montón de funciones para las cuales no necesita el Orden sagrado. Con eso, sin darse cuenta, alientan el famoso clericalismo. Terminan llenando la figura sacerdotal de miles de funciones, que son para que las desarrollen y las expliciten y las maduren otros miembros de la iglesia, no necesariamente el cura. Entonces, a veces, esta concepción que se resiste a la centralidad eucarística, no hace más que fomentar el viejo clericalismo.

Alguien puede decir por ejemplo: *“Sí, es cierto que la piedad mariana es característica de todos, pero tiene que caracterizar sobre todo al cura”*. O puede decir que la oración es para todos pero sobre todo para el cura. Ahí caemos en otro error, porque el cura pasa a ser un *súper cristiano*. ¿No era que la diferencia entre el sacerdocio común y el sacerdocio ordenado no es de grado sino esencial? El cura no es más orante que los otros, no es más mariano, no es más amante; simplemente es otra cosa, distinta. No es un grado mayor de esto, un grado mayor de aquello. Es otra cosa diversa. Por lo tanto, no nos queda más que concentrarnos en la centralidad eucarística en la vida del cura.

Pero de esta centralidad eucarística se deriva inmediatamente una función que tiene que ver con la autoridad: es la función de guiar y conducir la comunidad armonizando la variedad de carismas en la unidad. O sea, el servicio de la comunión, asegurar la comunión. Eso deriva directamente de la Eucaristía, porque la Eucaristía es el sacramento de la unidad.

Por lo tanto, hay otra función específicamente sacerdotal, que es ser centro de comunión en la comunidad, y asegurar que todo lo que viva la comunidad se oriente a esa comunión. Está claro en la Biblia: en 1 Cor 10, 17 dice: *“ya que hay un solo pan todos nosotros aunque somos muchos formamos un solo cuerpo porque participamos de ese único pan”*. Y un texto muy bonito de Pablo VI: *“La eucaristía ha sido instituida para que seamos hermanos. El sacerdote la celebra como ministro de la comunidad cristiana, para que de extraños, dispersos e indiferentes unos a otros, nos hagamos uno, iguales y amigos”*²⁴. Claro que para asegurar esto el cura tiene que tener autoridad, tiene que poder frenar a alguien que se extralimita, tiene que poseer autoridad para limitar a aquel que pretende tener una primacía absoluta en un grupo, tiene que intervenir cuando alguien opaca los carismas de los otros. Para asegurar esto necesita autoridad. Esa autoridad deriva directamente de la Eucaristía, sacramento de la unidad, deriva de su función indelegable de celebrar la Eucaristía, que reclama y exige la comunión de los que la celebran.

En tercer lugar, hay que hacer una clarificación importante. Este servicio a la comunión implica el servicio a una unidad diversa, a una unidad rica. No a una unidad monolítica y empobrecida. Por esa razón, para que se refleje adecuadamente la riqueza de la Eucaristía, el cura tiene que fomentar la diversidad, la variedad de carismas y servicios, los distintos ministerios. Que la comunidad sea viva y llena de esta riqueza, para que entonces la celebración eucarística sea el signo de esa riqueza preciosa, y no un signo pobre, de una comunión monolítica, reducida, rebajada. Tenemos entonces esta tercera nota que explicita un poquito mejor la anterior.

Hasta aquí lo que es esencial, propio, característico del sacerdocio. Es posible que algunos al escuchar esto queden muy insatisfechos. Una vez más quieren decir que es propio del cura tal y tal cosa. Muy bien. Hay muchas cosas que tienen que caracterizar al cura con fuerza, con contundencia, de modo significativo, pero porque es bautizado, porque es cristiano, no porque es sacerdote. No puede dejar de amar a Dios, de amar al prójimo y de ser misionero, pero porque es cristiano, no porque es cura, no porque es distinto de los otros. Pero no obstante esto, dicho esto, hay que decir lo siguiente: algunos gustan hablar de una identidad *“presbiteral”*, o sea, no sacerdotal, sino presbiteral. Por eso no dicen *“sacerdotes”*, dicen *“presbíteros”*. Esto tiene una razón. Porque el perfil sacerdotal se conforma con estos elementos esenciales, pero también con otros que puede requerir una época, que puede requerir un lugar, que puede requerir una diócesis. Puede haber un llamado particular de Dios en una época también y por lo tanto hay un perfil presbiteral que incluye esta identidad sacerdotal básica pero que se enriquece y se complementa con otros elementos que una comunidad, una congregación religiosa, una diócesis, disciernen para ese lugar concreto. Esa identidad presbiteral entonces la construimos entre todos, de acuerdo a lo que, con el auxilio del Espíritu, reconocemos lo que necesita este lugar y esta época.

Allí se incluye lo que llamamos el perfil *“diocesano”*, que tiene básicamente dos notas: Por estar enviado a esa tierra, la primera nota es el *arraigo* en ese lugar, el profundo arraigo en ese territorio, en esa gente. No es un nómada sin raíces, es alguien, como dicen los obispos asiáticos, que hunde su camino en esta tierra. A su camino personal lo hunde en esta

²⁴ PABLO VI, *Alocución de Corpus Christi*, 17/06/1965.

tierra, lo hunde acá. Y aquí entra aquel sentido kenótico que les decía antes: permanecer acá, más allá de mis intereses personales. La segunda nota del sacerdocio diocesano es la *familiaridad* que tiene conexión con el celibato. ¿Por qué? Me gustó mucho una explicación que hizo Monseñor Uriarte. Explicaba, que aunque el celibato implique esta renuncia a la esposa y a los hijos, no es renunciar a esa fuerza emotiva, afectiva que vive el padre de familia, sino que la transfigura y la orienta al servicio sacerdotal. De tal manera que su afectividad queda marcada con esta nota de “familiaridad”. O sea, a un padre de familia, la esposa y los hijos lo invaden, y no puede descansar de ser padre o de ser esposo. Lo hacen levantar a las tres de la mañana, le exigen esto, aquello, no hay vacaciones, o sea, está completamente orientado a ellos y no puede salir de ahí, no puede quitarlos de su vida. Lo invaden. Eso mismo tiene que caracterizar al cura diocesano. Su afectividad tiene que aceptar el ser invadido por la vida de la gente. Si no el celibato está mal planteado. Tiene que entenderlo desde Cristo pero tiene que entenderlo también desde el envío a ese lugar y a esa gente que pasan a ser indefectiblemente parte de su vida.

Bueno, terminamos diciendo lo siguiente: Ustedes, como formadores de Seminarios, están llamados a esta reflexión sobre el perfil sacerdotal o presbiteral que quieren desarrollar y estimular en sus diócesis. Pero no lo pueden hacer ustedes solos, porque no le pueden imponer ustedes a la diócesis un perfil que les guste a ustedes, sino que tiene que resultar del diálogo con el presbiterio, incluyendo evidentemente -en primer lugar- al obispo, y también a los laicos. Entonces, desde ese discernimiento comunitario en la diócesis habrá que encontrar un perfil que entusiasme a todos y que así, a los seminaristas, les dé ganas de entregar la vida hasta la muerte por esa identidad. Si no lo encuentran, va a ser muy difícil entusiasmar en una misión que marque a fondo la propia identidad y que persista hasta la muerte. Ese es el desafío que les dejo planteado.

Les voy a leer una oración. Esta oración sería para mí como la conclusión existencial de lo que estamos diciendo, allí adonde tendría que llevar esta reflexión y este trabajo nuestro. Se las leo para que ustedes traten de hacerla propia:

“Ya que estoy en esto, lo acepto.
Ya que fui llamado a esto, renuncio a vivirlo a medias
y me asumo como cura hasta los tuétanos.
Reconozco que mi identidad ya no se puede entender sin el sacerdocio.
Me miro a mí mismo como cura y te pido, Señor, la gracia de disfrutar
que los demás me reconozcan como cura.
Renuncio de una vez a la paternidad biológica
y acepto la belleza sublime de la paternidad espiritual.
Advierto que este cambio vale la pena,
porque me lleva a profundidades vitales insospechadas.
Y acepto que esto sea lo mío hasta la muerte.
Gracias, Señor, por este llamado y este don precioso para tu pueblo. Amén”.

Víctor Manuel Fernández

La calidad interior de la actividad pastoral

Vamos a considerar ahora el modo adecuado de vivir hoy la actividad pastoral, para que realmente sea satisfactoria y plenificante. Sobre este tema *Pastores Dabo Vobis* ya hacía referencia a algunas dificultades que son bastante actuales. Por ejemplo:

“Una defensa exacerbada de la subjetividad de la persona, que tiende a encerrarla en el individualismo incapaz de relaciones humanas auténticas. De este modo muchos, especialmente muchachos y jóvenes, buscan compensar esa soledad con sucedáneos de varias clases, con formas más o menos agudas de hedonismo, de huida de las responsabilidades. Prisioneros del instante fugaz, intentan consumir experiencias individuales lo más intensas posibles y gratificantes en el plano de las emociones y de las sensaciones inmediatas, pero se encuentran indiferentes y como paralizados ante la oferta de un proyecto de vida que incluya una dimensión espiritual y religiosa o un compromiso de solidaridad”²⁵.

Después sigue PDV con una expresión bastante fuerte, diciendo que se trata de un hombre *“enteramente lleno de sí”*, que *“se pone como centro de todo su interés”*, mientras *“una gran disponibilidad de bienes materiales y de recursos lo hace creer falsamente autosuficiente”*. No hace falta que tenga mucha plata, porque siempre tiene muchas posibilidades para llenar su tiempo. Tiene muchas distracciones posibles para llenar ese tiempo y cubrir esa necesidad de ser gratificado. Aparecida plantea que el problema es que, como consecuencia, *“esta cultura se caracteriza por la autorreferencia del individuo, que conduce a la indiferencia por el otro, a quien no necesita ni del que tampoco se siente responsable. Se prefiere vivir día a día, sin programas de largo plazo ni apegos personales, familiares y comunitarios. Las relaciones humanas se consideran objetos de consumo, llevando a relaciones afectivas sin compromiso responsable y definitivo”²⁶*. Entonces el gran problema es que se acentúa esta autorreferencia del individuo, que lleva a una indiferencia por aquel otro que no es útil, que no brinda satisfacciones personales. Por lo tanto, una persona con este estilo de vida tiene graves dificultades en el modo de vivir la actividad pastoral. No puede vivir una actividad apostólica generosa, gratuita, amplia, disponible.

En Aparecida se asume esta dificultad tratando de mostrar cómo esto tiene consecuencias aún en cuestiones muy importantes en Latinoamérica como la opción por los pobres. Por eso Aparecida plantea que la opción por los pobres podrá ser intelectual, podrá ser incluso marcadamente intelectual, con una fuerte insistencia en el discurso, pero sin resonancias prácticas, o sea, sin que después de hecho en la vida concreta haya signos de esa opción. Hay un texto que es muy claro:

“En esta época suele suceder que defendemos demasiado nuestros espacios de privacidad y disfrute, y nos dejamos contagiar fácilmente por el consumismo individualista. Por eso, nuestra opción por los pobres corre el riesgo de quedarse en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones”²⁷.

Se vuelve una opción intelectual o emotiva, sin que incida en el modo de actuar, en el modo de distribuir el propio tiempo, en las opciones concretas. Por eso Aparecida insiste en una opción por los pobres que implique dedicarles tiempo, que tenga las notas de la amistad, que implique también una atención pastoral dirigida especialmente a ellos. Esto que estamos viendo brevemente, destaca que aparecen hoy en día grandes dificultades concretas para el don responsable y libre de sí mismo a los demás. Aparecida lo sintetiza como el riesgo de la *“conciencia aislada”*. Retomando un discurso filosófico de los últimos tiempos, lo sintetiza así. Dos veces el documento insiste en esta necesidad de salir de esa *“conciencia aislada”* para lanzarse a la misión:

“Se trata de salir de nuestra conciencia aislada y de lanzarnos, con valentía y confianza, a la misión de toda la Iglesia”²⁸.

“Sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar”²⁹.

Siempre es bueno preguntarse si uno mismo no está cayendo en este estilo de vida de conciencia aislada. Uno fácilmente se lo plantea como formador de los demás, y piensa en los seminaristas, en el clero joven. Pero hay que estar muy atentos porque, por ser una cuestión cultural, nos afecta a todos. Hace unos años pensábamos que afectaba solo a los

²⁵ PDV 7c.

²⁶ Apa 46.

²⁷ Apa 397.

²⁸ Apa 363.

²⁹ Apa 549.

jóvenes, pero después uno empieza a ver que afecta también a curas más grandes y que nos afecta fácilmente a cualquiera de nosotros.

Junto con esto el seminarista o el cura joven experimentan una serie de límites pastorales prácticos. Es verdad lo que decíamos ayer, que un médico con mucha responsabilidad y acosado todo el día por exigencias, o una enfermera u otros profesionales, tienen muchas horas de trabajo intenso y no se cansan tanto como un cura después de confesar media hora. Pero también es cierto que la actividad pastoral hoy en día está llena de requerimientos tan variados que fácilmente uno se siente excedido. Y aparecen esos límites pastorales prácticos, límites sociales (no le puedo dar plata a todo el mundo), límites políticos (no puedo responder a las exigencias de apoyo de todos los sectores, no le puedo dar la razón a todos al mismo tiempo), límites espirituales (la gente te exige que le ayudes a resolver problemas psico-afectivos, problemas psicológicos, y vos nos sos psicólogo ni tenés el tiempo para atender a todos de esa manera), límites doctrinales (muchas cosas que decimos no son aceptadas, hay muchos condicionamientos y pesos culturales), límites comunitarios (el cura no puede tener a todos contentos, ni siquiera en la parroquia). Entonces, fácilmente, ante estos límites uno se desilusiona, uno no puede ser *el súper cura* que soñó, *el súper pastor*, y brota fácilmente *“ese cansancio interior peligroso”*. No es ese cansancio feliz, gozoso, que con un poquito de reposo se soluciona, sino un cansancio interior peligroso, que con un mes de vacaciones no se resuelve, no te alcanza, no basta. Cansancio interior peligroso signo de una desilusión ante las dificultades y fracasos. Suele hablarse de un cansancio esencial, un cansancio que se generaliza. También se llama *cansancio infernal*, porque evoca la búsqueda generalizada de aquel famoso “bosquecillo” de paz, una búsqueda que es signo de un escapar del malestar de muerte, para hallar equivocadamente una forma de paz, quizás hasta idílica en algún lugar tranquilo. Búsqueda que ayuda aún más a entorpecer el ambiente que nos rodea, búsqueda que tiene que ver con una angustia existencial que, sabemos, sólo se resuelve finalmente encontrando a Dios y encontrando al otro en la misión. La Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* ya constataba una falta de fervor que se manifiesta en la fatiga y la desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés, y sobre todo en la falta de alegría y de esperanza en la entrega. Esto, que en aquella época se percibía ya fuertemente en Europa, hoy lo vemos que muy presente entre nosotros. *Aparecida* (12) cita un texto del Benedicto XVI según el cual *“nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual todo procede con normalidad pero, en realidad, la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad. Por eso a todos nos toca recomenzar desde Cristo”*.

Hasta aquí este diagnóstico negro, pero la pregunta es: estando todos tentados por este estilo de vida, ¿la solución es darnos manija con el lamento por este mundo, por esta sociedad decadente? Evidentemente esta costumbre nuestra de elaborar diagnósticos negativos no resuelve los problemas, sino que más bien habría que buscar un horizonte ante esta situación, cuál es la salida que se nos presenta en la formación sacerdotal. Y la clave estaría en estos tres ámbitos: primero de todo, educar en el desarrollo de **hábitos** – hábitos pastorales en este caso, hábitos profundamente pastorales –. También crear algunos **soportes estructurales** que tienen que ver con la formación permanente, que tienen que ver con una pastoral más comunitaria, que tienen que ver con proyectos diocesanos que nos entusiasmen y nos incorporen. Y también formar para las **habilidades pastorales básicas**, dar una competencia pastoral mínima para que el cura después de ordenarse pueda sentir una cierta soltura, un mínimo de gusto y facilidad, y no tanta presión en las tareas que hace. Yo creo que estos *tres elementos* son las claves, en el ámbito de la formación pastoral, que habría que desarrollar para revertir estas inclinaciones postmodernas que tanto daño nos hacen a todos.

En definitiva la pregunta entonces es: hablamos de santificación en el ejercicio del ministerio, pero ¿qué condiciones estamos creando, qué preparación concreta estamos dando para que el cura se pueda santificar de hecho en el ejercicio del ministerio, y el ministerio no se convierta en un peso difícil de llevar, que no da gusto, no da satisfacción ni aporta crecimiento al sujeto?

Entonces pasamos a lo que sería el *desarrollo de algunos hábitos específicamente pastorales*, o sea, cómo orientar un camino de autoformación pastoral. Y para desarrollar un hábito diferente primero hay que buscar razones, convicciones y motivaciones. Nadie se mete en un camino para crecer en algo, para desarrollar un hábito, si no tiene razones profundas, convicciones, motivaciones que lo movilicen. Entonces, siempre, ante cada desafío, ante cada objetivo que uno se ponga – o que uno le ponga al seminarista – hay que tomarse el trabajo de buscar con ganas estas *razones, convicciones y motivaciones*. Si no, por puro voluntarismo hoy nadie hace nada.

Por ejemplo, se trata de motivar, particularmente desde la formación espiritual, lo que sería una oración adecuada, una oración que acompañe este proceso. Una oración no sólo genérica sino que apunte directamente al crecimiento concreto en esta actitud. Acompañar y estimular a actuar de otro modo, a realizar las tareas pastorales de otra manera, con estas otras actitudes internas, con estos otros móviles. Pero también es necesario el ejercicio de otro modo de actuar: que el seminarista pueda el fin de semana, por ejemplo, cuando va a hacer una tarea pastoral, ir buscando ejercitar esa otra manera de vivir las tareas. Y finalmente evaluarlo. Que durante la semana con el formador, con el director espiritual, el

seminarista evalúe cómo ha vivido las tareas el fin de semana, con qué calidad, con qué actitudes, de qué forma. No sólo si le salió bien, si le salió mal, si técnicamente estuvo bien hecha la tarea, sino cómo la vivió él interiormente, con qué calidad interior humana y espiritual. De esta manera uno va realizando la finalidad y ese carácter esencialmente pastoral de la formación: que todo -motivaciones tomadas de la formación intelectual, de la formación espiritual, humana, etc.- todo se vaya orientando a darle calidad a la actividad pastoral.

Pasamos ahora a ver algunos elementos de esta formación en la calidad pastoral, algunos elementos que ayudan a encontrarle sentido y gusto a las actividades concretas.

Para encontrarle sentido y gusto a una tarea, primero hay que recordar su *necesidad y su profundo valor*. Decíamos que el escepticismo nos lleva a pensar que lo que hacemos no sirve, no aporta nada, que los problemas del mundo son tan grandes, que nos superan tanto, que por qué esforzarse mucho para poco resultado. Ahí uno tiene que acordarse que solamente el ayudarle a una persona, a una sola persona, a vivir su vida con más dignidad, dignidad humana y cristiana, ya justifica la entrega de la propia existencia. Ayudarle a uno a vivir mejor en Cristo justifica ya que yo entregue mi propia vida. Y ayudarle a esa sola persona a elevar su existencia introduce en el universo una fuerza nueva, un dinamismo nuevo que produce frutos más allá de lo que uno puede constatar.

Pero junto con esto hace falta el desarrollo de lo que se llama el *sentido de misterio*. Justamente, porque estamos expuestos hoy a muchos límites y a muchos fracasos, el cura que pretende constatar resultados sufre tremendamente y, tarde o temprano, se desilusiona y dice: “Yo no sirvo para esto, esto no me da resultado, me canso para conseguir tan poca cosa”. Entonces, si no desarrolla un profundo sentido de misterio, se desilusiona y termina bajando los brazos. El “sentido del misterio” consiste en una actitud interior profunda de aceptar con convicción las promesas de Cristo en el Evangelio. Es creerle a Él, y saber que si yo entrego mi vida con confianza y generosidad esa vida es fecunda. La parábola de la vid y los sarmientos (Jn 15) promete que nuestra vida entregada, en unión con Cristo, seguramente, sin ninguna duda, va a ser fecunda. Pero no se trata de una cuestión comercial, mercantil, que se pueda sumar, medir, constatar como otras cosas. Se trata de una realidad que trabaja misteriosamente, en lo secreto del mundo, en el corazón del universo. Uno tiene certeza de que su entrega es fecunda aunque no se pueda saber cuándo, ni cómo, ni dónde. Si mi esfuerzo no me da resultado con esta persona concreta, yo sé que igualmente mi entrega introduce en el universo una fuerza nueva y misteriosa. Por eso el Evangelio dice “*que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha*” y “*tu Padre que ve en lo secreto te recompensará*”. O sea, es mejor liberarte de esa manía de descubrir los resultados de lo que hagas y de pretender medirlos.

Junto con estas actitudes internas está lo que sería el *discernimiento realista*. Es discernir con metas realistas que es lo que yo puedo y debo hacer. En *Pastores Dabo Vobis*, Juan Pablo II dice que “*el pastor debe estar dispuesto a dejarse devorar en sus tareas*”³⁰, dejarse devorar, o sea, dejarse tomar por completo por esta necesidad del Evangelio que hay en la gente. Cuando uno lee hasta aquí ve un sólo aspecto del tema porque después agrega que también es verdad que “*estas exigencias han de ser seleccionadas y controladas*”. O sea, no habla de un desboque activista. Este dejarse devorar es una actitud interna de disponibilidad, pero no desbocarse en una acción desenfrenada. Son exigencias que tienen que ser “*seleccionadas y controladas*”. Y en *Ecclesia de Eucharistia* dice que “*conviene seleccionarlas adecuadamente para poder centrarse en lo esencial*”³¹. Se nos invita, entonces, a volver a centrarnos en lo esencial del ministerio, para lo cual no hay que hacer de todo o sentirnos responsables de todo, sino, más bien, seleccionar adecuadamente las tareas. Entonces, hay que discernir cuáles son esas tareas que uno realmente puede hacer bien: tareas que le permitan a uno estar disponible ante la gente, no estar siempre con la agenda ocupada, no estar siempre con cara de hombre cansado, sino que la gente lo pueda ver a uno felizmente disponible, abierto para relaciones espontáneas y gratuitas. Para esto hay que ponerse metas realistas y bien delimitadas. ¿Cuáles son esas actividades que yo puedo preparar bien y hacer bien con calidad interior, con gusto y también con competencia? Entonces, hay tres preguntas básicas. Primero, ¿qué es lo que los demás más necesitan de mí? Segundo, ¿qué es lo que yo nunca debo descuidar, de acuerdo a lo específico de mi ministerio, de acuerdo a ese perfil sacerdotal que he elegido, qué es lo que nunca debo descuidar? Tercero, ¿qué es lo que efectivamente puedo hacer bien? ¿Qué es lo que efectivamente, realmente puedo hacer bien?

Estas tres preguntas son claves para discernir lo que Dios y la Iglesia me están pidiendo realmente. Haciendo este discernimiento hay que dar el paso siguiente. Este paso es determinante: **aceptar** profundamente las tareas necesarias. Si yo discerní: “**estas tareas son realmente importantes, es lo que necesitan de mí, son las que yo no debo descuidar, son las que puedo realmente hacer bien**”, entonces, la conclusión es que “**acepto**” estas tareas. Voy recorriéndolas una por

³⁰ PDV 28.

³¹ EDE 31.

una con la imaginación y las acepto interiormente, las acepto profundamente, y digo esto es lo mío. Si no está este gesto interior de aceptación, las tareas se viven con tensión defensiva: cada vez que te busca alguien, cada vez que te llaman por un enfermo, cada vez que te piden algo que no has planeado, se produce un *crispamiento interior*, una tensión, un rechazo interno que es altamente desgastante y que es lo que provoca ese cansancio negativo, peligroso, infeliz, que termina haciéndote bajar los brazos, que termina reduciéndote a un puñadito de tareas inevitables y te convierte en un cura permanentemente a la defensiva. Por eso, es tan clave este paso, después de haber hecho el proceso anterior de discernimiento, de llegar a aceptar las tareas que son necesarias. Esto requiere lo que decíamos antes, buscar las motivaciones, las convicciones profundas para cada tarea. Hay que ir tarea por tarea y en cada una encontrar en la lectura, en la reflexión, consultando con otros que hacen esas tareas, charlando con gente que se apasiona por esas tareas, ir encontrando y profundizando las motivaciones, las razones, las convicciones. Si a vos no te gusta atender enfermos, charlá con esas personas que consagran su vida a los enfermos, que lo hacen con pasión, conversá con esas personas y te van a dar las motivaciones para hacerlo.

Veamos un procedimiento práctico para cada tarea: profundizo las razones y motivaciones para realizar esta tarea, acepto que esa tarea integre mi vida, tomo una decisión firme de dedicarme a ella. Pero luego le destino un tiempo y un horario determinado en mi cronograma y en mi agenda, porque saben que el cura que dice “yo estoy siempre disponible para confesar, no me hace falta poner un horario”, después no confiesa a nadie. Entonces, le destino a cada tarea un tiempo y un horario: Por ejemplo, la mañana del martes para ir a visitar enfermos. Es estar siempre disponible, pero que haya un mínimo seguro, un tiempo y un horario en el cronograma y en la agenda. Después viene otro paso necesario: renuncio a todas las otras cosas que podría hacer en ese tiempo. Este es un trabajo interior que hay que hacer en la oración. Ese tiempo es para esa tarea, por lo tanto renuncio a cualquier otra cosa que podría hacer en ese tiempo: otra tarea, chatear, visitar amigos, lo que sea. Renuncio a hacerlo en ese tiempo. Después me preparo para realizar la tarea lo mejor posible, me capacito para ella, y finalmente me entrego a ella con todas las ganas sin pensar en las otras cosas que podría hacer en ese tiempo.

Como ven, aquí aparece también: “me preparo para realizar lo mejor posible la tarea”, o sea, una mínima capacitación. Una mínima capacitación se puede obtener a través de la lectura, de algún pequeño curso, o también dedicándole alguna reunión del decanato o alguna jornada de pastoral de la diócesis para profundizar la capacitación práctica en las distintas tareas básicas.

Pero vale la pena recordar que para poder realmente concentrarse en lo esencial, para poder realmente hacer una selección razonable de las tareas a las cuales me entrego con toda el alma, hay que tener necesariamente el hábito de “delegar” muchas cosas en los laicos. Si uno no da este paso hay un círculo vicioso constante, el laico delega en vos, cada vez te exige más a vos, y vos mismo caes presa de dinamismo venenoso. Entonces no queda más que hacer un “clic” y tomar la decisión valiente y generosa de delegar, dejar que los laicos se equivoquen y que así se vayan formando, y acompañarlos en un camino lento de formación. Pero, mientras tanto, darles la tarea con responsabilidad; es la única forma de que yo realmente pueda hacer una selección y *concentrarme en lo esencial, prepararlo con gusto y ejecutarlo con gusto, con calidad interior*.

Pero lo dicho hasta ahora podría quedarse todavía en una cuestión de organización, de armado. Por eso vamos a leer un texto precioso:

*“Esta unidad de vida no puede realizarse ni por la sola práctica de ejercicios de piedad ni por una organización puramente exterior de las actividades del ministerio... sino por seguir, en el ejercicio del ministerio, el ejemplo de Cristo Señor, cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre... En el ejercicio de la caridad pastoral encontrarán el lazo de la perfección sacerdotal que llevará a la unidad su vida y su acción”.*³²

Este es un texto siempre actual, tan bien logrado. La unidad de vida no se realiza ni por rezar, hacer vía crucis, rosarios, novenas; no alcanza. Tampoco se logra organizando externamente las actividades del ministerio. Hace falta lo que dice después: *centrar todo el ministerio en la caridad pastoral*. Por eso vayamos a dos cuestiones que le dan a la actividad una calidad interior, una calidad específicamente interior que la unifica.

Lo primero, para mí, es esta experiencia del *nosotros dos*, es esta experiencia de *la presencia constante de Jesucristo en mi vida*. Es esta unión interna con Jesús Buen Pastor, que trabaja conmigo. Dice el Evangelio: “Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”, promesa que se cumple. Y al final del Evangelio de Marcos, cuando termina el Evangelio, dice que Jesús los envió, pero que los acompañaba constantemente en el ministerio. Son cosas que dice la Escritura y que hay que creerlas. Por lo tanto, hay que desarrollar esta conciencia feliz, interior de estar “nosotros dos”. Y decírselo a veces: “Jesús acá estamos los dos enfrentando esto, aquí estamos nosotros, vos y yo juntos enfrentando esto, aquí estás

³² PO 14, 1 - 2.

vos trabajando conmigo". Es esa experiencia de ser incondicionalmente amado, pero también acompañado siempre. Es el trabajar con él y que él trabaja conmigo. Aquí hay que aplicar aquellos famosos textos de la Escritura sobre el amor de Dios: *"Eres precioso a mis ojos, y yo te amo"* (Is 43, 4). No es "sos un porquería, un desastre, no servís para nada, y a pesar de eso te amo, sino que *"eres precioso a mis ojos, y yo te amo"*. También: *"te llevo tatuado en la palma de mi mano"* (Is. 49, 15). *"Podrán correrse los montes y moverse las colinas, pero mi amor no se apartará de tu lado"* (Is. 54, 10). Es un amor feliz: *"Tu Dios está en medio de ti, un poderoso salvador. Él grita de alegría por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo"* (Sof. 3, 17). Un Dios que baila de gozo, un amor que desea la felicidad de uno: *"Hijo, tratate bien con lo que tengas... No te prives de pasarte un buen día"* (Sir. 14, 11.14). Y, por lo tanto, un Dios que espera que yo goce en el ministerio. Ese Dios amante está conmigo, es Jesús que está realmente y cumple su promesa. Por eso, la primera experiencia que tiene que ver con la caridad pastoral, es el ser nosotros dos, **el Buen Pastor y yo**. Porque la caridad es inseparablemente amor a Dios y al prójimo, amor a Cristo Pastor y a la gente. La caridad son dos movimientos, y el primero es esta experiencia del "nosotros" que le da una gran calidad interna a cualquier tarea apostólica.

La segunda clave de estas actitudes básicas que le dan calidad interna a las tareas es *estar aquí entero*. Se trata de esa aceptación de la tarea, esa opción por la tarea, que lleva a una profunda experiencia de estar plenamente aquí. Siempre me acuerdo de una *viejita* que hablaba de un cura diciendo: *"el padre no te dedica más de quince minutos, porque atiende tanta gente, y no quiere dejar a nadie afuera, entonces te da quince minutos. Pero los quince minutos te sobran, porque cuando estas con él, te mira, te escucha, te habla de tal forma que vos sentís que sos lo único que existe en el universo. Por lo tanto esos quince minutos son suficientes"*. Entonces, es importante descubrir que esta opción tiene consecuencias muy concretas en la relación con los otros, con la gente. Estar solamente aquí, elijo esta tarea, la asumo profundamente. Ya que me toca hacerla, para qué voy a renegar, para que me voy a amargar, para qué me voy a resistir. Mejor la acepto y la vivo por entero. De hecho muchas veces uno se da cuenta que vive a la defensiva ante una tarea, una exigencia, una persona que necesita, y busca obsesivamente sus espacios de privacidad, de disfrute, o ver la tele, o Internet, o lo que sea. Pero después, cuando haces esta opción superficial, no la disfrutas, te das cuenta que no era no era para tanto. En cambio, cuando renunciás realmente a eso, entregándote entero a algo, a una tarea, encontrás una satisfacción interna que no te agota sino que realmente te da satisfacción, te restaura, te estimula. Entonces esa segunda opción exige la reacción de "detenerse ahí", de eliminar la resistencia. Cuando alguien te sorprende, te saca de tus esquemas y planes, hay que decir ¡no! A la resistencia que brota en el interior, decirle "no" a esa tensión interna, decirle que no quiero esa tensión para mí, y efectuar el movimiento interior de detenerse en esa persona: "Elijo, acepto esto, me detengo aquí, en esta tarea, me detengo aquí en esta persona". Esto se va profundizando cuando uno con el tiempo va reconociendo cada vez más el valor sagrado, infinito, que tiene cada ser humano. Esta vieja no será linda, no será inteligente, no será atractiva en su conversación, pero es como cualquier otro un ser humano con una dignidad sagrada y un valor infinito. Este reconocimiento creciente de la dignidad inmensa de cada persona hace que uno pueda optar por esa persona, y dedicarle ese tiempo, o sea, dejar de ser tan selectivo con la gente y optar por ése que Dios me pone en frente con una profunda aceptación. Acá hay una pequeña historia que a mí siempre me motivó, que es la historia de Jean Vanier y las comunidades del Arca. Ustedes saben que esta gente del Arca se dedica a las personas con fuertes discapacidades. Pero no es una tarea pastoral a la que le dedican un tiempo, sino que ellos optan por vivir toda la vida con la gente discapacitada, hacen comunidad con ellos, su comunidad son ellos, duermen con ellos, comen con ellos, van de vacaciones con ellos, siempre con ellos. Son su propia comunidad. Cuenta Jean Vanier que una vez estaban de vacaciones en unas carpas. Él los levantó, los bañó a todos, los acomodó, les dio el desayuno y, después, los dejó con otra persona, y se fue a rezar con unos monjes de clausura que estaban por ahí cerquita. Dice: *"Me sentía tan bien en esa paz del monasterio, con el canto de los monjes. Entonces durante las vacaciones empecé a ir todas las mañanas de los monjes, y lo disfrutaba tanto. Y un día me di cuenta que cuando volvía de los monjes me sentía mal, me sentía mal de tener que volver a mí comunidad de discapacitados, y estoces me dije ¿qué me esta pasando a mí que añoro la piedad de los monjes y eso me quita el gozo de mi entrega a ellos?"*. Entonces descubrió que tenía que encontrar una mística del encuentro con ellos y del servicio a ellos, tenía que encontrar una forma contemplativa de vivir esta tarea". Así fue llegando a esta experiencia espiritual-pastoral:

"A veces Loïc se sienta en mis rodillas. Pequeño, pobre, incapaz de hablar a pesar de sus cuarenta años, está ahí, silencioso. Él me mira y yo lo miro. Estamos en comunión el uno con el otro... Con las personas que sufren una deficiencia mental como Loïc, vivimos esos momentos de contemplación, llenos de silencio y de paz. Él me mira y yo le miro... Lo importante es estar confiado, abierto, maravillado como un niño. Porque cada persona es sagrada, sean cuales fuesen su deficiencia, su fragilidad, su cultura..."

Todos estamos llamados a lograr ese tipo de experiencias altísimas en medio de la actividad apostólica, no tanto fuera de ella; es el mejor aprendizaje.

Un desarrollo más amplio y concreto sobre este tema puede leerse en mi libro: “Actividad, espiritualidad y descanso” (San Pablo, Madrid: distribuye Ágape libros).

Víctor Manuel Fernández

2ª Conferencia del Martes 29

La oración profunda en medio de las tareas

Estamos en el tema de la calidad personal, interior, humana y espiritual de las tareas. Hablamos de la crisis en la actividad pastoral por distintas razones propias de la cultura posmoderna. Luego entramos en la educación para el desarrollo de otro modo de vivir la actividad, de otra forma de trabajar. No quiere decir que no haya que conversar el tema de los soportes estructurales, que es algo que vamos a comentar mañana, cuando tratemos la dimensión comunitaria, ni tampoco que no haya que formar para las habilidades básicas, bien prácticas, cosa que vamos a conversar el jueves. Pero ahora estamos en esta preparación concreta para una santificación y realización del cura en el ejercicio del ministerio. Vimos que en este desarrollo de otro modo de trabajar hay que buscar razones, convicciones, motivaciones. Hacer un camino de oración, ir ejercitando otro modo de actuar, y evaluarlo frecuentemente con el seminarista. De manera que se cumpla así la finalidad pastoral que orienta todo a esta calidad de la actividad.

Vimos que para que encontrar sentido y gusto en la tarea y, por lo tanto, realización personal en el ministerio, hace falta reconocer el valor y la necesidad de la tarea, desarrollar el sentido de misterio, discernir y decidir con metas realistas, aceptar las tareas necesarias, ir capacitándose progresivamente para ellas, y acostumbrarse a delegar y a formar creando una vida parroquial más rica y variada. Pero, sobre todo, trabajar la calidad interior de las tareas en la experiencia del nosotros dos y en este hábito de hacerse presente por entero en cada tarea y ante cada persona. Leímos un texto de Jean Vannier, que ayuda a ver el aspecto de receptividad de estos vínculos pastorales. Cuando la *Ratio* argentina habla del “*sentido pastoral de los vínculos humanos*”, uno podría entenderlo simplemente como hacer cosas por el otro. Pero la pro-existencia implica siempre este dinamismo receptivo, esta capacidad de estar atento al otro y dejarse permear, dejarse invadir, dejarse cuestionar por el otro. En este sentido, la riqueza de relaciones que puede brindar el ministerio, abre la mente y el corazón para encontrar mejor a Dios.

Pero ahora vamos a dar un pasito más, que sería que este “nosotros dos” que vimos antes, y este encuentro pleno con la otra persona, se convierta en una forma **orante** de vivir la actividad pastoral. Este tema también está ampliamente desarrollado, con diversos ejemplos y aplicaciones prácticas, en mi libro “La oración pastoral” (San Pablo, Buenos Aires). ¿Cómo sería una oración pastoral *en medio* de la tarea?, o sea, algo que implique un encuentro pleno con el otro ser humano, pero también un encuentro real *con Cristo* durante la ejecución de la misma tarea pastoral. Veamos como ejemplo una oración que podría expresar de alguna manera como se puede vivir este encuentro orante:

“Aquí estás Jesús, prolongando el misterio de tu Pasión. Estás en este ser humano deprimido que tengo ante mis ojos, en este hermano destrozado por una autoestima profundamente dañada, seco por dentro y resentido por el amor que nunca tuvo. Estás en su cuerpo alterado por la falta de confianza en sí mismo. Aquí estás, Jesús, flagelado y coronado de espinas, sufriendo misteriosamente en la carne y en el corazón herido de este hermano que se me vuelve inmensamente sagrado. Entonces ya no deseo escapar de una persona detestable que no hace más que hablar de dolor y de miseria; ya no siento que es alguien insoportable que se lamenta porque no tengo una respuesta para darle; ya no se trata de un rencoroso que me irrita con su aparente egocentrismo. En su queja que me interpela, en ese reclamo lacerante, en ese lamento resentido, puedo escuchar tu propio grito: ‘¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?’ Aquí estamos Jesús, frente a frente, unidos místicamente los dos en esta cruz del hermano que pusiste en mi camino, para que ante él escuche, mire y reaccione como lo haría con vos coronado de espinas. Sé que te has unido íntimamente a cada ser humano, que quisiste compartir en todo nuestra vida, para siempre. Por eso, de verdad estás mirándome en los ojos de esta persona, pidiéndome con cariño que saque lo mejor de mí, que ame, que te considere digno de todo afecto y de todo consuelo en este hermano que busca alivio. Estás aquí. Estamos juntos los dos una vez más en este espacio sagrado, porque la luz del amor me permite reconocerte de nuevo, en estos límites humanos. Y también este dolor se vuelve bendición”.

Como ven, esto sería una experiencia orante delante de una persona que reclama, que acusa, que cuestiona. No es aquel encuentro con el discapacitado sereno, que tenía Jean Vanier, sino que se trata de un encuentro un poco más dificultoso, pero que verdaderamente puede convertirse en un espacio realmente orante. Ahora, hay que tener un cierto cuidado

para que este espacio orante no sea una evasión. Yo recuerdo un cura que decía que cuando le tocaba una persona difícil, hiriente, molesta, él tenía el rosario, iba rezando el rosario mientras la escuchaba. Bueno eso es otra cosa, eso es una evasión, es renunciar al ministerio y evadirse en la oración. No sería esa la experiencia de la que estamos hablando acá, sino que se trata de tomarse muy en serio lo que le esta pasando al otro, como decíamos, estar completamente presente ante esta realidad histórica, bien precisa, de este ser humano, de manera que yo pueda convertir en oración *lo que estoy viendo y lo que estoy escuchando*. Entonces, cuando uno visita un enfermo deja de ser un compromiso protocolar, una obligación pastoral y, esa visita, se puede convertir en una verdadera y profunda experiencia mística.

Por eso, vamos a ver otro ejemplo de oración, que podría precisar un poquito más cómo es este encuentro con Cristo, junto a la persona que esta sufriendo:

“Jesús, Señor y Pastor de nuestras vidas. Te ruego que te acerques ahora a esta persona enferma. Se llama Laura. Mirá su cuerpo, que es semejante al tuyo. Cárgalo sobre tus hombros y venda sus heridas. Atendé con ternura a esta hermana enferma, que es obra de tus amorosas manos. Considera sus enfermedades y sus debilidades. Escuchá, Jesús, lo que está diciendo. Ella me habla de sus miedos, de su familia, de su abandono, me cuenta detalles precisos de su sufrimiento y de sus angustias. ¡Compadécete de ella, Señor! Vos que estás lleno de misericordia, tomá cada uno de los órganos de su cuerpo y dales un poco más de tu aliento de vida. Saná también cualquier mal interior que pueda provocar o agravar esta enfermedad. Curá toda desilusión, todo miedo, todo recuerdo negativo. Le preocupa su cuerpo enfermo; me habla de sus pulmones, de su corazón, de su sangre. Pasá Jesús por todo su organismo con tu soplo de amor, renová sus tejidos y fortalécelos. Jesús, lleno de vida, pasá por cada célula de su cuerpo restaurándolo. Laura dice que todo su interior está enfermo por tantos nerviosismos y perturbaciones. Saná su sistema nervioso, pacifica, calma, armonízalo todo, para que pueda vivir con serenidad, con lucidez, con gozo.

Abrazá su interior y penétralo con tu cuerpo santísimo y lleno de salud.

Dice que tiene miedo. Te pido que la liberes de todo temor a la enfermedad, para que pueda enfrentarla sin angustia.

Me cuenta que tiene dudas sobre su tratamiento. Bendecí a cada médico que la atiende, ilumínalo, y bendecí también los remedios que deba tomar y a todas las personas que intervengan en su tratamiento.

Ella reconoce que encuentra algún consuelo en la fe. Te doy gracias Señor, porque comprendes su dolor y estás a su lado para darle fuerzas. Me cuenta que a veces se cansa. Dale paciencia y resistencia interior, para que pueda soportar serenamente los dolores y contratiempos de su enfermedad. Está muy concentrada en su dolor. Ayúdala a unir sus propios sufrimientos a los que Tú sufriste en tu pasión, y a ofrecer su enfermedad por las demás personas que están sufriendo. Amén”.

Bueno, esto es sólo un ejemplo. No se trata de una oración que deba hacerse así, sino una oración que se va haciendo de un modo más plástico, espontáneo, pero que toma realmente en serio lo que a la persona le pasa. Porque en realidad cuando la persona va a hablar con vos, espera que vos te tomes en serio lo que te cuenta, aunque sea un dolor de uñas, aunque sean los celos que siente... No que lo relativices y busques la manera de apartarla del tema, sino que te lo tomes primero completamente en serio. Eso es lo que espera cualquiera y lo que espera uno también cuando va a hablar con otro. De manera que esta actitud orante es tomarse plenamente en serio lo que el otro dice y convertirlo espontáneamente en oración. La verdad es que la mayoría de la gente cree que uno hace a esto, cree que por haber hablado con vos ya, de algún modo, esto que te contó está en las manos de Dios. Uno a veces le dice a la gente: “voy a rezar por eso”. Por ahí, te acordás de hacerlo, por ahí no, pero uno lo puede hacer en el mismo encuentro con la persona y en esa misma escucha, que a veces es larga y que podría ser tediosa, pero que puede ser también una experiencia orante.

Vamos a ver otros ejemplos de lo que puede ser esta experiencia orante en medio de cualquier actividad pastoral:

En la Misa:

“¡Señor, cuánta hermosura y cuánta esperanza se encierra en estas historias que están ocupando el templo, que han venido a buscarte en torno al altar! Toda esa riqueza se eleva contigo, Señor, y penetra en el tabernáculo infinito de tu gloria, en el fuego ardiente y en la luz purificadora de tu amor: ¡Esta es la fiesta de la vida!”

En un Bautismo:

“Aquí estás, mi Dios, amando a este niño que has creado, tomándolo en tus brazos, haciéndolo entrar en tu intimidad divina, abriéndole las puertas de tu Reino de vida. Aquí estás, penetrando en sus venas con tu gracia, vertiendo tu propia sangre divina para hacerlo tu hijo. Aquí estás, abrazándolo con cariño sin límites mientras el agua que se derrama en su cabeza dice: ‘te amo, mi niño, te acaricio, te doy nueva vida, mi propia vida, soy tu Padre’. Aquí estás, haciéndolo renacer, y yo mismo vuelvo a nacer con él”.

En el Sacramento del perdón:

“Señor, en este hermano que ha confesado su pecado y recibe tu perdón está naciendo un mundo mejor. Discretamente, un poco más de belleza y de bondad penetra en este mundo caído. Nace una esperanza mientras estoy trazando la señal de tu cruz. Tú mismo estás diciendo con amor, como el Padre que recibe a su hijo perdido: ‘Yo te absuelvo de tus pecados’. ¡Y hay fiesta en el cielo! Por eso sé que vale la pena ser instrumento tuyo, y estar juntos sembrando nueva vida”.

Son entonces esas motivaciones espirituales y pastorales que se hacen carne en una mirada concreta. Cuando el cura está en la Misa, y echa una mirada sobre la gente, sobre los rostros, y los recoge en la oración. O, en medio del Bautismo, cuando por un momento convierte en oración su propio gesto, entonces la tarea deja de ser mecánica y se convierte en una verdadera profundidad espiritual. Por lo tanto, no hace falta, cuando uno termina una tarea apostólica, decir “ahora me voy a rezar un poquito”, sino que es otra manera de orar, pero no deja de ser oración.

Además, hay otra forma de convertir en oración la tarea que es precisamente orar ante el otro, cuando una persona cuenta un problema o pide oración, directamente ahí hacer una oración delante de la otra persona, que supone haberla escuchado atentamente y convertir en una oración muy concreta lo que la persona contaba. Esto que en realidad lo hacemos muy poco y que se puede hacer junto con una bendición, es algo que la mayoría de la gente valora muchísimo. Salvo raras excepciones, la mayoría recibe este gesto con gusto, porque dice: “Me escuchó en serio porque en lo que rezó dijo lo que a mí me pasa; por eso me doy cuenta que me tomó en serio”.

Esta misma experiencia orante se puede vivir en la predicación. Ustedes saben que en la predicación, lo que uno ha orado delante del Evangelio, se arraiga de otra manera, al decirlo, al expresarlo, lo mismo que uno profundizó en el Evangelio, penetra en uno, se hace carne y lo transforma a uno de una forma distinta. La predicación es una mística del anuncio, pero también se convierte en una mística del “encuentro” con la otras personas, que de una manera misteriosa me enriquece a mí.

La oración en la tarea es también el discernimiento, porque hay *“una llamada que Dios hace oír en una situación histórica determinada. En ella y por medio de ella Dios habla al creyente”*³³. Hay cosas que él dice *“en una determinada circunstancia”*³⁴, y que requieren una *“sensibilidad espiritual”*³⁵ para oír esa voz en medio de la actividad mundana.

Aquí hay evidentemente una cuestión de fe, o sea estar convencidos de que Dios habla, pero también estar convencidos de que Dios habla *en medio de las circunstancias* y me habla a mí en medio de la actividad pastoral. Entonces, cuando yo tengo que discernir, decidir algo, tomar una decisión importante, en la misma actividad pastoral hay cosas que Dios está diciendo, hay una voz que Dios hace escuchar en medio de la tarea, en el corazón de la realidad histórica.

Finalmente, me pareció interesante un artículo de Mons. Bramvilla, que se llama *“La doménica del prete”*, donde plantea el domingo del cura. Y hace una serie de cuestionamientos sobre el domingo del cura. Yo lo leí y pensé un poquito en el domingo del seminarista. Como estamos hablando del modo de vivir las tareas, de la calidad de la actividad pastoral, entonces el modo de vivir el domingo es una cuestión bien práctica, y bien clave.

¿Qué pasa el domingo? El domingo sería el día de la gratuidad pero al mismo tiempo para el cura es el día de una actividad pastoral intensa. Es el día del encuentro con el Resucitado, es el día donde se alimenta la fe para vivir una semana diferente, es un día también de relaciones humanas gratuitas, pero resulta que las actividades pastorales muchas veces hacen que para el cura no sea gratuito, sino marcado la necesidad de lograr cosas, de hacer cosas, de conseguir resultados pastorales. Entonces ¿cómo se resuelve este problema? Parece que no tuviera solución. Sin embargo, la solución está, y la solución está precisamente en lo que veníamos diciendo: Hay una manera diferente de vivir la misma tarea, la tarea realmente se puede vivir con otra calidad interior. Y el seminarista mismo tendría que ir haciendo este aprendizaje de vivir de otro modo más gratuito el mismo fin de semana. Ahora ¿qué suele suceder? Muchas veces los seminaristas van a la parroquia el fin de semana, hacen algún trabajito el sábado a la tarde, y por ahí el cura bondadoso el domingo les dice: “duerman hasta tarde así descansan”. Por la tarde no hay mucha tarea así que no es un domingo realmente intenso. Entonces este modo de llevar el domingo no favorece éste aprendizaje, el ir buscando en la práctica otra forma de vivir el domingo en medio de una tarea intensa.

Ustedes saben que hoy en día el tema del tiempo libre se ha complicado bastante. La gente está como obsesionada con el tiempo libre, y el tiempo libre ocupa lo que en otros contextos culturales habría sido la fiesta o un sano ocio. Ya no es un sano ocio que se vuelve contemplativo de la vida, de la historia, de la familia. Ese sano ocio, esas fiestas familiares santas de sereno y alegre compartir y prestarse atención, un poco han ido desapareciendo y ha ocupado ese lugar la obsesión por el tiempo libre y el entretenimiento. Es una constante dispersión, una profunda evasión, un tiempo fragmentado que en realidad no restaura a la persona para vivir una semana distinta, sino que es otra forma de “hacer cosas”. El fin de

³³ PDV 10.

³⁴ EN 43.

³⁵ Ibíd.

semana se convierte en “hacer algo”. La pregunta es “¿qué hacemos?”, y la respuesta es: “hacemos playa”, “hacemos *shopping*”, etc. La obsesión por proyectar y construir algo no desaparece. Entonces el domingo deja de ser el tiempo de reposo, de recepción del don, de ruptura de este ritmo de hacer cosas. Y deja de ser también el espacio de encuentros gratuitos.

Para resolver esto la solución no es reducir las tareas entonces, porque reducís las tareas y sólo lograrás que las personas se obsesionen en esta evasión del tiempo libre. Entonces no sacamos nada con reducir las tareas. La reducción de tareas puede ser necesaria, pero nunca es suficiente si no se adquiere este “otro modo de vivir las cosas”: este lograr que en medio de las tareas haya un espacio para la disponibilidad serena, para el encuentro gratuito, para la escucha, para el “estar con”. La misma comunidad necesita eso del cura, necesita que no sea un tipo que está siempre con cara de cansado, de agotado, sino que sea alguien que muestra el gozo del domingo, del Señor resucitado, del poder encontrarse más libre y gratuitamente con el otro. Esto supone que haya una preparación de la tarea. Si durante la semana la tarea del domingo se ha preparado, esa tarea del domingo se vive con más soltura, con más libertad interior, con menos angustia, más serenamente y entonces sí es posible vivir la tarea con este tono de gratuidad propio del domingo. Por eso, entonces, uno se plantea ¿cómo prepara el domingo el seminarista? Y hay que ver si la semana del seminarista tiene ese tiempo de preparación serena de la actividad del fin de semana. Una preparación que, como decíamos, no sólo procure que la tarea salga bien sino también que prepare la calidad interior con la cual va a vivir esa tarea el fin de semana. Esto no se improvisa. Entonces, si el seminarista no encuentra el tiempo para preparar ese domingo gratuito y festivo, no lo va a vivir tampoco cuando sea cura. De manera que en la misma estructura del Seminario habrá que asegurar este espacio gratuito.

La tarea que vamos a hacer ahora es doble:

Ustedes se van a reunir por grupos y primero van a hacer lo siguiente: Van a hacer un elenco de tareas que hacen los seminaristas los fines de semana, las tareas más comunes. Y luego van a elaborar un listado de motivaciones que le den profundidad espiritual, humana, que le den gozo y entusiasmo a cada una de esas tareas. Ustedes saben que cada tarea tiene sus motivaciones específicas. Para atender enfermos hay que encontrar motivaciones muy conectadas con ese tipo de tareas. De manera que hagan el listado de tareas y, después, procuren encontrar todas las motivaciones posibles, de todo tipo (bíblicas, espirituales, todas las que encuentren) para darle profundidad, gusto y sentido a esa tarea. De manera que el seminarista, motivándose, así tenga ganas de hacer esa tarea. Por ahí le viene bien también a ustedes encontrar estas motivaciones, porque a lo mejor esas tareas las hacen ustedes cada tanto.

La segunda tarea es escribir “indicadores” de actitudes pastorales. Ustedes posiblemente tiene hecho un proyecto formativo por etapas, y en cada etapa hay objetivos, actitudes, indicadores, medios. Los indicadores son aquellos gestos concretos que permiten discernir si el seminarista está logrando los objetivos: “Se lo ve alegre”, por ejemplo, es un indicador bien concreto, o “está alegre”, o “hace tal cosa”, o “hace esto de tal manera”. Deben ser cosas que se puedan ver, constatar, para poder evaluar. Todo esto que estamos diciendo sobre las actitudes pastorales y sobre la calidad de la actividad, conviértanlo en indicadores para cada etapa, que se puedan agregar después al proyecto formativo como indicadores específicamente pastorales que se puedan evaluar con el seminarista.

Víctor Manuel Fernández

3ª Conferencia del martes 29 Pastoral y espiritualidad

El tema que voy a sintetizar ahora está ampliamente desarrollado en mi libro "Teología espiritual encarnada" (San Pablo, Buenos Aires). Lo que vamos a ver ahora es cómo se concreta esa compenetración íntima que hay entre la formación espiritual y la formación pastoral.

En primer lugar hay que aclarar esto: la palabra "espíritu" (*ruaj*- *pneuma*) significa dinamismo, significa movimiento. Cuando indica aire, indica viento, aire que se mueve, que impulsa. Siempre tiene ese sentido radical de dinamismo. Pero la influencia de la filosofía griega hizo que la palabra espíritu se identificara con la palabra alma y, más bien, indicara lo que es inmaterial, lo que se distingue de lo visible, lo que es invisible, lo distinto del mundo externo. Esto marcó mucho la concepción de lo que es "espiritual" o espiritualidad. Se agravó en la época de la filosofía alemana más subjetivista: Fichte, Schelling, Hegel y otros autores identificaban más bien "espíritu" con lo subjetivo, la subjetividad. Entonces se refuerza este sentido de espiritual como lo íntimo, lo secreto, lo que no se ve, lo solitario. La espiritualidad pasó a identificarse con esos actos más privados de devoción, pasaron a ser prácticamente sinónimos, cuando en realidad en la Escritura el "espíritu" es el dinamismo que imprime el Espíritu Santo en nuestras vidas, y más concretamente, el dinamismo del amor: *"el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha sido dado"* (Rom 5, 5).

Cuando nosotros hablamos del amor entendemos aquí caridad pastoral, eso mismo que le da unidad, que armoniza todas las dimensiones de la vida sacerdotal. Entonces, este dinamismo de la caridad pastoral que el Espíritu infunde en nosotros, eso es para ustedes -curas diocesanos- la espiritualidad. Eso que es lo "espiritual" se expresa de dos maneras: se expresa en la actividad privada, lo que llamamos oración personal o privada para evitar ese equívoco. No siempre: si la oración es una búsqueda subjetiva de sí mismo, un conversar con uno mismo, darle vueltas a las propias heridas, revisar los proyectos y nada más, eso no es el dinamismo del amor. O sea que estos actos internos no necesariamente son espirituales.

Y la espiritualidad se expresa también en la actividad pastoral. Se expresa, entonces, en las dos cosas: en la oración privada, pero también en la actividad pastoral, que son las tareas de servicio, el diálogo, el encuentro con el otro, etc. Así como tiene dos formas de expresarse, tiene también dos formas de alimentarse, de nutrirse: se nutre en esos actos de la oración privada y se nutre en esos actos de la entrega apostólica y del servicio. Es como el organismo humano que se nutre con líquidos y sólidos. Si le das sólo líquido se muere, si le das sólo sólido se muere... Hay que alimentarlo con las dos cosas, hay que nutrirlo con las dos cosas, líquidos y sólidos. Si no, esa espiritualidad se debilita, no funciona adecuadamente. Pero a veces se entiende que la espiritualidad es como una especie de batería que se carga cuando uno reza y va a un retiro, y se descarga cuando el cura confiesa una hora, cuando atiende gente, cuando visita enfermos, cuando trabaja. Se carga en la oración privada, se descarga en el apostolado... Entonces, trabajo un poco y tengo que ir a cargarla de nuevo. Es como si la actividad apostólica, donde el Espíritu nos envía para dar la vida, se convirtiera en lo que nos destruye y nos arruina la vida. Es una concepción equivocada y muy dañina.

Entonces, hay que reconocer que está ese *doble dinamismo*: este dinamismo amoroso, que es el del amor que *se expresa y se nutre de estas dos formas*. Cuando este dinamismo del amor se expresa en la actividad pastoral, lo que hace es explayarse, desarrollarse, profundizarse, concretizarse, crecer, madurar. Eso que yo vivo en la oración lo encarno en la actividad pastoral y entonces se afianza, se arraiga, se desarrolla más todavía. Es como un segundo paso que es indispensable, que es necesario; y es cuando esa actividad se encarna en un espacio y en un tiempo, en estas personas, en este territorio, en esta diócesis, en este lugar concreto. Y al hacerlo, tu espiritualidad, tu dinamismo amoroso, se embellece, se transforma, se profundiza, se enriquece, adquiere nuevos matices, nuevas formas.

Pero ocurre que estos dos ámbitos, *la actividad externa-pastoral-misionera y la actividad interno-privada* de la oración solitaria, *tienen que tener una comunicación entre sí*. O sea, son dos ámbitos que tienen que conectarse entre sí.

Esta mañana vimos la primera parte, que es este dinamismo del amor que se expresa en la actividad pastoral, que se vive en la misma actividad pastoral cuando yo descubro a Cristo en medio de la tarea, cuando me detengo ante el otro con una mirada sobrenatural, etc. Ahí se expresa. Pero al mismo tiempo cuando yo logro, en medio de la actividad, vivir de un

modo orante, expresar un modo de oración en el corazón de esa actividad. Eso es lo que vimos esta mañana. Ahora damos otro paso: ese dinamismo del amor que el Espíritu infunde, también tiene que expresarse en la actividad interna, en los espacios de soledad con Dios, tiene que expresarse y tiene que alimentarse también allí; porque sino la espiritualidad se queda renga. Pero siendo nosotros pastores, en esa actividad interna de la oración solitaria tiene que entrar la vida apostólica, y al mismo tiempo esa oración tiene que alimentar la vida apostólica. Mi forma de orar cuando estoy sólo tiene que recoger la vida apostólica, y a la vez tiene que prepararla y alimentarla. Si no, sucede lo que decía Juan Pablo II, que con la falta de oración en el mundo de hoy tan desafiante, nos volvemos cristianos en riesgo. Pero le agregamos: si no hay una oración claramente “pastoral”, nos convertimos en “pastores en riesgo” y, entonces, sucede el caso de los curas que dejan el ministerio y dicen: “Yo con Dios estoy bárbaro, voy a seguir rezando, haciendo retiros, todo eso sí, pero no me gusta el trabajo de cura”.

Primero vamos a ver este movimiento: la *actividad pastoral que se mete en la actividad interno-privada, en la oración personal*. Hay varias formas de vivirlo, y yo creo que **una forma eminente es la intercesión**, cuando la vida apostólica, que es también la vida de la gente, se introduce en la oración personal. Es curioso, pero hay curas que no interceden, que no le dedican tiempo a pedir por la gente, a pedir por los problemas del pueblo, a pedir por la inquietudes de la gente de su parroquia, no se detiene a interceder o lo hacen muy velozmente, no le dan demasiada importancia a esta forma de oración.

Puede haber varias razones, primero que el cura no tenga fe. Evidentemente, si uno no cree que Dios existe, no va a interceder, y no hay que darlo por supuesto. Si no cree que Dios puede intervenir en la historia, que Dios es providente, tampoco va a interceder. Puede suceder que el cura se sienta el salvador, que crea que las cosas dependen exclusivamente de su inteligencia, de sus proyectos, de sus capacidades, de sus acciones, y como en la actividad tiene que demostrar que él puede, que él vale, la intercesión no puede tener peso existencial. Una tercera razón es que en realidad el cura no quiera mucho a la gente, que no le interese tanto hacer bien a los otros, sino cumplir con algunos objetivos que mantengan viva su autoestima o imagen.

Pero habría una cuarta razón que es un cierto dualismo que a veces se mete dentro de los personas más piadosas, y este dualismo es creer que la oración que vale, la oración que interesa, es sólo la contemplación, esa adoración de Dios que deje a un lado todas las distracciones mundanas, incluídos los rostros, las historias, las personas, las cosas que pasan. Otra vez este extraño dualismo, esta imagen de Dios de una unidad monolítica que no tolera la dispersión. Si uno tiene sutilmente esta mentalidad, la intersección le va a parecer una oración de segunda, una oración que distrae, una oración que dispersa, cuando en realidad la intersección tiene un altísimo valor de unir al mismo tiempo la confianza en Dios, la expresión de la confianza en Dios y el amor al prójimo, el altísimo valor de conjugar las dos cosas. De hecho leamos un texto paulino: “*En todas mis oraciones siempre pido con alegría por todos ustedes... porque los llevo dentro de mi corazón*” (Fil. 1, 4.7.) Varias veces dice esto Pablo, “*en todas mis oraciones*”, y en otros textos dice “*constantemente los tengo presentes en mi oración*”. Se ve que San Pablo no tenía ese dualismo interior, no tenía esa idea venenosa, sino que su enamoramiento por el pueblo hacía que el pueblo se metiera en su vida privada y en su relación con Dios: “*en todas mis oraciones pido con alegría por todos ustedes*”, “*constantemente los tengo presentes en mi oración*”. Eso tiene que ver evidentemente con un corazón apostólico. Vamos a leer los textos que manifiestan cómo es ese corazón:

“*Aunque ustedes hayan tenido diez mil pedagogos, no tienen muchos padres. He sido yo el que los engendró por el Evangelio en Cristo Jesús*” (1Co. 4, 15).

“*¿No son ustedes mi obra en el Señor? Si para otros yo no soy apóstol, para ustedes sí que lo soy, porque ustedes son el sello de mi apostolado en el Señor*” (1Co. 9,2).

“*Me hice débil con los débiles para ganar a los débiles. Me hice todo con todos para salvar a algunos a toda costa*” (1 Co 9, 22).

“*Ustedes son mi carta, escrita en sus corazones, conocida y leída por todos. Son una carta de Cristo, redactada por mi ministerio, no escrita con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón*” (2 Co 3, 2-3).

“*¡Celoso estoy de ustedes con celos de Dios! Porque los tengo desposados con un solo Esposo para presentarlos como casta virgen a Cristo*” (2 Co 11, 2).

“*¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo no arda por dentro?*” (2 Co 11, 29).

“*Por mi parte, muy gustosamente gastaré todo y me desgastaré completamente por ustedes*” (2 Co 12, 15)

Estos son textos preciosos, textos que vale la pena detenerse a rezar. El orgullo de Pablo es la comunidad: “*Ustedes son mi carta de presentación, no con tinta sino escrita con el Espíritu de Dios, no en tablas de piedras sino en las tablas de carne del corazón de ustedes. Esta es mi carta, este es mi orgullo: es la comunidad*”. Ahora, cuando uno lee esto dice:

claro, cuando este corazón tan apostólico va a rezar, ¿de qué va a hablar con Dios sino es de su gente, de qué le va a hablar a Dios sino de esta gente que perturba, inquieta y enloquece el corazón?

Tenemos después otra forma de oración que es **la acción de gracias pastoral**. Creo que es una oración propia de un espíritu pastoral finísimo, un espíritu apostólico que se detiene a contemplar lo que Dios hace en el mundo, lo que Dios hace en la gente, y que como se detiene a contemplarlo constantemente, en la oración le brota el deseo de agradecerle a Dios, darle gracias a Dios por lo que él hace en su gente. Eso también está muy lindo en varios textos paulinos:

“Ante todo, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo por todos ustedes”. “Doy gracias a Dios sin cesar por todos ustedes a causa de la gracia de Dios que les ha sido otorgada en Cristo Jesús”(1 Co 1, 4)

“Doy gracias a mi Dios todas las veces que me acuerdo de ustedes”(Flp 1, 3)

“Damos gracias a Dios siempre por todos ustedes, recordándolos en nuestras oraciones sin cesar”(1 Tes 1, 2)

“Como es justo, en todo tiempo tenemos que dar gracias a Dios por ustedes hermanos, porque la fe de ustedes está progresando mucho y va creciendo el amor mutuo”(2 Tes 1, 3).

Como ven, no es que alguna vez, cada tanto, se acuerda de ellos, y da gracias, sino que es una actitud constante del corazón cuando entra en oración. Siempre, sin cesar, permanentemente, dar gracias a Dios por su obra en la comunidad. Hay una tercera forma de oración eminentemente pastoral donde la vida del pueblo entra en la oración privada, que es este **trabajo de reparación, de purificación y de sanación interior después de las tareas**. ¿Por qué? Porque no siempre la tarea se puede vivir bien. A veces uno la vive realmente mal; a veces uno la vive buscándose a sí mismo, y después se da cuenta y le duele; a veces uno la vive enojado con la gente. A veces te tratan mal realmente, te basurean un poco y quedás un poco triste... y por una persona que te trata mal ya te pones mal con toda la comunidad. O sea, aparecen muchas formas de vivir mal la actividad que dejan residuos en el corazón. Cuando ese residuo se va acumulando, se va acumulando y no se sana, y no se limpia a tiempo, uno se convierte en un cura resentido, negativo, enojado con la gente, o bien lleno de escrúpulos, sintiéndose una porquería, sintiéndose que la cosa no va. De manera que es sumamente importante hacer esta limpieza a tiempo. O sea, detenerse a tiempo a liberar el corazón de estos sentimientos negativos que quedan a veces después de algunas tareas.

Dice la segunda carta de Pedro: *“Confíenle todas sus preocupaciones, porque él cuida de ustedes”* (1 Pe 5,7). “Todas” implica que también hay que conversar con Dios acerca de estos cortocircuitos pastorales. Y dice también Ef 4, 26: *“Que la puesta del sol no los encuentre enojados”*. Es un texto muy claro: ¡Resuelvan ese problema interno antes de que termine el día, no lo dejen pasar! No se trata, sin embargo, de liberarse de toda angustia, porque muchas veces las angustias pastorales ofrecidas son un modo de asociarse a la pasión de Cristo y de ser fecundos; pero hay que hacer ese gesto orante de asociar una angustia pastoral a la pasión de Cristo; no es siempre instantáneo ni inmediato. En este sentido, hay un hábito, que para mí tendríamos que desarrollar todos, y es el hábito de **no hacer un corte tajante cuando termina la tarea pastoral**. O sea, termina la tarea y pasa lo que dice allí Drewermann: *“Cuando vuelven a casa, a su soledad de siempre, se depositan en su sillón y lanzan un suspiro de alivio”*. Este es un autor un poco de mala leche, pero, sin embargo, hay que rescatar algunas descripciones que él hace. Él miraba al cura que quería quedar bien con todo el mundo, saludaba, sonreía...y notaba que después, cuando se apartaba, le cambiaba la cara por completo. Entonces decía: este es un rol que cumple mecánicamente. Por eso, cuando termina, “se arroja en el sillón con un suspiro de alivio”. Creo que esto también es altamente dañino, este corte, porque si yo lo hago, yo mismo percibo que no hay una unidad en mi existencia, que son dos mundos separados. En cambio, si uno después de la actividad dedica aunque sea un minuto, un minuto a presentarse delante de Dios con la tarea vivida – sea para interceder, sea para dar gracias, sea para pedirle a Dios que te aplaque ese sentimiento negativo que quedó dando vueltas –, aunque sea un minutito en que uno conecte ese espacio privado-solitario, con la actividad vivida, *eso ayuda mucho a evitar la esquizofrenia* que nos hace tanto daño. Cuando hablamos de la identidad, vimos que una de las dos notas de una sensación de identidad es la estabilidad. Entonces si uno pasa de una cosa a otra con estos cortes bruscos, no hay estabilidad y entonces no hay identidad clara. Vamos ahora a lo que sería la otra parte. Cómo se pasa **de la oración a la actividad**, es decir, cómo la oración personal alimenta otro modo de vivir la actividad apostólica. Se trata de desarrollar un modo de orar en soledad que alimente, enriquezca, brinde entusiasmo, sentido, luz y ganas a la actividad pastoral. No es una cosa tan obvia, porque hay formas de orar que te repliegan más bien en la intimidad y que no te dan ganas de meterte en el mundo, de meterte a trabajar. Así que no hay que darlo por descontado.

¿Cómo es ésta oración que prepara, que enriquece la actividad pastoral? En realidad la oración personal puede ser un punto de partida. Quiere decir que lo que yo vivo en la actividad, tengo que lograr vivirlo antes profundamente en la intimidad solitaria, para poder vivirlo realmente después en la actividad. Por ejemplo, para predicar ese Evangelio con gusto, con sentido, primero tengo que vivir esa experiencia en la oración solitaria. Es vivir en la soledad eso mismo que

voy a vivir en la actividad. Un ejemplo claro es que para poder darle un abrazo de perdón a alguien, primero tengo que perdonarlo en la soledad. No hay otra, se requiere esta vivencia previa que después se arraiga en el gesto externo. Pasemos a un elenco de cosas que vamos a ver brevemente, que serían lo que se puede llamar “cuidar y preparar el corazón”, o sea, una oración que consiste en preparar el corazón para la acción, para la actividad apostólica. Dice el libro de los Proverbios que “*lo que más hay que cuidar es el corazón*” (Pr 4, 23), porque “*el hombre mira las apariencias pero Dios mira el corazón*” (1Sam 16, 7). De manera que lo que se busca en esta oración personal es esa preparación del corazón para vivir la actividad de otra forma.

Esa preparación implica reconocer en la oración, y purificar las motivaciones y las intenciones no adecuadas, o sea, qué ando buscando yo en la tarea apostólica. ¿Todas esas motivaciones son sanas, son auténticas, o hay motivaciones e intenciones no adecuadas? Hay una oración que reconoce, purifica, entrega a Dios esas motivaciones torcidas. Y en segundo lugar, se trata de alimentar las motivaciones más bellas y adecuadas. Veamos algunas motivaciones adecuadas para el apostolado:

- La gloria de Dios.
- La difusión del Evangelio.
- La venida del Reino.
- La felicidad de los demás.
- El crecimiento de los hermanos.
- El embellecimiento de la Iglesia.
- Construir un mundo mejor.
- Que se cumpla la voluntad de Dios.
- Realizar una misión que Dios con la cual me siento identificado.
- Ser instrumentos del Espíritu.

Son todas maneras distintas de expresar una motivación adecuada. Pero a esas motivaciones hay que alimentarlas, con que las leamos no entran en la conciencia, lleva su largo tiempo arraigarlas, profundizarlas, hacerlas sinceras, reales. Después, se trata de estimular virtudes y valores pastorales, que son las virtudes de siempre pero que adquieren un matiz apostólico. Por ejemplo, “adquirir ese gusto de volverse generoso, de ser hombre de fe, adquirir ese agrado por ser una persona disponible, humilde, valorar el amor a la gente, la confianza en Dios, la docilidad”. También, todas estas hermosas virtudes, con leerlas en el papel no se adquieren. Hace falta un trabajo de contemplación, de valoración, de motivación, y el ejercicio posterior para arraigarlas. Aquí cabe destacar este procedimiento: *reconocer las motivaciones, llevarlas a la oración, ejercitarlas concretamente en la acción y evaluarlas con alguien constantemente*.

Hay también una tarea orante que se refiere a lo que les contaba de Jean Vanier. O sea, ese mirar al otro de otra manera. Esa mirada también se prepara en la oración solitaria, no se improvisa, no aparece mágicamente. Se va plasmando en una contemplación del otro que yo realizo en la oración. Está también lo que sería la preparación inmediata de una tarea. Quiere decir rezar por la tarea que voy a realizar. No se trata de una obligación a cumplir, de una formalidad religiosa, sino de algo determinante que le otorga un profundo sentido de fe a la tarea. Exige recordar que ante todo es un proyecto del Padre y una obra del Espíritu, y por eso me detengo a pedir ayuda, a pedir luz, a entregarle a Dios mis fuerzas, etc. Voy desarrollando en la oración la conciencia de ser un instrumento y no un Dios creador.

Hay también un camino lento de sanación de las enfermedades de la actividad. Yo les decía antes si me enojé con una viejita, en la oración trato de apaciguar la bronca, de purificar el corazón. Pero hay otras cosas que son constantes, enfermedades crónicas de la actividad y cada uno de nosotros tiene una. Yo tengo una, vos tenés otra, monseñor Giaquinta tendrá otra, cada uno tiene la suya. ¿Qué enfermedades puede haber? Un espíritu exitista es una enfermedad; un profundo desánimo, es otra enfermedad de la actividad; la timidez también lo es, o la impaciencia con la gente, el escepticismo, el creer que no hay nada que cambiar, el idealismo, tan común entre nosotros. O sea, hay muchas enfermedades de la actividad que necesitan un largo camino de oración que ayude a sanarla.

Y finalmente, propongo “*completar*” *los retiros espirituales*. Ustedes saben que a veces cuando hay un cura en crisis, el obispo lo manda a hacer un retiro. El cura está bien un mes, pero pasa el mes y larga todo. Más de una vez sucede. Uno confía en que el retiro va a resolver las cosas y no pasa nada, y vuelve y dice la famosa frase: “Yo con Dios estoy bárbaro, pero no me agrada la tarea de cura”. Entonces, eso significa que hay que encontrar otra forma de hacer los retiros y los ejercicios espirituales, en dos sentidos: que incorporen mucho mejor la actividad apostólica, sus angustias, sus enfermedades, sus problemáticas, un retiro donde se integren más explícitamente y más concretamente en el diálogo con

el predicador y en la oración personal todos estos problemas, debilidades y enfermedades de la actividad apostólica, toda esta sanación de motivaciones, de actitudes, etc.

Pero en segundo lugar, a mí me parece que a todos los retiros hay que incorporarles un segundo momento que debería ser integrante del retiro. ¿Cómo se haría eso? Terminas el retiro y haces un discernimiento con el director espiritual, pero tiene que haber un segundo momento unos días después. Supongamos una semana después. Pasada una semana de trabajo apostólico normal e intenso, hay que dedicar un buen momento de oración y de diálogo con el director espiritual para volver a discernir, para constatar si todo eso que se oró y se reflexionó en el retiro se puede encarnar verdaderamente en la actividad apostólica ordinaria. Tiene que haber un segundo momento de discernimiento, poco después del retiro, donde se completa el retiro. Y de esa manera se une íntimamente la oración y la vida apostólica. Ustedes hicieron ya, por grupos, un ejercicio de buscar las motivaciones para la tarea que hacen los seminaristas. Ejemplo: yo me acuerdo de un cura viejo que si sabía que había un enfermo en el pueblo se desvivía para ir a atenderlo antes que se muriera, y no se le moría ninguno sin los sacramentos. ¿Qué motivaciones tenía para él hacerlo? Él decía: “se juega la salvación de la persona”, o decía: “cuando se muera va a rezar por mí porque lo acompañé en el último momento, tengo un amigo allá arriba que me acompaña y ya tengo un montón”. También recogía el ejemplo de un cura viejo que a él lo había marcado, y que entonces lo estimulaba, lo ayudaba. También recordaba algún texto bíblico que él solía citar y que le daba una motivación para hacerlo. También decía que la familia del enfermo quedaba profundamente agradecida de que él se hiciera presente en ese momento. Estas motivaciones ustedes podrán discutir las o no, pero a él le servían. ¿Para qué? Para tener una pasión por atender a la gente en el momento de su muerte. A él le servían. Entonces, este trabajo de buscar motivaciones profundas, de ayudarle al seminarista a encontrarlas para vivir sus tareas, es un verdadero servicio, vale la pena hacerlo. Ayuda a que pueda vivir su actividad apostólica con ganas, con sentido, con profundidad.

Lo que vamos a hacer ahora es otra cosa: van a buscar juntos las motivaciones y estímulos para vivir con profundidad, con gusto y con alegría las tareas de ustedes como formadores. O sea, hacen una lista de las tareas que tienen ustedes como formadores y en el grupo buscan con creatividad todo tipo de motivaciones que les puedan servir para vivir esas tareas con ganas, con gusto, con un profundo sentido.

Víctor Manuel Fernández

En la cultura del individualismo subjetivista, que hemos mencionado ya varias veces, se nos plantea a todos el desafío de alimentar una opción por el otro, que sea una pasión por el otro. Este es en definitiva el primer criterio de discernimiento para reconocer la autenticidad de la opción por el Otro con mayúscula: *“El que no ama al hermano que ve no puede amar a Dios, a quien no ve”* (1 Jn 4, 20). *“Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza”* (1 Jn 2, 10). Este criterio primero y básico de discernimiento para la relación con Dios, se convierte, en este contexto cultural, en un desafío importante.

En realidad, el tema del subjetivismo individualista comenzó a preocupar a mucha gente, y no sólo a la Iglesia o a los curas. También dentro de la filosofía han surgido intentos para superar esta dinámica cerrada, y entonces hay filósofos que insisten en esta actitud básica de *“reconocimiento del otro”*, de romper el autismo, ese mundo cerrado en sí mismo, para reconocer la existencia, la dignidad y los derechos del otro. Estos intentos de salida que aparecen incluso en la filosofía, también se pueden reconocer como pasos del Espíritu. Pero nosotros tenemos en Argentina *“Navega Mar Adentro”*, y en América Latina *“Aparecida”*, que tienen un fuerte acento comunitario. *Navega mar adentro* parte de la Trinidad que sana, renueva y fortalece los vínculos humanos, como núcleo del contenido evangelizador, y lo exploya después de varias maneras. Por ejemplo, acentuando la pastoral orgánica. Y *Aparecida* presenta el discipulado con notas marcadamente comunitarias, y tiene todo un largo capítulo sobre esta dimensión comunitaria del discipulado. De manera que, por todas partes, se nos aparecen como signos de esta voluntad del Espíritu de marcarnos con este estilo pastoral más misionero. Pero decimos estilo *“pastoral”*, en cuanto esa comunión, en los pastores, tiene que volverse necesariamente *“comunión pastoral”*. Por eso, educar para la opción por el otro para nosotros también es educar para *“aprender a trabajar junto con otro”*. De esa manera, se realiza lo que es la estructura Trinitaria de la realidad y de la actividad humana. En *Aparecida* hay un montón de textos que insisten en este modelo y en esta fuente Trinitaria que orienta a la comunión y que termina promoviendo una comunión pastoral. Por ejemplo: *“La dimensión comunitaria es intrínseca al misterio y a la realidad de la Iglesia que debe reflejar la Santísima Trinidad”*³⁶. *“Cuanto más la Iglesia refleja, vive y comunica ese don de inaudita unidad, que encuentra en la comunión trinitaria su fuente, modelo y destino, resulta más significativo e incisivo su operar como sujeto de reconciliación y comunión en la vida de nuestros pueblos”*³⁷; etc. Hay muchos textos que destacan esta fuente comunitaria de la Trinidad, que en realidad marca la estructura misma de la persona humana y de su actividad, de manera que, mientras más se realiza y se refleja este misterio comunitario, más se realiza como persona el sujeto. Esto tiene una consecuencia cristológica, que *Aparecida* explicita citando el Compendio de Doctrina Social: *“Dios en Cristo no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los seres humanos”*³⁸. Por eso, *Aparecida* habla de la comunión como una ley profunda inserta en la misma estructura de la realidad; este dinamismo tiene que marcar la misión, que desde sus orígenes ella *“es considerada como un compromiso comunitario”*³⁹.

Si es así, uno se pregunta cómo transforma este dinamismo la vida de un presbítero diocesano, la vida nuestra como curas. Y entonces vamos a estas afirmaciones tan claras y tajantes:

“Se puede entender así el aspecto esencialmente relacional de la identidad del presbítero... No se puede definir la naturaleza y la misión del sacerdocio ministerial si no es bajo este multiforme y rico conjunto de relaciones que brotan de la Santísima Trinidad y se prolongan en la comunión de la Iglesia”.⁴⁰

“El ministerio ordenado tiene una radical forma comunitaria y puede ser ejercido sólo, sólo como una tarea colectiva”.⁴¹

Al decir que tiene una radical forma comunitaria, y sólo se puede ejercer como tarea colectiva, está indicando que no hay otra manera de ejercerlo. De esto no se han sacado las consecuencias. Es una afirmación revolucionaria, pero todavía no está traducida en nuestras estructuras diocesanas, ni tampoco en los Seminarios. Surge de allí, además, una consecuencia inmediata, que aparece en otro texto:

“Dentro de la comunidad eclesial, la caridad pastoral del sacerdote le pide y exige de manera particular y específica una relación personal con el presbítero”.⁴²

Está claro, entonces, que si nosotros decíamos que hay una identificación entre ser y misión, que en un mismo llamado Dios me da la identidad personal y una misión que son inseparables, eso exige que *la comunión sea misionera o*

³⁶ Apa 304

³⁷ Apa 525

³⁸ CDSI 52; Apa 359

³⁹ RMI 27

⁴⁰ PDV 12cd

⁴¹ PDV 17.

⁴² PDV 23d.

“*pastoral*”. Que no sea juntarse a tomar mates, o charlar un rato a la noche, o salir juntos, sino que se convierta en una comunión también pastoral. A mí me impresiona ver curas que son capaces de estar horas conversando, abrazando y sonriendo, pero que son incapaces de trabajar realmente en equipo, o de dejarse cambiar las estructuras por los otros. Eso no es comunión real.

Esta *comunión pastoral* tiene una manifestación parroquial, cuando en una parroquia viva todos son sujetos, donde se fomenta una variedad rica de ministerios y servicios, y donde todos nos iluminamos unos a otros. Y se manifiesta en una comunión diocesana donde haya un proyecto pastoral, asumido con fervor por todos en su propia actividad. Y digamos también una comunión pastoral en el país, que en Argentina es lo que se buscó con “*Navega mar adentro*”.

¿Qué tipo de comunión pastoral se planteó en *Navega mar adentro*? Se dijo: no hagamos un proyecto nacional, dejemos que cada diócesis discierna sus necesidades comunitariamente, pero sí podemos establecer algunos *criterios pastorales comunes*; o sea, podemos proponer un *estilo pastoral* común, de manera que más allá de las actividades que tenga una diócesis u otra, de las prioridades que establezca cada Iglesia local, todas las diócesis estén caracterizadas por un cierto estilo común. ¿Qué es lo que marca ese estilo común? Algunos criterios consensuados, que todos tratemos de aplicar en cualquier tarea, en cualquier prioridad que tengamos. ¿Cuáles son esos criterios? Son cuatro:

- Que todas las diócesis privilegien una pastoral ordinaria orgánica. O sea, los obispos aquí se comprometen a que todas las diócesis tengan un proyecto pastoral que permita trabajar de manera orgánica, que no haya ninguna diócesis que no elabore comunitariamente un proyecto donde todos trabajen por esa línea. Entonces no te dice cómo tiene que ser ese proyecto, pero sí que tengas uno, que el clero, los laicos con el obispo acuerden un proyecto y todos vayan por ahí, incluyendo los religiosos, los movimientos, etc. Primer gran criterio pastoral para la Argentina. Ustedes sabrán si en su diócesis se ha aplicado.
- Segundo gran criterio: que en cualquier cosa que se haga, en cualquier tarea, en la predicación, en todo, se promueva *un camino integral de santidad*, una santidad que abarque a la persona entera, a todas sus dimensiones, una santidad que incluya la promoción humana y convierta al sujeto en alguien verdaderamente preocupado por esta promoción integral de los otros. Este es un segundo gran criterio que si vos ponés como prioridad la catequesis lo aplicarás en la catequesis, si ponés otra prioridad lo aplicarás en esa prioridad.
- Tercer gran criterio: que en nuestras diócesis argentinas *todos* sean sujetos y destinatarios. O sea, un estilo de pastoral que procure *llegar a todos*, que no opte por pequeños círculos cerrados, sino que sea abierta. Que incorpore a todos, no sólo como destinatarios, sino también como sujetos evangelizadores cada uno a su modo y de acuerdo a sus posibilidades, capacidades, estilo, etcétera.
- Finalmente, proponer itinerarios formativos *graduales*. Es decir, que cada vez que propongamos algo, tratemos de partir lo que vive la gente, de lo que le inquieta, de lo que realmente le preocupa. Partir de ahí, procurar trascenderlo, completarlo, enriquecerlo, pero partir de ahí. Y tener en cuenta las etapas y la gradualidad que hay en todo auténtico camino de crecimiento.

Entonces los obispos argentinos, por lo menos, por lo que dice el texto votado, consensuaron que, más allá de las tareas y prioridades que tenga cada proyecto en las diócesis, se apliquen siempre estos cuatro grandes criterios. Ustedes se dan cuenta que si se aplicaran estos cuatro criterios en todas las diócesis, habría un parecido, una semejanza, habría un estilo común, más allá de las actividades que se hagan.

Ahora, si realmente *Navega mar adentro* se tomó en serio, eso supone que ustedes en el Seminario están formando y orientando a los seminaristas para que apliquen estos cuatro criterios, para que en las tareas que hacen en las parroquias les interese aplicar estos criterios. Si no lo hemos hecho hasta ahora podemos empezar a hacerlo. No se trata sólo de clases, sino de acompañar al seminarista, de preguntarle, de conversar sobre su actividad pastoral, y ver de qué manera él está tratando de vivir esto en las actividades apostólicas del fin de semana.

Estas propuestas comunitarias que procuran una comunión “pastoral” permite superar los riesgos tan delicados que tiene hoy en día el aislamiento para los sacerdotes. Ustedes saben que en otro momento histórico a los seminaristas se les insistía que el cura es un hombre solo y, por lo tanto, que tiene aprender a vivir en soledad. Era un fuerte acento con el cual me formaron también a mí. Hoy en día nos damos cuenta que este acento en la soledad conlleva el riesgo tremendo del aislamiento, y en este contexto cultural postmoderno no hay nada más peligroso, más riesgoso, que el aislamiento. Porque el cura aislado está expuesto mucho más a un bombardeo constante que recibe aunque esté dentro de su habitación, un bombardeo constante que le llega por todos lados. Y en el aislamiento se pierden las perspectivas, los criterios se hacen difusos, los mismos principios morales se empiezan a desdibujar, de manera que el cura aislado poco a poco empieza a correr el riesgo de caer en cualquier cosa porque se le desdibuja la realidad, pierde el sentido de la realidad y de sus límites. Entonces, si antes se insistía en la necesidad de la soledad, hoy insistimos en el riesgo terrible del aislamiento; los peores problemas son consecuencia de este aislamiento. Por eso la comunión pastoral se vuelve urgente.

Ustedes saben muy bien que cuando un cura empieza a caer en una crisis se aísla, critica a todo el mundo, ve todo negativo. Y por eso, entonces, lo que proponemos es una utopía comunitaria, que en nuestras diócesis tengamos el sueño de lograr algo juntos. Que discutamos de tal manera un proyecto diocesano que podamos realmente entusiasrnos en un camino común. Yo sé que hay muchas diócesis que han hecho proyectos, pero que han sido elaborados o por un pequeño grupo o no han sido suficientemente dialogados. Por lo tanto, no apasionan. Algunos curas tratan de aplicar cosas para no quedar mal con el obispo, otros por un cierto llamado de la conciencia, pero no se convierte en una pasión fervorosa de lograr algo juntos, de soñar algo juntos, de proyectarlo juntos, de conseguirlo juntos. Esta utopía comunitaria es la que tiene que marcar a fondo la elaboración del proyecto diocesano, de manera que consigamos una cosa que nos entusiasme y que, estemos en una parroquia o en otra, seamos vicarios o seamos párrocos, todos vamos a tratar de lograr.

Ahora sucede que pasó el Concilio y hemos cambiado las ideas, hemos cambiado en algún sentido la mentalidad, han cambiado algunas cosas, pero en los hechos el “cacique preconiliar” ahora es el “cacique postconiliar”. Quizás es más progresista, es más moderno, tiene otro estilo, pero sigue siendo cacique y eso no ha cambiado. Después del concilio no ha habido realmente cambios estructurales notables ni un cambio a fondo en el estilo de cura. Está maquillado pero sigue siendo el mismo, no lo hemos cambiado. Y entonces hay caciques con otro color. Por poner un ejemplo extremo, hay curas que quieren estar solos, que no les manden vicarios; arman la parroquia más o menos a su gusto, tienen Misa sólo los fines de semana; por las tardes salen con sus amigos a hacer deportes y otras cosas. O piden un vicario que sea dócil que les permita irse frecuentemente. No atienden confesiones. Una vez al año para cuaresma organizan un día entero de confesiones, contratan algún misionero, o curas vecinos, y ahí despachan lo que pueden; recaudan dinero entre las personas ricas para cambiar el auto, comprarse esto, comprarse aquello. Bueno, es el ideal de una libertad sin límites, es un ideal postmoderno que pierde el sentido de la realidad. ¿Quién puede llevar esa vida? Nadie, sólo un cura puede llevar esa vida, y realmente hay muchos que llevan esa vida. Un profesional casado tiene su esposa, sus hijos, tiene su compromiso de horarios, sino se muere de hambre, la esposa lo hecha de la casa. No puede llevar esa vida, nosotros sí podemos. Y bueno ese es el cacique postconiliar, el dueño de la parroquia que la esquila constantemente.

Este problema, ¿qué nos indica a nosotros? Por lo menos nos lleva a hacer una pregunta: ¿Uno puede ordenar un cura y largarlo en seguida, solo, con todas esas posibilidades? ¿No hay que pensar en otro tipo de estructura diocesana para estos sujetos postmodernos? Teniendo en cuenta que esta cultura postmoderna puede ir acentuando cada vez más este estilo, ¿no tenemos que preguntarnos por la necesidad de crear otro tipo de estructura diocesana y formativa para este tipo de gente? Por ejemplo, yo me pregunto, ¿no habrá que ir dándole responsabilidades gradualmente? Otro se preguntará, ¿no hay que postergar la ordenación? Se podría proponer una vida apostólica intensa terminado el Seminario pero sin ordenación. Una forma más gradual, donde por ejemplo, antes de ordenarlo diácono ya tenga algunas responsabilidades importantes junto con otro, y se lo pueda medir y acompañar a tiempo para superar algunas fragilidades. Luego, como diácono, puede estar a cargo de una comunidad viviendo con un párroco, bajo un párroco. Antes de nombrarlo párroco podría ser un tiempo administrador, y luego no debería estar nunca solo. ¿No habría que pensar en una cosa más progresiva, donde se lo vaya midiendo en la cancha y se vaya ayudando a crear hábitos más comunitarios de pastoral, con mayor integración diocesana, etc.? Habría que preguntarse, también, si la formación permanente no tendría que ser mucho más comunitaria, para que permita que nos apuntemos, nos ayudemos, nos corriamos, nos exhortemos más unos a otros. Habría que preguntarse si las estructuras formativas del Seminario no tienen que tener más instancias para medir al sujeto en esta capacidad de comunión pastoral y eclesial. Hay distintas posibilidades, como años intermedios, residencias pastorales, etc. que habrá que pensarlas con este objetivo de medirlo más en la cancha, porque si no, como decía un ex obispo mío: “Antes de ordenarse son unos santitos, ¡pero les impones las manos y son unos leones!”.

A veces, uno en la formación puede percibir ciertas inclinaciones para corregirlas a tiempo, otras veces nos engañan siete años, y los problemas aparecen después. Por eso, si no hay instancias para medirlos en la cancha, hay cosas que no se ven nunca. Habría un montón de planteos más que hacer en orden a esta cuestión estructural, pero a mí me parece que no se trata simplemente de crear estructuras que puedan ser más coercitivas, ni mayores controles para los párrocos, sino de cumplir con la responsabilidad comunitaria del presbiterio y de los decanatos. Porque, ¿es sólo responsabilidad del obispo y de algunas estructuras resolver estos problemas del cacique posconiliar? El obispo solo no puede, y corremos el riesgo de que el obispo termine siendo odiado por todos los curas, y de no cumplir nuestra propia responsabilidad con la diócesis. No se trata sólo de afecto fraterno sacerdotal. Una parroquia esquilada por un cura que perdió el interés apostólico es una parroquia que nos duele a todos, que le tiene que doler a todo el presbiterio. Pero los obispos tendrían que pensar siempre cómo están compuestos los decanatos, para asegurarse que en todos haya algunos curas más fieles y entregados, que al mismo tiempo sean capaces de acompañar bien, no consintiendo sino exhortando y motivando.

Me interesa leerles un texto muy importante; se trata de RMi 67, que recoge un texto de PO:

“Los presbíteros en virtud del sacramento del orden, están llamados a compartir la solicitud por la misión ... El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación, no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta los confines de la tierra. Cualquier ministerio sacerdotal, también el diocesano, participa de la misma amplitud universal de la misión que Cristo confió a los apóstoles ... La misma formación de los candidatos al sacerdocio debe darles un espíritu genuinamente católico que les habitúe a mirar más allá de los límites de la propia diócesis y, por lo tanto, de la propia parroquia”.

Si decimos esto del mundo, con mucha más razón tenemos que hablar de una responsabilidad de todos los presbíteros sobre el conjunto de la diócesis. O sea, todo cura y el presbiterio entero son responsables por cada parroquia, no sólo por la estancia propia, no sólo por la chacra de su parroquia. Aunque yo no deba meterme en los asuntos prácticos de otras parroquias, sí es responsabilidad mía, también, aquella parroquia descuidada, abandonada, vaciada. Particularmente yo insistiría en los decanatos, donde a veces los decanos son elegidos por pura simpatía, cuando no se elige al que faltó a la reunión. Yo he visto algunos casos de curas con graves problemas y me pregunté que pasa en el decanato. Me puse a mirar un poco y veo que en ese decanato tienen todos el mismo problema. El obispo y quienes lo asesoran, ¿no tiene que preguntarse, también, cómo se configura el decanato, cómo queda cuando realiza un cambio? El decanato debería ser el espacio donde unos puedan iluminar a otros, donde unos puedan exhortar a otros, donde la corrección fraterna pueda evitar el avance de este espíritu de cacique postmoderno individualista y cómodo. Y, en esta misma línea, diríamos la formación permanente de toda la diócesis tendría que acompañar este mismo camino de una manera o de otra.

Finalmente surge la pregunta: ¿cómo preparamos nosotros *en el Seminario* este **hábito pastoral** más comunitario? ¿Cómo lo vamos afianzando, alimentando, evaluando? Como siempre, acá hay que seguir los cuatro pasos: *motivar, acompañar un camino de oración, estimular un ejercicio de otro modo de vivir las tareas, y acompañar con una evaluación constante de este modo de realizar las tareas apostólicas*. Si uno no hace *este proceso de formación para una comunión pastoral*, salen curas que saben algo de teología, que a lo mejor incluso están habituados a hacer una *lectio divina*, pero que no viven la comunión pastoral; el área específica de formación pastoral no funciona.

Por eso también habría que preguntarse si el modo de organizar la actividad pastoral de los seminaristas no tiene que ser mucho más marcadamente comunitaria, si no tienen que trabajar de a dos, si no tienen que armar proyectos de a dos, consultando con el párroco, consultando con los laicos de la parroquia. Pregúntense si no hay que evaluar constantemente este modo comunitario de trabajar. Les propongo que revisen la estructura formativa de sus Seminarios para ver si realmente preparan y entrenan para la comunión pastoral.

Víctor Manuel Fernández

Entremos en el contexto latinoamericano de la formación pastoral y detengámonos en la propuesta misionera de *Aparecida* para ver de qué manera este nuevo llamado misionero interpela a los Seminarios en su tarea apostólica y en su formación específicamente pastoral.

Ustedes saben que esta Vª Conferencia fue un momento de mucha participación. La metodología utilizada procuraba evitar que unas pocas personas pensaran los grandes temas, y que realmente se lograra un consenso del conjunto de la asamblea, de manera que lo que surgiera de allí fuera realmente representativo. Por eso, una de las claves para leer el texto es no ir a temas muy particulares, los temas que a uno le puedan gustar. Porque en la elaboración del documento no estaba la intención de profundizar todos los temas pastorales y de avanzar en todos los asuntos, o de aportar novedades en cuestiones muy prácticas. Hay que ir entonces más bien a los grandes ejes que son los que se consensuaron, a las grandes cuestiones que aparecen con frecuencia, que aparecen constantemente en el documento y que aparecen también muchas veces aplicadas, sacando consecuencias, lo cual indica que son temas que realmente importan.

A veces en una asamblea llega un momento en que alguien dice, por ejemplo: “*Che*, nos olvidamos de hablar de ecumenismo, algo hay que poner sino qué van a decir”. Entonces le piden a alguien “Escribite una paginita de ecumenismo así no quedamos mal”. Y ahí está la paginita y alguien la lee y dice: “¡qué bueno esto, qué bárbaro!”. Pero no representa el sentir, ni los intereses de la asamblea. De manera que lo que sí importa es ver cuáles son los intereses reales que se han plasmado de manera insistente en el texto y con la intención de aplicarlos realmente.

Bueno, en primer lugar hay que tener en cuenta los tres grandes ejes que se tomaron muy en serio constantemente: **discípulos – misioneros – vida**. La expresión “vida” en realidad es la más presente. Está unas seiscientas treinta y un veces en el documento, y lo ha marcado de una forma abrumadora por todas partes, incluso en los títulos.⁴³ ¿Por qué este acento tan fuerte en la vida por todos lados? No sólo porque estaba en el tema propuesto por el Papa, sino también porque desde el comienzo muchos obispos plantearon la necesidad de *usar un lenguaje más bien positivo y propositivo*, de no aparecer como profetas de desventuras, como especialistas en condenar y en señalar, cosa que provocaría una actitud negativa en los receptores. A veces se dice que los obispos son los que siempre están diciendo lo que está mal, lo negativo, lo que no se debe hacer. Y parecía que la invitación a la vida era realmente algo bastante positivo, que además recoge una inquietud básica de la postmodernidad, que se puede asumir también como una cosa positiva, el deseo de la gente de vivir bien. Aunque haya que purificarlo y enriquecerlo, es una inclinación legítima. Eso tiene muchas manifestaciones en la época postmoderna.

Nosotros estos días hemos destacado el lado más débil, que es el subjetivismo individualista, porque contradice profundamente la esencia del Evangelio. El subjetivismo individualista no es algo que se pueda recoger como valor, o como punto de partida; además, porque para el fervor pastoral es altamente dañino. Sin embargo, hay una serie de elementos positivos de la postmodernidad que siempre se recogen. Por ejemplo, una fuerte consciencia de los derechos de las personas, de la dignidad del sujeto. La gente se junta cuando pisotean sus derechos, reacciona más que otras veces. Poco tiempo atrás había en nuestro país peones rurales que eran realmente esclavos y todo el mundo lo veía como normal, las empleadas domésticas eran tratadas de cualquier forma y parecía natural. Hoy todos temen que la opinión pública los vea como explotadores. Hay una serie de cosas que hoy en día no se pueden hacer tan fácil, ya que cuando salen a la luz hay reacciones fuertes. Eso, al menos, indica una valoración y una defensa del sujeto que no era tan fuerte, tan notable en otros momentos históricos. También se valora la igualdad, que todos tengan oportunidades, hay más tolerancia con los que son distintos. También más sinceridad, más autenticidad. De hecho los seminaristas hablan mucho más fácilmente de sus angustias, de sus límites, de sus problemas afectivos. Yo estuve en dos etapas en el Seminario, antes del año 1993 y después del 2000. En aquella primera etapa, los seminaristas hablaban mucho menos de sus cosas íntimas, había que preguntarles, insistirles. En cambio ahora es mucho más espontáneo que abran el corazón y cuenten sus dramas, eso es notable. La solidaridad hoy en día se ve como un valor, más allá de que se la practique o no, se la ve como un valor y a la persona que se percibe como egoísta ya no se la escucha, de manera que está el valor presente. Hay un mayor aprecio de la paz, un rechazo de autoritarismos y de cosas que se impongan por la fuerza. Hay fuertes deseos de desarrollar los propios talentos, o sea, poder hacer aquello para lo que uno es capaz. También se reconocen más los límites del ser humano y de la razón humana. Hay una conciencia más intensa de que hay que cuidar el mundo para todos y va reapareciendo una valoración de las culturas locales, de las tradiciones propias de la historia, etc. Estos son algunos elementos que conforman estos valores positivos de la postmodernidad que pueden ser recogidos. ¿Por qué no?.

Ninguna época es el mal absoluto y el Espíritu se las arregla para sembrar siempre formas nuevas de bien y de belleza.

⁴³ Para la interpretación, recepción y aplicación de *Aparecida*, he publicado una obra titulada: “*Aparecida*. Guía de lectura y crónica diaria” (San Pablo, Buenos Aires - Dabar, México).

En *Aparecida*, todo este dinamismo valioso de la postmodernidad que se pueda recoger, se resume en la “vida”, en las ganas de vivir, en el deseo de vivir bien. Se quiso evitar que la denuncia de la degradación de nuestra época postmoderna nos lleve a desvirtuar la imagen de Dios, porque fácilmente cuando uno señala los aspectos negativos de la época es visto por el otro como un resentido, un amargado, un mutilador, un enemigo de la vida. Y es verdaderamente triste que el que anuncia el Evangelio, sea percibido de ese modo. Es lo peor que nos puede pasar. El Evangelio es un llamado a una vida mejor, y si el que lo anuncia aparece como un mutilador, resentido, amargado, enemigo de la vida, la gente cuando lo escucha baja la persiana y no acoge su exhortación, porque todos quieren vivir.

Si vamos a la Revelación hay un texto citado en *Aparecida*, el texto de 1Tim 6, 17 que dice que “Dios nos regala todo para que lo disfrutemos”. Esa pequeña frase es importantísima. Invita a tomar conciencia de que el mundo es un regalo para que nosotros lo disfrutemos, la finalidad, el “para que”, es que lo disfrutemos. Es una afirmación muy clara y es parte de la Revelación que hay que escuchar y vivir. Si leen ustedes el Eclesiastés o el Eclesiástico eso está muy desarrollado.

Recuerden aquel hermoso texto: “Hijo trátate bien con lo que tengas, no te prives de pasarte un buen día, nadie es peor que el que se castiga a sí mismo”. Lean estas palabras en Eclesiástico 14. Vale la pena meditarlo alguna vez: ese contenido es parte de lo que Dios mismo quiso decirnos y, por lo tanto, es una convicción que tenemos que asumir y comunicar. Ser fieles a la voluntad de Dios no es sólo cumplir los mandamientos, sino también vivir con gusto y dignidad. Esto lo recoge *Aparecida* presentando constantemente la invitación a una vida plena, o sea, la oferta de Jesucristo a nuestro pueblo. Es la oferta de una vida mas digna y más plena para todos:

*“La vida en Cristo incluye la alegría de comer juntos, el entusiasmo por progresar, el gusto de trabajar y de aprender, el gozo de servir a quien nos necesite, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios, el placer de una sexualidad vivida según el Evangelio, y todas las cosas que el Padre nos regala como signos de su amor sincero”.*⁴⁴

Debe de ser este el primer texto magisterial que dice que la vida en Cristo incluye el placer sexual. Pero la idea es que esta invitación a la vida se entienda en Cristo y desde Él, o sea, que estas alegrías sean vividas en su presencia. Esto incluye la conciencia de que sin encontrarlo a Él, las dimensiones más profundas de la vida no encuentran satisfacción, luz y sentido. La propuesta recuerda que Dios también invita a más; que Dios te ofrece una vida digna y más plena, que incluye todo lo bueno y legítimo del placer terreno, pero lo trasciende para que realmente el corazón humano encuentre su satisfacción más honda.

Ahora vemos como esto se incorpora en una propuesta misionera:

*“La propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos. Por eso, la doctrina, las normas, las orientaciones éticas, y toda la actividad misionera de la Iglesia, debe dejar transparentar esta atractiva oferta de una vida más digna, en Cristo, para cada hombre y para cada mujer de América Latina y de El Caribe”.*⁴⁵

Aquí tenemos un gran criterio a aplicar en el planteo misionero: que el planteo misionero siempre aparezca como una propuesta de vida mejor, de vida más digna y plena. Propuesta que tiene que marcar todo: Si se enseña algo, que a partir de esa doctrina se pueda ver a Cristo ofreciendo vida. Si se indica una norma que detrás de esa norma se puede reconocer a Cristo ofreciendo una vida mejor, más digna, más plena. Lo que fuere, todo lo que forme parte de la actividad misionera tiene que dejar transparentar esta oferta de vida digna y plena en Cristo.

Ahora, uno se pregunta esta propuesta tan positiva que aparece con muchísimas expresiones diversas a lo larga de todo el documento, esta propuesta positiva ¿permite ejercer un contrapeso ante todos los aspectos degradantes de la postmodernidad, donde el placer se degrada y degrada al sujeto y lo encierra en sí mismo, en una búsqueda desenfrenada de los propios intereses, desinteresado por el otro en la práctica? O sea, propone esto *Aparecida*, pero ¿qué hace con este riesgo de degradación tan serio que afecta incluso a los curas, qué hace con eso?

Lo que hace es partir de esta propuesta positiva, recogiendo esta megatendencia postmoderna, pero mostrando que al interno de una vida digna y plena hay como unas leyes propias de esa vida. Si uno pone en el microscopio una vida plena, y la analiza bien, encuentra ahí dentro dos o tres leyes internas que si no se dan no funciona. Uno puede tener mil cosas, tener aseguradas muchas cosas en la vida, pero si no están realizadas esas leyes profundas, no hay vida digna y plena, no hay forma. Entonces el documento pasa a indicar que una *ley interna de la vida es la comunicación de esa vida*, una ley interna de una vida digna y plena es que esa vida se orienta al otro para buscar la felicidad, el bien y la plenitud del otro: *“La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás. El Evangelio nos ayuda a descubrir que un cuidado enfermizo de la propia vida atenta contra la calidad humana y cristiana de esa misma*

⁴⁴ Apa 356

⁴⁵ Apa 361

*vida. Se vive mucho mejor cuando tenemos libertad interior para darlo todo: 'Quien aprecie su vida terrena, la perderá' (Jn. 12,25). Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión".*⁴⁶

Entonces, se le dice a ese sujeto postmoderno: vos querés vivir con dignidad, querés vivir feliz, querés una vida más plena, bueno, tené en cuenta que esa vida tiene una ley profunda, que tiene que funcionar para que realmente se produzca esa vida en plenitud. Esa ley profunda es esto: la vida se alcanza y madura cuando se la entrega, sino no funciona. Por eso, vive mejor el que tiene libertad interna para dar, para entregarse, para compartir. Vive mejor, con más pasión, con más intensidad, el que se apasiona en este deseo de comunicar vida, el que deja la seguridad cómoda y se entrega a dar, ese vive mucho mejor. Entonces, de este modo, partiendo de una inquietud legítima pero parcial, se va orientando todo el planteo a la comunión misionera.

Después tenemos fuertes afirmaciones en *Aparecida* sobre lo que implica esta opción misionera para la Iglesia. Transforma al sujeto, pero transforma también a la comunidad eclesial, hay una transformación personal pero también una transformación comunitaria. ¿Cómo transforma al sujeto eclesial?:

*"Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe... La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida".*⁴⁷

Es un texto bastante fuerte. En *Aparecida* había muchos obispos que insistían en darle contundencia a las expresiones, sobre todo muchos obispos brasileños, preocupados por la situación eclesial y evangelizadora del Brasil. Pero obispos de muchos países insistían en darle contundencia a esto, y realmente la tiene. Debe haber una decisión misionera que oriente todas las estructuras a esta comunicación de vida a la gente. Todas las instituciones sin excepción -por lo tanto entran los Seminarios- tienen que entrar en un proceso de renovación misionera y ninguna institución se puede excusar de esa renovación misionera que le permita orientarlo todo y entrar con todas sus fuerzas en este proceso misionero. Si hace falta, en este proceso hay que abandonar esas estructuras que traban que distraen, que entretienen, que desgastan energías inútilmente, y que no nos permitan realmente entregar nuestra vida con eficacia para la misión. Y aparece también allí un principio: que la conversión personal, si es verdadera, te hace capaz de someter todo al servicio de la instauración del Reino. O sea, a voltear lo que haga falta, aunque estés acostumbrado a ello, aunque toda la vida hiciste lo mismo. La conversión implica la capacidad de someter todo al servicio de esta instauración del Reino.

Pero el documento presenta otra ley interna de la vida digna. Una vida digna y plena no se realiza sólo en este dinamismo estático donativo misionero porque el ser humano en lo más profundo de su realidad es *recibir*. El ser se recibe como don absolutamente gratuito. Lo mismo digamos de la amistad con Cristo: se recibe, no se compra, no se paga, no se merece, es puro don absolutamente gratuito – esto es dogma de fe –. De manera que, si en lo más íntimo del ser humano y cristiano está el recibir, entonces la receptividad y su desarrollo es otra ley interna de la misma vida digna y plena. Un ser que se cierra a recibir, a dejarse tomar, a dejarse transformar, no vive dignamente. Por esto aparece el otro eje de *Aparecida*: "discípulos", que tiene este profundo sentido. Por eso *Aparecida* insiste en que, para ser rescatados de la conciencia aislada postmoderna, hay que desarrollar profundamente la conciencia de ser constantemente discípulo del Señor, que tiene que volver a aprender de Él cada día, que lo necesita en medio de todo lo que hace, que lo escucha, etc.:

*"Sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar".*⁴⁸

"Discípulos – misioneros" son dos cosas inseparables, son dos caras de la misma medalla, y no es que yo cronológicamente soy primero discípulo para después, dentro de algunos años, quien sabe cuándo, voy a ser misionero, sino que son simultáneos, inseparables absolutamente. No obstante hay que reconocer que cuando una persona ha perdido la ilusión por Jesucristo, cuando ya no está convencido de que Jesús es importante y necesario para su vida, cuando ya no está del todo seguro que lo que más necesitan los demás para realizarse es encontrarlo a Él, cuando no está esa convicción, ¿quién va a ser un misionero fervoroso? Evidentemente es así. Por eso no hay que olvidar ninguno de estos ejes: "vida" como formalidad del anuncio, "misión", y "discípulos". Estos tres ejes de *Aparecida* son

⁴⁶ Apa 360

⁴⁷ Apa 364-365

⁴⁸ Apa 549

verdaderamente renovadores porque invitan a simplificar la vida y la actividad de la Iglesia. Son una invitación a volver a lo esencial.

“Discípulos” te recuerda que sos cristiano por el encuentro con Él, más que por una doctrina o por una ética (afirmación de *Deus Caritas est* que recoge *Aparecida*); entonces, te concentra en la persona de Cristo y evita que te distraigas tanto en lo accesorio o en lo secundario. El eje “misioneros” invita a abandonar las estructuras caducas y a someter todo al servicio del Reino. Simplifica la vida de la Iglesia. Y el eje “vida” somete todo a esta presentación positiva, a esta comunicación de una vida digna y plena para la gente. También simplifica la propuesta evangélica, de manera que si uno realmente asume estos ejes y los aplica en la vida y en la pastoral, está volviendo a lo esencial.

Se puede agregar como un cuarto eje que es “nuestros pueblos”, que tiene el sentido de evitar planteos individualistas. Nos ayuda a tomar en cuenta la cultura y a recordar la invitación de evangelizar no sólo los individuos, sino las culturas. Nos ayuda también a recoger la íntima unión que tiene que haber entre anuncio y promoción social. El eje “nuestros pueblos”, que se desarrolla sobre todo en el capítulo diez de *Aparecida*, ayuda a evitar reduccionismos individualistas en el planteo evangelizador.

Hay también en *Aparecida* algunos *acentos pastorales prácticos* que acompañan estos grandes ejes, que son estos seis. Son cuestiones que uno advierte que realmente le interesaban a la mayoría. Ya desde el comienzo de la Vª Conferencia, cuando hablaron los presidentes de las Conferencias Episcopales, varios nos tomamos el trabajo de ver en qué insiste la mayoría o cuáles son los puntos más insistidos por todos los presidentes de Conferencias. Y allí ya aparecían estos seis temas. Son los siguientes:

- En primer lugar, con mucha fuerza, “concretar la *animación bíblica* de toda la pastoral”, de manera que esta nueva etapa misionera que se propone tiene que ser con la Biblia en la mano, tiene que ser con una preocupación por la animación bíblica constante, de manera que no sea un grupito bíblico en la parroquia o una pastoral bíblica como un sector más, sino toda la pastoral y cualquier área de la pastoral con una fuerte presencia de la animación bíblica.
- Segundo acento: llevar a todos a la *participación de la Eucaristía dominical*. Por supuesto que se habló de que esto en concreto es muy difícil. Si todos quisieran ir a Misa no tenemos curas para celebrar, hay muchos lugares sin cura, no tanto en nuestro país, sino en otros donde es un tema grave y serio. No obstante se dice que, más allá de los condicionamientos históricos, no se puede olvidar el llamado de Dios a la plenitud eucarística. Entonces se explicita este deseo constante de que todos lleguen a la plenitud de la celebración dominical de la Eucaristía.
- Tercero, como cosa práctica, se propone empeñarse en la *renovación concreta de las estructuras para que sean más misioneras*.
- También, reafirmar la *opción preferencial por los pobres* que, en *Aparecida*, se explicita como “transversal” a toda la pastoral. Puede haber, supongamos, tres prioridades: familia, jóvenes, lo que vos quieras; pero esas prioridades tienen que estar atravesadas por la opción por los pobres. Si es familia, son las familias más pobres. Si es jóvenes, privilegiá los más pobres. Una opción transversal. Y el otro acento de *Aparecida* en este tema es que esta opción sea real, no ideológica, ni meramente afectiva, sino dedicar tiempo a los pobres, ir a la periferia, dedicar fuerzas eclesiales a estar realmente cerca de los pobres, abandonar el mero discurso intelectual o la opción meramente afectiva y decidirse a ir, a estar al lado, a hacerse amigos.
- Después crecer en un *estilo de cercanía cordial*. Esto es otra cosa que le da un tono positivo a todo el documento porque aparece constantemente el modelo de Jesús que se acercaba al ciego del camino, que dialogaba con la samaritana, etc. Muchas veces aparecen estas pinceladas evangélicas que son actitudes de Jesús de estar cerca y, por lo tanto, se invita a la Iglesia a la imitación del maestro en este estilo cercano al pueblo.
- Y finalmente *estimular el compromiso en la vida pública*. ¿Por qué? Porque como vamos a ver en seguida, la misión implica el evangelizar los nuevos areópagos de la vida pública, sectores donde el anuncio todavía no ha marcado, no ha transformado, no ha iluminado. Entonces la misión no puede ser sólo ir casa por casa, sino que tiene que implicar ir también a la vida pública, meterse en las estructuras de la sociedad. Por eso hay que estimular el compromiso de los cristianos en la vida pública, formándolos en la Doctrina Social de la Iglesia.

Todo esto tiene que siempre estar marcado por esas estructuras internas de la vida digna y plena que hemos mencionado.

Ahora nosotros, que en nuestros Seminarios formamos para párrocos, que somos curas diocesanos y preparamos párrocos, nos preguntamos: ¿Cómo podemos nosotros asumir esto? ¿Realmente nos toca también a nosotros o podemos prescindir de esta interpelación porque tenemos nuestros propios proyectos? No hay dudas que el dinamismo misionero, que debe transfigurar todas las estructuras, todas las opciones, todas las tareas, y de que también invita a repensar el

perfil del sacerdote actual, de manera que su identidad y su formación se orienten efectivamente a la misión permanente. Pero esta invitación parece contradecir el profundo arraigo en un lugar que caracteriza al sacerdote diocesano. Los catequistas podrían objetar que ellos están llamados a hacer crecer la fe, y no al anuncio misionero. Excusas razonables no faltan. Más allá de estas excusas razonables, no es raro que de hecho la misión nos interese poco. Cabe reconocer que en el siglo XX disminuyó notablemente la actividad misionera de muchas congregaciones religiosas, que se localizaron, dedicándose a atender centros educativos o a colaborar en parroquias. El desencanto postmoderno, la caída de las utopías y el desarrollo de un subjetivismo individualista y cómodo agravan aún más la caída del ardor misionero. Esto ayuda a percibir cuán oportuna fue la encíclica *Redemptoris Missio*⁴⁹. La reflexión de Juan Pablo II nos invitó a reconocer que “es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio” a los que están alejados de Cristo, “porque esa es la *tarea primordial* de la Iglesia” (RMi 34) y “la actividad misionera representa, también hoy día, el *mayor desafío* para la Iglesia” (RMi 40). Nos guste o no, nos apasione o nos deje indiferentes, “para el creyente en singular, lo mismo que para toda la Iglesia, **la causa misionera debe ser la primera**” (RMi 86).

Ante expresiones tan contundentes no podemos permanecer indiferentes, y un sentido eclesial responsable nos exige, al menos, que nos preguntemos de qué manera concreta estamos dispuestos a responder a tal interpelación. Para salir al paso a posibles excusas, Juan Pablo II indicó que el contexto cultural actual, lleno de novedosos e impresionantes desafíos, no debería ser visto como una amenaza sino como una oportunidad de renovar un dinamismo misionero apagado y débil: “En la historia de la humanidad son numerosos los cambios periódicos que favorecen el dinamismo misionero. La Iglesia, guiada por el Espíritu, ha respondido siempre a ellos con generosidad y previsión” (RMi 30). También afirmó que “el balance de la actividad misionera en los tiempos modernos es ciertamente positivo” (RMi 40). Las Iglesias locales fundadas en América, Asia y África deben su existencia a una labor misionera ardua y perseverante. La pregunta es qué estamos preparando nosotros en esta época postmoderna, qué legado dejaremos a las siguientes generaciones. Podemos ceder al fatalismo o podemos reconocer en los nuevos desafíos verdaderas posibilidades que estimulen un nuevo ardor evangelizador:

“Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos. Veo amanecer una nueva época misionera, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos si todos los cristianos, y en particular los misioneros y las jóvenes iglesias, responden con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo” (RMi 92).

Por eso, “ha llegado el momento de dedicar **todas** las fuerzas eclesiales a la nueva evangelización y a la misión **ad gentes**” (RMi 3). Hoy hace falta pasar a la acción, porque se nos plantea la “urgencia” de la actividad misionera (RMi 1). Podemos optar, como hicieron otros cristianos en épocas tan difíciles como la nuestra, por entregarnos con arrojo confiado en un anuncio lleno de fascinación, o podemos entretenernos en el diagnóstico inerte e ineficaz, el lamento cómodo y pusilánime, el apático y gris pragmatismo lleno de excusas egoístas. Pero hubo que esperar hasta *Aparecida* para que el desafío misionero lanzado por Juan Pablo II y renovado por Benedicto XVI fuera debidamente acogido en América Latina. Esta exhortación cae muy bien a las personas dedicadas a las misiones, pero los sacerdotes diocesanos en general tenemos una serie de prejuicios en lo que respecta a la misión. Cuando se acerca gente que invita con fervor a la misión, nos parece leer en su modo de plantear las cosas una falta de comprensión de nuestro carisma propio tan local, tan arraigado en un territorio, tan establemente encarnado en un lugar y en un pueblo que es nuestro hasta la muerte. Por eso, se vuelve necesario clarificar el sentido completo y exacto de la convocatoria misionera, de manera que pueda ser asumida por todos y cada uno desde su vocación específica, sobre todo, si tomamos conciencia e intentamos asumir que no se trata de un área secundaria de la pastoral de la Iglesia, o de un aspecto más al lado de tantos otros. Este momento histórico, también en América Latina, es una invitación a devolver a nuestras comunidades su calidad misionera constitutiva y esencial:

“Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe. La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida” (Apa 365-366).

No se puede negar que hay una fuerte interpelación al respecto, pero cuando el Espíritu quiere producir una renovación en la Iglesia, el miedo y la comodidad siempre llevan a oponer resistencias, incluso teológicas. Por ejemplo, cuando englobamos dentro de la expresión “misión” toda la actividad pastoral de la Iglesia, hasta el punto que entendemos que

⁴⁹ Cf. P. Thion, “Retour aux missions? Une lecture de l’encyclique *Redemptoris Missio*”, en *Nouvelle Revue Théologique* 114 (1992), 69-86.

el simple cumplimiento de nuestras tareas ordinarias ya es nuestra respuesta al llamado misionero y nuestra participación en la tarea misionera de la Iglesia. La *Redemptoris Missio* también salió al paso de este planteo simplista. Explicó que la misión *ad gentes*, a la cual estamos llamados todos, sin excepción, es diferente de la atención pastoral ordinaria. Se dirige a “pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras” (RMi 33).

En América Latina, la misión asume características peculiares cuando se dirige a personas que ya no se consideran católicas y han ido debilitando su identidad cristiana hasta prescindir de Jesucristo en sus vidas, aunque vivan en lugares caracterizados por una cultura de raíz católica. Se trata de la llamada “reevangelización” o “nueva evangelización”. *Redemptoris Missio* la describe como un primer anuncio que se dirige a personas que, viviendo en lugares de tradición católica, ya “no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio” (RMi 33). Este fenómeno se explica por las características del mundo actual donde muchas veces los padres bautizados ya no dedican tiempo a sus hijos, no les transmiten la fe católica, y llevados por la vorágine de la vida postmoderna, ni siquiera llevan a sus hijos a bautizar. En esas familias están los típicos destinatarios de una nueva evangelización, que se ve facilitada porque en general no se sitúa en el contexto de un rechazo explícito o de una ignorancia total de la propuesta cristiana, pero que puede estar condicionada por una situación de indiferencia, de desinterés, o incluso de prejuicios negativos generados por los medios de comunicación. Pero la situación de los hijos de estas familias, que ya ni siquiera fueron bautizados, comienza a integrar el campo de la misión “*ad gentes*” en sentido estricto.

Estas distinciones, aunque necesarias, son insuficientes para entender el sentido de la misión en América Latina y el Caribe. En efecto, si la reevangelización o nueva evangelización se dirige a personas que ya no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio, esto no puede decirse estrictamente de la mayor parte de los latinoamericanos. Esta modalidad de la misión es fácilmente aplicable a varias regiones de Europa, pero no tanto a la mayoría de los pobladores de América latina, quienes siguen reconociéndose como miembros de la Iglesia Católica, y, a su modo, llevan una existencia íntimamente conectada con Cristo y con su Evangelio. Sin embargo, tampoco se les aplica fácilmente la categoría de “atención pastoral ordinaria”, puesto que la mayoría de ellos no asiste a la Misa dominical y no integra grupos o instituciones de parroquias o movimientos católicos, de manera que las estructuras ordinarias de la Iglesia no llegan a ellos.

En *Aparecida* encontramos una valoración de la piedad popular más positiva que en cualquier otro documento del magisterio universal e incluso latinoamericano. No contiene las advertencias y reparos que aparecían incluso en *Puebla*. Sólo indica los límites de la piedad popular invitando a promover su crecimiento en una mayor inserción eclesial de los fieles que se realice particularmente en la participación frecuente en la Eucaristía dominical, y también “*un contacto más directo con la Biblia*” (Apa 262). Esta invitación no tiene un sentido dialéctico, sino que propone un crecimiento a partir de la riqueza peculiar que identifica a la misma piedad popular. Por esto, hay que evitar el error frecuente de equiparar la predicación en estos sectores populares con la predicación en lugares no cristianos. Hoy los teólogos enseñan, de modo casi unánime, que no sólo es posible la salvación de los paganos, sino que la gracia del Espíritu puede actuar por otros caminos en los corazones de miles de millones de personas que no creen en Jesucristo.⁵⁰ Para estas personas no hay otro plan de salvación, sino que se asocian misteriosamente a la Pascua de Jesucristo (cf. GS 22). Viven de Cristo de modo real, aunque implícito. ¿Eso mismo se dice con respecto a los fieles penetrados por la piedad popular católica? ¿Decimos que la misión tiene sentido para que expliciten algo que ellos están viviendo *implícitamente*? Por supuesto que no.

Para comprender mejor lo que estamos diciendo consideremos brevemente un valioso documento de la Comisión Teológica Internacional, *El Cristianismo y las Religiones*.⁵¹ El documento indica que la llamada “novedad cristiana” es ante todo la vida nueva que se hace nuestra por la acción del Espíritu, porque “*también la letra del Evangelio mataría si no tuviera la gracia interior...*” (ST I-II, 106, 2). Esta vida nueva del Espíritu es universal, puesto que la gracia del Espíritu Santo actúa también en los no cristianos, que se unen al Misterio Pascual “*por caminos que Dios conoce*” (GS 22), de modo que también ellos pueden estar “*justificados por la gracia de Dios*” (II.4; 72). Por consiguiente, se afirma la posibilidad de que los paganos vivan en la gracia santificante, en la amistad con Dios, con todo lo que ello implica de realidad salvífica inherente al ser del hombre, aún cuando no hayan recibido el Bautismo ni pertenezcan a la Iglesia visible. Esto no implica una actividad universal del Espíritu desligada de Jesucristo (II.3; 53), ya que la acción del Espíritu siempre se orienta al Verbo encarnado. Por eso mismo no podemos renunciar al anuncio explícito de Cristo, mostrando la

⁵⁰ Después de RMi 55, lo ha reafirmado la Congregación para la Doctrina de la Fe en su *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, 03/12/2007, 7: “Los no cristianos pueden salvarse mediante la gracia que Dios da a través de caminos que Él sabe”.

⁵¹ Comisión Teológica Internacional, *El Cristianismo y las Religiones*, publicado en *Gregorianum* 79/3 (1998), 427-472.

inaudita cercanía de Dios que se ha realizado en la Encarnación. Precisamente cuando afirmaba que los seguidores de otras Religiones pueden recibir la gracia, Juan Pablo II invitaba a dialogar con ellos *“con la convicción de que la Iglesia es el camino ordinario de salvación y que sólo ella posee la plenitud de los medios de salvación”* (RMI 55c). La plenitud que se alcanza en la adhesión a Cristo y a su Iglesia no es sólo una explicitación intelectual de lo que ya se tiene, porque *“no significa solamente una tematización de la trascendencia, sino la mayor **realización** de la misma”* (CTI I, 6; 24). El Espíritu no sólo obra el paso del estado de pecado a la vida en gracia, sino que derrama en la Iglesia Católica plenitud de posibilidades de conocimiento, de contemplación, de celebración, de comunión, de discernimiento, de testimonios explícitos y de riqueza de dones, en orden a que la vida en gracia no sea sólo un germen que basta para salvarse, sino que alcance su pleno y totalizante desarrollo en la existencia del hombre. El contexto de la Iglesia Católica no sólo permite un conocimiento explícito de Cristo, ausente en los no cristianos, sino una plenitud de medios en orden al *crecimiento* de todos los aspectos de la vida en gracia, y no sólo del aspecto cognoscitivo. Es decir, la gracia puede alcanzar en la Iglesia su máxima y más perfecta “expresión”, puede explayarse con su mayor riqueza.

La experiencia sacramental es una dimensión de la gracia que responde a la realidad sensible del ser humano y prolonga el misterio de la Encarnación. Pero precisamente eso, tan pobre en la experiencia de gracia que puede vivir un no cristiano, es lo que está presente de un modo abrumador en la piedad popular. Allí no podemos decir, como afirmamos de las Religiones, que puede estar presente la acción invisible de la gracia pero que falta su manifestación y realización externa, sensible, explícita. Al contrario, si algo se destaca en la piedad popular es la manifestación sensible y sacramental de la fe expresamente católica. Es *“una espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no por eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera”* (Apa 263). Caminar de rodillas hacia el crucificado y besar una cruz con lágrimas en los ojos no es implícitamente cristiano, sino explícitamente católico. En la mirada amorosa y confiada a una imagen de la Virgen no hay un cristianismo implícito, sino explícitamente católico, porque en esa imagen el corazón creyente lee el Evangelio y ante ella expresa su confianza cristiana. Es más, cuando la mayoría de los fieles de nuestros países llevan a sus hijos a bautizar, están manifestando su clara inserción en la Iglesia Católica y el reconocimiento creyente de los medios sacramentales de salvación presentes en ella. La piedad popular *“es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda”* (Apa 264). Su fuerza sacramental es tan intensa que ha llegado a trasfigurar las culturas de nuestros pueblos, cosa que evidentemente no sucede en las poblaciones no cristianas. La piedad popular es un cristianismo *“profundamente inculturado, que contiene la dimensión más valiosa de la cultura latinoamericana”* (Apa 258). Entonces, la evangelización de la piedad popular sólo procura un desarrollo de algo que ya es propia y explícitamente cristiano según su modo cultural propio. Aparecida se expresa con mucha precisión al respecto:

“Cuando afirmamos que hay que evangelizarla o purificarla, no queremos decir que esté privada de riqueza evangélica. Simplemente, deseamos que todos los miembros del pueblo fiel, reconociendo el testimonio de María y también de los santos, traten de imitarles cada día más. Así procurarán un contacto más directo con la Biblia y una mayor participación en los sacramentos, llegarán a disfrutar de la celebración dominical de la Eucaristía, y vivirán mejor todavía el servicio del amor solidario. Por este camino, se podrá aprovechar todavía más el rico potencial de santidad y de justicia social que encierra la mística popular” (Apa 262).

Desde esta perspectiva, que no niega la presencia de la Vida sino que reconoce el llamado del Espíritu a la plenitud, el Episcopado argentino, en sus líneas pastorales de 2003, presentó una de las acciones destacadas como *“acompañar a todos los bautizados hacia el **pleno** encuentro con Jesucristo”* (NMA 90-92). Es la misma perspectiva presente en *Aparecida*, que presenta la misión como ofrecimiento de una vida *plena*. En este sentido, ya decía hace varias décadas Henri de Lubac que *“las misiones no son tanto una cuestión de vida o muerte sino de plenitud de vida”*,⁵² aunque él se refería a la presencia de la vida del Espíritu en los no cristianos, y nosotros nos referimos a esa vida en Cristo, llena de hermosura sacramental, que reclama aún más su plenitud eucarística y eclesial.

La misión en su modalidad de pastoral popular

Por todo lo dicho, la misión dirigida a las multitudes que viven su fe católica según el modo propio de la piedad popular, no se orienta entonces a explicitar mejor una acción invisible de la gracia, sino a llevar a plenitud una *“manera legítima de vivir la fe”* (Apa 264) específica y expresamente cristiana y católica. *Aparecida* llega a hablar de una verdadera “mística” popular (Apa 262), una “expresión de sabiduría sobrenatural” y verdadera “espiritualidad cristiana” (Apa 263). Sin

⁵² H. De Lubac, *Le fondement théologique des missions*, Paris, du Seuil, 1946, 37.

embargo, invita a llevar esa piedad a una experiencia más plena todavía en un contacto más directo con las Escrituras y en la participación de la Eucaristía. Reconozcamos que esa plenitud debería resultarnos imperiosa si tenemos un corazón realmente misionero, ya que se trata nada menos que de propiciar la participación en la celebración comunitaria de la Eucaristía desarrollando así una más plena inserción eclesial. Nadie puede negar que, si la acción secreta de la gracia en un pagano reclama la plenitud eucarística, con mayor razón hay que decirlo de fieles católicos que viven su fe con profunda devoción. Sin pretender culparlos a ellos de semejante contradicción, la actividad evangelizadora de la Iglesia debería ocuparse de eliminar los condicionamientos de todo tipo que impiden que la vida de la gracia presente y manifiesta en millones de fieles católicos pueda lograr esa plenitud eucarística a la que tiende por su propia naturaleza, como las copas de los árboles buscan incesantemente la luz del sol y como las raíces reclaman sedientas la humedad de la tierra profunda. Si es propio de la Iglesia Católica poseer y ofrecer una “plenitud” de medios de salvación, por lo cual a ella se orienta la vida de la gracia presente en los no cristianos, entonces se vuelve evidente que a esa plenitud son invitados particularmente quienes se reconocen católicos.

Con respecto a la Biblia podríamos decir algo semejante. Sin embargo, conviene hacer una salvedad, ya que la Palabra revelada llega a los fieles católicos de diversas maneras, y no exclusivamente a través del texto impreso en papel. El pueblo ha encontrado y lee también hoy el mensaje de la Biblia en las imágenes, los pesebres, las pinturas, las canciones, y en tantos espacios y expresiones que dicen el contenido revelado con otro lenguaje. No está determinado que esa luz de la Revelación deba llegar sólo por el contacto de los ojos con un papel escrito. De hecho durante siglos, en tiempos y lugares donde la mayoría de la población no sabía leer, el Evangelio llegó a ellos por esos caminos más “sacramentales”. De todos modos, cuando *Aparecida* propone procurar que la piedad popular se enriquezca en “un mayor contacto con la Biblia”, sin pretender negar algo tan evidente sólo quiere ofrecer al pueblo el gozo y la fecundidad que hoy encuentran cada vez más cristianos en la lectura orante de la Biblia. Este contacto más cercano sin dudas es una riqueza deseable para todos, en orden a la maduración y el crecimiento de la fe y de la vida cristiana.

Pero tampoco podemos aplicar tan claramente a esta multitud de fieles lo que la RMI llama “pastoral ordinaria”, puesto que no se trata de los servicios que ordinariamente se brindan a los fieles que asisten con frecuencia a los centros católicos: confesión, acompañamiento espiritual, charlas, cursos de formación, predicación dominical, etc. La actividad misionera dirigida a los fieles de la piedad popular, que procura el crecimiento de su fe católica, toma otra forma completamente diferente que suele llamarse “pastoral popular”, y que tiene algunas características que la asemejan a la actividad misionera en un sentido más propio: ir a dónde ellos viven, hacer un peculiar esfuerzo de adaptación a su modo cultural, etc. Es decir, el movimiento de “salir de las estructuras pastorales ordinarias” para llegar a las periferias pobres se parece a la misión “*ad gentes*” en cuanto al modo, pero no en cuanto a la finalidad: No se trata de procurar una conversión a Jesucristo sino de acompañar, alentar y promover una fe católica viva, de manera que pueda seguir desarrollándose en el seno de la Iglesia Católica.

Hay que decir con toda claridad que la falta de atención, y a veces el desprecio de la piedad popular, no hacen más que propiciar que siga creciendo cada vez más ese sector que ya no se reconoce católico, sea para engrosar otras confesiones cristianas o, lo que es en realidad mucho más preocupante, para integrar el sector que más crece: el de los indiferentes y renegados. Salta a la vista, y no hay manera de negarlo, que la fe popular hoy no se retroalimenta de modo mágico e infalible. En América latina hay países de mayoría católica donde hoy los que se reconocen católicos son menos del 50%. Si es admirable que en países como Brasil la fe católica se haya transmitido de modo espontáneo durante cinco siglos, en lugares donde sólo aparecía un sacerdote cada veinte años o más, hoy está sucediendo que esa transmisión de la fe experimenta importantes condicionamientos, y ya hay más de un 35% que reniega del Catolicismo. Por eso el Documento de *Aparecida* reconoce con realismo que “*nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado. Ello afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa, que resulta ahora igualmente difícil de transmitir a través de la educación y de la belleza de las expresiones culturales*” (Apa 39). Hay que reaccionar a tiempo ante esta novedad, porque “*muchas veces, los lenguajes utilizados parecieran no tener en cuenta la mutación de los códigos existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por la postmodernidad y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural. Los cambios culturales dificultan la transmisión de la fe por parte de la familia y de la sociedad*” (Apa 100d). Eso significa que, en un contexto donde el peso de los medios de comunicación como formadores de cultura es enorme, y donde el estilo de vida no facilita como en otras épocas la transmisión de la fe, la fe popular necesita un acompañamiento más cercano. Sería ingenuo y suicida ignorar estos cambios del sujeto social y las nuevas necesidades de las personas, que si no encuentran lo que buscan en estructuras católicas lo buscarán en otra parte. Por consiguiente, hoy la fe popular requiere una atención que propicie caminos de maduración, crecimiento y afianzamiento. Pero siempre habrá que hacerlo a partir de una profunda valoración de su identidad cultural propia.

Un especialista en el tema, el Pbro. Rafael Tello, invitaba a establecer una distinción adecuada para respetar la modalidad propia de la pastoral popular. No es la tarea organizativa, donde la Iglesia se despliega con los recursos modernos, con todo su instrumental orientado a la formación de los fieles. A través de esta línea, valiosa, se llega sólo a un sector muy reducido de la población; sólo a un 5 % si incluimos aquí a todos los que asisten frecuentemente a la Misa dominical. Con la intención de no llegar sólo a un pequeño grupo, sino a la mayoría, hay una segunda línea que consiste en brindar vías de expresión al catolicismo popular, que implica a la mayoría de la población. Se trata aquí de la institución eclesial que, desde sus estructuras, llega al pueblo ofreciéndole espiritualidad, formas de culto, cercanía fraterna, una ayuda material, etc. Aquí se incluyen, por ejemplo, los actos masivos festivos, la organización de peregrinaciones, las misioneras parroquiales que llegan a todos los hogares, siempre desde la iniciativa de las estructuras eclesísticas. Pero hay una tercera línea, poco desarrollada, que es la que más propiamente puede llamarse “pastoral popular”, y que no debe confundirse con la anterior, aunque también brinda vías de expresión al masivo catolicismo popular. La clave para distinguirla está en precisar quién es el *sujeto* que evangeliza, y si el pueblo se presenta sólo como receptor que acoge o también como sujeto creativo. Se trata de “preparar **los cuadros del mismo pueblo** para animar y fortalecer la evangelización activa del pueblo”.⁵³ La pastoral popular trabaja desde un “cuadro popular, formado por gente del pueblo que, aun siendo católica, **no actúa como miembro de la Iglesia institucional**. Estos pueden actuar para lograr un objetivo puramente temporal (con un espíritu cristiano) o para un fin religioso (llevar la Virgen, organizar una fiesta religiosa) sin que por ello dejen de ser cuadro popular”.⁵⁴ Se trata, entonces, de aceptar y promover el surgimiento de líderes populares como agentes evangelizadores, respetando su modalidad propia y sus necesidades específicas. Si no se asume la necesidad de acompañar la piedad popular en esa forma específica de evangelización que llamamos “pastoral popular”, seguiremos favoreciendo que se debilite la fe de multitudes de pobres o que abandonen la Iglesia Católica: “Conscientes de nuestra responsabilidad por los bautizados que han dejado esa gracia de participación en el misterio pascual y de incorporación en el Cuerpo de Cristo bajo una capa de indiferencia y olvido, se necesita cuidar el tesoro de la religiosidad popular de nuestros pueblos, para que resplandezca cada vez más en ella ‘la perla preciosa’ que es Jesucristo, y sea siempre nuevamente evangelizada” (Apa 549)

Misión ad gentes y nueva inculturación dentro de América Latina

Esto no excluye la necesidad de esa otra manera de direccionar la actividad misionera que llamamos “reevangelización” o “nueva evangelización”, puesto que en América Latina también hay sectores, especialmente en las grandes ciudades, que ya no viven de modo explícito la fe católica, que están cada vez más lejos de alguna inserción eclesial, y, sobre todo, que ya no se reconocen como cristianos. Estos sectores están creciendo cada vez más, y reclaman de modo imperioso una nueva actividad misionera, un nuevo anuncio explícito de Jesucristo. No cabe aplicar esta noción de “reevangelización” sólo a los países europeos. Juan Pablo II utilizó por primera vez la expresión en 1979 en Puerto Príncipe (Haití) en su alocución a los obispos de América Latina. Pero aún en los países de antigua cristiandad, incluyendo los de nuestro Continente, hay situaciones que reclaman no sólo una nueva evangelización sino “*en algunos casos una primera evangelización*” (RMi 37a). Hay que advertir que misión *ad gentes* y nueva evangelización son cosas “sustancialmente distintas” (RMi 37a), aunque no siempre se las pueda delimitar con precisión (Ibíd.). Los destinatarios de la misión *ad gentes* son espacios nuevos, que todavía no han acogido el primer anuncio y que se gestaron y desarrollan sin la luz del Evangelio. Ya AG 6 se refería al surgimiento de “*situaciones por completo nuevas*” con las que se encuentra la Iglesia, y que “*requieren de nuevo su acción misionera*”; tienen derecho a recibir el anuncio del Evangelio (cf. RMi 47).

No podemos ignorar que en nuestros países está creciendo ese sector de la población caracterizado por el agnosticismo y por el escepticismo, y ya hay jóvenes y adultos que han nacido y crecido en esos ambientes. Por eso, “*incluso en países tradicionalmente cristianos hay regiones confiadas al régimen especial de la misión **ad gentes**, grupos y áreas no evangelizadas*” (RMi 37a). No se trata necesariamente de sectores geográficos sino de nuevos areópagos para el primer anuncio, sectores que desarrollan su vida y su actividad prescindiendo completamente de Jesucristo y del Evangelio. A ellos se refiere RMi 39 – 40, mencionando como ejemplos ámbitos de la comunicación, la ecología, la cultura. Aquí entramos en la misión “*ad gentes*” en su sentido más estricto.

Es precisamente el anuncio en esos nuevos contextos lo que puede brindar una novedosa riqueza a la Iglesia, un rostro nuevo y más atractivo que viene del mismo fondo inagotable del Evangelio. Porque cuando su anuncio es acogido en una nueva situación “*la misma Iglesia universal se enriquece con expresiones y valores en los diferentes sectores de la vida cristiana [...], conoce y expresa aún mejor el misterio de Cristo, a la vez que es alentada a una continua renovación*” (RMi 52). Porque “*además de su valor antropológico implícito, todo encuentro con una persona o con una cultura concreta*

⁵³ Apuntes inéditos de Rafael Tello, en mi poder, titulados “Nueva Evangelización”, Págs. 62-63.

⁵⁴ *Ibid.*, anexo I, pág. 47

puede desvelar potencialidades del Evangelio poco explicitadas precedentemente”⁵⁵. Pero en definitiva la Iglesia se enriquece y renueva porque al llevar el anuncio a quienes no lo habían recibido ella acoge en su seno la belleza y los bienes que hay en ellos. Este aspecto de la inculturación es una “encarnación del Evangelio” en las culturas y, a la vez, “la introducción de éstas en la vida de la Iglesia” (SA 21). Este aspecto “receptivo” del intercambio que se produce en la inculturación⁵⁶, podría llamarse, a mi juicio, “introculturación”, ya que la sola expresión “inculturación” connota primariamente el dinamismo centrífugo de inserción en una cultura⁵⁷.

El anuncio en los nuevos areópagos del mundo moderno y en los sectores no evangelizados de nuestras sociedades es entonces lo que permitiría a la Iglesia de hoy acoger una nueva riqueza y dar lugar a la renovación de su rostro que el Espíritu quiere realizar. América Latina, que enriqueció a la Iglesia universal a partir de la primera evangelización del Continente, está hoy en una encrucijada que será decisiva. O acoge el nuevo llamado misionero que le otorgará un nuevo atractivo a su rostro eclesial, o se irá reduciendo y empobreciendo paulatinamente. Aún para un sacerdote diocesano, como para cualquier otro cristiano, y por el simple hecho de seguir siendo cristiano, las personas que viven al margen de Jesucristo, lo desconocen, y no se reconocen miembros de la Iglesia Católica son los destinatarios privilegiados de su actividad evangelizadora:

“Todos los sacerdotes deben estar abiertos “sobre todo a los grupos no cristianos del propio ambiente” (PDV 32b).

“El Señor les confía no sólo el cuidado pastoral de la comunidad cristiana, sino también y sobre todo la evangelización de sus compatriotas que no forman parte de su grey” (RMI 67).

En este sentido, cualquier párroco debe asumir, como tarea fundamental, tan esencial e ineludible como el amor a Dios y al prójimo, la misión *ad gentes* en su propio territorio (*ad intra*), con lo cual recupera la dimensión estrictamente misionera, inseparable de su identidad cristiana, sin necesidad de salir de su propia diócesis. Porque “no pueden ser misioneros de otros países o continentes, si antes no se preocupan seriamente de los no cristianos en su propia casa. La misión *ad intra* es signo creíble de la misión *ad extra*” (RMI 34). Es indispensable advertir que la encíclica no se refiere aquí a la llamada “pastoral ordinaria” en el propio territorio, sino a la misión *ad gentes* en dicho territorio. *Aparecida* asume este llamado diciendo que “no podemos quedarnos en espera pasiva en nuestros templos” (Apa 548). Benedicto XVI, cuando abrió la Vª Conferencia, reafirmó esta comprensión de la misión *ad gentes* diciendo que “el campo de la misión *ad gentes* se ha ampliado notablemente y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas o jurídicas. En efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del Pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones”.⁵⁸

De cualquier manera, la firme recepción de *Redemptoris Missio* por parte de *Aparecida*, invita a desarrollar un perfil sacerdotal mucho menos encerrado en las estructuras eclesiales y mucho más capaz de salir, de acercarse, de entrar en la vida de las periferias geográficas y existenciales de su propio territorio. Esta nueva comprensión del llamado a la misión “ad gentes” dirigido a todos no es algo menos exigente, sino un verdadero reto que conmueve todas las estructuras personales y pastorales:

“La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera [...] haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera” (Apa 370).

Pero precisamente porque supone una conversión, requiere que el propio ser cristiano se mantenga vivo y sano. Si el sacerdote no tiene la convicción real de que conocer a Cristo y tratarlo vale la pena, si no sigue siendo verdaderamente importante para él, no habrá un interés sincero por llevar a otros a ese encuentro de amistad. Por eso se comprende claramente que *Aparecida* haya colocado al lado de la identidad misionera, de modo inseparable, la identidad discipular.

La dimensión discipular de la propuesta

Las modificaciones estructurales de la Iglesia para que responda mejor a su naturaleza misionera serán infecundas si no se alimenta un determinado espíritu. Es verdad que esto implica desarrollar y difundir las motivaciones más profundas que estimulen la entrega misionera. Pero, detrás de todas estas motivaciones, si se quiere otorgar seriamente el lugar que corresponde al anuncio explícito de Jesucristo, hay que reconocer la necesidad de fortalecer siempre la identidad discipular de cada creyente. Aunque yo mismo tenía ciertos reparos ante un acento exagerado en el discipulado, ahora reconozco la necesidad de entender el auténtico e indispensable aporte de este acento. Concebirse a sí mismo como

⁵⁵ Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización* (cit), 6.

⁵⁶ Cf. Y. Congar, *Le rôle de l'Église dans le monde de ce temps*, Paris 1967, 325.

⁵⁷ Cf. E. Penoukou, *Inculturation*, en J.-Y. LACOSTE, *Dictionnaire critique de théologie*, Paris 1998, 565-568.

⁵⁸ Benedicto XVI, Discurso Inaugural, 05/05/2007.

discípulo es condición necesaria para ser auténtica y establemente misioneros, porque *“cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro”* (Apa 145). Esto, en definitiva, responde a nuestra realidad profunda de ser criaturas, que no hemos comprado la vida sino que la recibimos gratuitamente, y que en nuestro núcleo más profundo sólo podemos “recibir”. Lo mismo decimos de la amistad con Jesucristo, que no puede ser merecida ni pagada, sino sólo acogida como don. Por eso *Aparecida* insiste en presentar la identidad del cristiano como “discipulado”. Es cierto que abundan las referencias a la “filiación”, que se hace posible por nuestra asociación a Jesucristo (cf. Apa 17, 101, 107, 132-133, 241, 480). Pero el “discipulado”, que aparece mencionado 265 veces, es un quicio que otorga a todo el Documento su matriz cristológica-trinitaria. Su valor en lo que respecta al tema central de la vida es que, mientras la misión destaca su dimensión centrífuga-donativa, el discipulado permite percibir su dimensión receptiva. Por eso se dice que el *“amor vivificador de Dios que se nos ofrece en Cristo muerto y resucitado”* es *“lo primero que necesitamos anunciar y también escuchar”* (Apa 348) y que *“sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera”* (Apa 549). El Papa había subrayado esta dimensión al decir que la Iglesia es *“misionera en cuanto discípula, es decir, capaz de dejarse atraer siempre, con renovado asombro, por Dios que nos amó y nos ama primero”*.⁵⁹

La bella alabanza a Dios por la vida (Apa 106 – 113) expresa esta actitud receptiva, reconociendo todo como “don” de Dios que acogemos agradecidos. En estos pocos párrafos la expresión “don/es” aparece 7 veces. Por supuesto, a partir de esta actitud receptiva ante el amor de Dios, se desencadena un nuevo dinamismo de cooperación en el cual el discipulado involucra todas las aptitudes y la creatividad activa del ser humano, pero también detrás de ese proceso hay que reconocer un don: *“La propia vocación, la propia libertad y la propia originalidad son dones de Dios para la plenitud y el servicio del mundo”* (Apa 111). El origen y el núcleo permanente del discipulado es una serena y feliz receptividad ante el amor de Dios.⁶⁰

Esta experiencia receptiva, que se manifiesta tan hermosamente en todos los santos, es independiente de la sexualidad y del temperamento. Dios se vale de ese aspecto receptivo que hay en todo ser humano para regalarle la experiencia de su amor que da vida. Por eso, todo el que desee vivir una experiencia plenificante del amor de Dios, debería pedir la gracia de dejarse amar, de abandonar sus resistencias y su pretensión de autonomía. En la verdadera experiencia mística, Dios toca un centro amoroso donde la persona humana sólo puede depender, porque es una criatura y lo más íntimo de su realidad es la dependencia, es “recibir” el ser y la vida, es beber de Dios. En la aceptación sincera de esta dependencia – en el ser y en la gracia – se juega toda forma auténtica de discipulado. El discípulo es ante todo el que escucha, el que acoge, el que se deja llevar, guiar, transfigurar según la imagen del Maestro. Es quien se reconoce necesitado y acepta serena y gozosamente recibir del Maestro. Esta actitud se expresa en la oración, en la lectura de la Palabra, en la docilidad para dejarse formar – por Dios, por los demás, por la vida –. Sin esta actitud básica de apertura discipular, no es posible ni la recepción, ni la maduración, ni la comunicación de la vida que Cristo ofrece. Por eso, estamos ante otra estructura básica de una vida digna y plena. En definitiva, *“lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo”* (Apa 14).

Nadie puede ignorar que, cuando se enfría el amor por Cristo, cuando ya no nos cautiva meditar el Evangelio, cuando el encuentro con él deja de atraernos y cuando su figura deja de fascinarnos, no puede haber un interés genuino de hablar de él, de llevarlo a los demás. Comenzamos a pensar que son otras cosas las que un ser humano necesita hoy para realizarse y por lo tanto no nos interesa gastar nuestro tiempo en el anuncio. Entonces, *“para convertirnos en una Iglesia llena de ímpetu y audacia evangelizadora, tenemos que ser de nuevo evangelizados y fieles discípulos [...] No hemos de dar nada por presupuesto y descontado. Todos los bautizados estamos llamados a ‘recomenzar desde Cristo’, a reconocer y seguir su Presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos”* (Apa 549). Porque *“el seguimiento es fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena”* (Apa 277).

Podríamos decir que simplemente se trata de orar, pero hay que reconocer que no cualquier oración despierta ese ardor misionero, sino una mirada verdaderamente contemplativa a Jesucristo, que nos saque de nosotros mismos hasta el punto de reconocer y aceptar su envío misionero: *“Vayan por todo el mundo y anuncien el Evangelio”* (Mc 16, 15). Se trata de una oración que permita volver a reconocer que el mismo amor de Cristo “nos apremia” a ser misioneros (cf. 2 Co 5, 14), hasta el punto que llegamos a decir: *“¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!”* (1 Co 9, 16).

⁵⁹ Benedicto XVI, Homilía en la Misa de Inauguración de la V Conferencia, 13/05/2007.

⁶⁰ J. A. Sayés, *La gracia de Cristo*, Madrid, 1993, 181.

Aparecida, para alentar un nuevo compromiso misionero, nos invita a todos a volver a convencernos de que Jesucristo vale la pena. Nos propone que nos atrevamos al vértigo de vivir de él y para él en medio del vacío postmoderno. Nos convoca, de esta manera, a volver a hablar de él sin vergüenza ni complejos, sabiendo que su amor, que nos hace tanto bien, nos llama a recomenzar con entusiasmo en la misión de comunicar su vida:

“Los cristianos necesitamos recomenzar desde Cristo, desde la contemplación de quien nos ha revelado en su misterio la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido. Necesitamos hacernos discípulos dóciles, para aprender de Él, en su seguimiento, la dignidad y plenitud de la vida” (Apa 41).

Pero esta experiencia personal de encuentro con Jesucristo y de seguimiento constante, a la que nos lleva el Espíritu, sólo muestra su autenticidad cuando penetra toda la existencia con su dinamismo donativo. *Aparecida* lo expresa de una manera que ya no deja lugar a confusiones:

“No es una experiencia que se limita a los espacios privados de la devoción, sino que busca penetrarlo todo con su fuego y su vida. El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana [...] Así, la vida en el Espíritu no nos cierra en una intimidad cómoda, sino que nos convierte en personas generosas y creativas, felices en el anuncio y el servicio misionero. Nos vuelve comprometidos con los reclamos de la realidad y capaces de encontrarle un profundo significado a todo lo que nos toca hacer” (Apa 284-285).

El Documento acoge aquella firme afirmación de Benedicto XVI en su Discurso inaugural cuando dijo que *“discipulado y misión son como dos caras de una misma medalla”* (Apa 146). Entonces *“la misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una etapa posterior a la formación, aunque se la realice de diversas maneras de acuerdo a la propia vocación y al momento de la maduración humana y cristiana en que se encuentre la persona”* (Apa 278). No se niega que algunas tareas evangelizadoras puedan requerir períodos extensos de formación, pero hay que sostener siempre que todos, sin excepción, están inmediatamente llamados a anunciar a Jesucristo, desde el mismo momento de su conversión. Apenas Jesús cura al hombre poseído por un espíritu impuro, lo envía a anunciar (Mc 5, 19), por lo cual el hombre *“comenzó a proclamar por toda la región lo que Jesús había hecho por él”* (Mc 5, 20). Inmediatamente después de su conversión *“Saulo permaneció algunos días con los discípulos que vivían en Damasco y luego comenzó a predicar”* (Hch 9, 19-20). Estos son sólo ejemplos que permiten percibir hasta qué punto todo auténtico discipulado es inseparable del llamado al anuncio misionero.

Esto implica atreverse al vértigo de renunciar al desencanto y a la tibieza, aunque ello vaya en contra de las tendencias actuales de la cultura que nos seduce. Las persecuciones a los cristianos ya no tienen un rostro agresivo, sino un atractivo rostro cultural. En definitiva, se trata de atreverse a volver a la esencia de la propia vocación. Alguna vez quisimos entregarle la vida a Jesucristo con un profundo deseo de hacer el bien a los demás, de convertirnos en una especie de cántaro de vida donde los demás pudieran ir a refrescarse y a beber. Descubrimos que el sacerdocio nos permitía unir la fascinación por Jesucristo y nuestro ideal fraterno y donativo, porque lo mejor que podemos entregar a los otros es el amor de Jesucristo y porque él mismo es nuestra mayor motivación para entregar la vida por los demás. Queremos recuperar la ilusión y devolverle a nuestro sacerdocio esa dimensión misionera que le viene de la radical vocación cristiana que compartimos con todos los fieles. El amor a Dios, el amor al prójimo y el llamado misionero no han sido anulados ni debilitados por el Orden Sagrado. En todo caso, el sacerdocio que se nos ha regalado es un modo peculiar de vivir esas dimensiones esenciales del ser cristiano.

Presbíteros cargados de propuestas de vida

Sin duda, junto a la convocatoria misionera, el gran eje del tema de *Aparecida* es *“para que tengan vida”*. Por eso *“la Iglesia tiene como misión propia y específica comunicar la vida de Jesucristo a todas las personas”* (Apa 386). Puesto que *“los cristianos somos portadores de buenas noticias para la humanidad y no profetas de desventuras”* (Apa 30), se quiere mostrar que la relación con Jesucristo no nos hace menos felices, *“no nos exige que renunciemos a nuestros anhelos de intensidad vital”*, sino que nos ayuda a desarrollarnos plenamente y a disfrutar más y mejor de la existencia, porque *“él ama nuestra felicidad también en esta tierra”* (Apa 355). Es una afirmación que parece obvia, pero que pocas veces aparece explicitada en la predicación y suele estar ausente de las convicciones reales de muchos creyentes.

Se trata de una vida que no puede clausurarse en el sujeto sino que por su propia naturaleza tiende a comunicarse a otros. La misión se presenta así como una consecuencia directa de una existencia bien vivida. Tomando este punto de partida positivo ante los anhelos humanos, se quiere mostrar que una vida digna y feliz no se realiza en el aislamiento y en la comodidad individualista. El Documento recuerda que una ley de la vida es que la vida crece en la medida en que uno la comunica por amor (Apa 358-360).

Quien ofrece y hace posible esa vida es Cristo mismo: *“Jesús, el Buen Pastor, quiere comunicarnos su vida y ponerse al servicio de la vida”* (Apa 353). La relación personal con él nos capacita para encontrar una felicidad más plena, para percibir el sentido más profundo de todo lo que nos pasa, también a los momentos duros: *“Jesucristo nos ofrece mucho, incluso mucho más de lo que esperamos”* (Apa 357). Por otra parte, su *“seguimiento es fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena”* (Apa 277).

De ningún modo se quiere proponer un hedonismo que nos clausure en la inmanencia, sino más bien que incluso en medio del placer y la intensidad vital se haga presente a Dios, para darle a todo su último sentido. Por eso se sostiene que *“podemos encontrar al Señor en medio de las alegrías de nuestra limitada existencia”* (Apa 356). Tampoco se ignora que el gozo del momento presente puede llegar a ser vivido de un modo inadecuado, que absorba todas nuestras posibilidades vitales, limite nuestras perspectivas e impida el desarrollo de nuestras mejores potencialidades: *“La vitalidad que Cristo ofrece nos invita a ampliar nuestros horizontes [...] A la Samaritana le da más que el agua del pozo, a la multitud hambrienta le ofrece más que el alivio del hambre. Se entrega Él mismo como la vida en abundancia. La vida nueva en Cristo es participación en la vida de amor del Dios Uno y Trino. Comienza en el bautismo y llega a su plenitud en la resurrección final”* (Apa 357).

Pero es necesario volver a cerrar el círculo, para no entender esta plenitud espiritual de un modo dialéctico, como si la apertura a la trascendencia fuera una autoinmolación donde lo humano es negado. Entonces hay que recordar que *“su amistad no nos exige que renunciemos a nuestros anhelos de plenitud vital, porque Él ama nuestra felicidad también en esta tierra”* (Apa 355), que Cristo *“no quita nada”* (Apa 15; 352) y que buscando la santidad *“no vivimos menos, sino mejor, porque cuando Dios pide más es porque está ofreciendo más”* (Apa 352).

Podemos situarnos desde una perspectiva dialéctica, como aquellos teólogos del siglo XIII que consideraban peligroso el uso del aristotelismo en el seno de la reflexión teológica. También hoy podríamos temer que este acento postmoderno en una vida digna pueda secularizar el cristianismo. Pero no se trata de aguar el sentido sobrenatural y trascendente de la propuesta cristiana, sino de asumir en él la vitalidad humana. Otra vez, con una perspectiva integradora, no se intenta echarle aguar el vino sino convertir el agua en vino, asumiendo para redimir. Ante un sujeto que tiende a clausurarse en sí mismo y en el cuidado de su mundo privado y del placer inmediato, *Aparecida* no opta por criticar ácidamente al mundo de hoy con calificativos lacerantes, ni quiere insistir en la mortificación o el sacrificio. Sabemos que estas opciones pastorales hoy dan poco resultado y provocan un mayor rechazo de los interlocutores, que llegan a pensar que la propuesta de la Iglesia es enemiga de toda vida feliz. Hoy, para ser escuchados, *“es necesario comunicar los valores evangélicos de manera positiva y propositiva”* (Apa 497). Por eso, la estrategia de *Aparecida* ha sido más bien tomar un punto de partida positivo, reconociendo los legítimos anhelos de dignidad y de felicidad de nuestros pueblos, y mostrando cómo la misma Palabra de Dios invita a una vida digna y feliz. Pero se hace cargo entonces de la degradación del sujeto postmoderno intentando mostrar las verdaderas estructuras de esa vida digna y plena, que sólo se desarrolla cuando se dan determinadas condiciones. Su opción es penetrar en el seno mismo de la vida digna y feliz para descubrir allí las leyes que la estructuran y la hacen verdaderamente posible: su dinamismo comunitario, discipular y misionero.

Vida que sale al encuentro

Esta orientación de la evangelización a la comunicación de la Vida permite proponer un atractivo perfil de los presbíteros como instrumentos de una vida digna y plena para el pueblo, desde su peculiar cercanía al corazón de la vida, que es la Eucaristía. *Aparecida* propone la figura de *“presbíteros – servidores de la vida: que estén atentos a las necesidades de los más pobres, comprometidos en la defensa de los derechos de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad”* (Apa 199). Deberían ser entonces presbíteros cuya predicación y cuyas propuestas manifiesten, con rostro amable y cercano, la oferta de vida del Evangelio, y que sepan hacer derivar de la Eucaristía todas sus exigencias de compromiso comunitario para la vida digna y plena de los pueblos.

La propuesta de una misión dirigida a las periferias y la comprensión de la misión como promoción de una vida digna y plena en Cristo, exigen retomar la opción preferencial por aquellos que no pueden vivir adecuadamente. Por eso, cuando *Aparecida* se detiene a explicar por qué esta opción es “preferencial” explica que *“debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales”* (Apa 396). Por eso mismo invita a pasar de una opción meramente intelectual o emotiva a un compromiso real, a hacerse *“amigos de los pobres”* (Apa 257), a una *“cercanía que nos hace amigos”* (Apa 398), ya que hoy *“defendemos demasiado nuestros espacios de privacidad y disfrute, y nos dejamos contagiar fácilmente por el consumismo individualista. Por eso, nuestra opción por los pobres corre el riesgo de quedarse en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones”* (Apa 397). Con sano realismo, *Aparecida* reclama *“dedicar tiempo a los pobres”* (Ibíd.). Así se dibuja el perfil de un sacerdote que “sale” hacia las periferias abandonadas y en la distribución de su tiempo opta claramente por aquellos que, teniendo *“una dignidad*

infinita” (Apa 388), viven en condiciones que contradicen esa dignidad. Esta opción por volverse cercano no tiene el sentido de “*procurar éxitos pastorales, sino de la fidelidad en la imitación del Maestro, siempre cercano, accesible, disponible para todos, deseoso de comunicar vida en cada rincón de la tierra*” (Apa 372).

Hay diócesis que ya están trabajando intensamente con un proyecto misionero, los obispos en las asambleas están conversando el tema, ustedes en sus diócesis tendrán que preguntarle al obispo qué pasa con esto, cómo lo vamos asumiendo, pero finalmente ustedes tienen que acordarse de que la cuestión es que *todas* las estructuras eclesiales, sin excepción, están llamadas a una renovación misionera que implique abandonar todo lo que no se oriente a esta comunicación de vida. Por lo tanto, los Seminarios, que son también estructuras eclesiales, necesitan una renovación misionera. Necesitan un cambio, una orientación misionera más explícita, en el proyecto formativo, en las actividades, en la organización de la semana, en el estilo. Todos los Seminarios necesitan recoger este guante y plantearse cómo van a hacer su propia renovación misionera. Ese es el trabajo que quisiéramos hacer ahora.

Yo les quiero decir finalmente que, si recordamos aquello que planteamos al hablar de la identidad, ese cierto complejo de inferioridad, esa cierta vergüenza de hablar de nuestras convicciones en la sociedad, eso que nos paraliza, está siendo tocado por este llamado misionero. El que vos te puedas atrever a estar frente a una persona y decirle que Jesucristo la ama, que dio su vida por él, y que vive con él y que eso puede cambiarle la vida y que eso puede darle sentido a todo lo demás... esa capacidad de hacer ese anuncio tiene también una fuerza renovadora para el propio sacerdocio, tiene una fuerza que nos permite recuperar la juventud de nuestro sacerdocio, recuperar la alegría, el fervor, el entusiasmo, y no perder el sentido último de todo lo demás que hacemos. De manera que, me parece, que para poder poner a los Seminarios en estado de misión tiene que haber también un trabajo nuestro, interior, que nos configure profundamente como discípulos misioneros una vez más.

Vamos entonces a trabajar por grupos y lo que vamos a hacer simplemente es discutir y dialogar para ver cómo hacemos concretamente para recoger esta propuesta misionera, para recuperar la forma esencialmente misionera que tiene que tener toda estructura eclesial y para renovar nuestros Seminarios de manera que sean misioneros y formen sacerdotes con corazón y actitudes de misioneros.

Víctor Manuel Fernández

1ª Conferencia Jueves 31 **Elementos para una formación pastoral práctica**

Para completar el tema de misión que veíamos ayer, parece importante insistir cualquier cosa que le pidamos a un seminarista, teniendo en cuenta que es un sujeto posmoderno, nada puede ser impuesto, sino que tiene que estar acompañado de *motivaciones, razones, estímulos*. Por eso aún para el llamado misionero, uno puede pedir cosas concretas, por ejemplo pedirle que los fines de semana siempre haya un tiempo para visitar hogares, para acercarse más a la realidad de familias que él nunca ve, para abrir un poco la mente y el corazón encontrándose con otro tipo de personas. Pero para eso hay que siempre darle razones, motivaciones, ayudarle a ver el sentido de cada una de las cosas que uno le pide.

En el planteo de *Aparecida*, hemos visto que hay algunos ejes prácticos: uno es la decisión que ya pedía Benedicto XVI de ir con todas las fuerzas a las periferias. Implica también un compromiso en la vida pública, o sea meterse más en la vida pública. E implica también que en la predicación nuestra incorporemos constantemente motivaciones para la misión. Las estructuras que armemos, por más nuevas que sean, si no motivamos a la gente, no van a cambiar las cosas tampoco. Por eso es importante incorporar en la predicación una serie de motivaciones durante todo el año. Y tendremos que hacerlo también nosotros en los Seminarios.

Las motivaciones básicas para mí tienen que ver con cinco cosas: la primera, la calidad de la propia relación con Cristo; la segunda, la opción de ser para los demás; la tercera, los intereses personales del sujeto; la cuarta, el reino y la Iglesia; y finalmente los estímulos más teologales y trinitarios. Propongo un desarrollo detallado de estas motivaciones en mi reciente libro: “Quince motivaciones para ser misioneros” (Claretiana, Buenos Aires).

Vamos a pasar ahora a una cuestión mucho más práctica, que consiste en plasmar de forma metódica la orientación pastoral de toda la formación. Vamos a ver distintos caminos prácticos para asegurar la finalidad pastoral de toda la formación del Seminario.

Y para eso vamos a ir viendo una serie de elementos que ustedes van a tener que usar para evaluar.

1) Primero hay que ver el itinerario de formación pastoral del Seminario. Ustedes tienen un *proyecto formativo* con un itinerario: hay que revisar cómo está realmente incorporada allí la orientación pastoral de toda la formación. Allí mismo, en el proyecto, hay que revisar la progresión de actividades y su criterio, o sea: ¿se le pide alguna actividad pastoral en el introductorio o no? ¿Qué tipo de actividades? En filosofía: ¿qué actividades les pedimos y por qué? ¿Con qué criterio? ¿No habrá que revisar ese criterio? ¿Por qué cuando reciben la Admisión les pedimos tal cosa? ¿Por qué cuando son acólitos tal cosa? Esa progresión tiene que ver con los ministerios y habrá que ver si esas actividades pastorales están bien conectadas con esos ministerios y bien adaptadas a la etapa donde está el sujeto.

2) Otra tarea necesaria para esta orientación pastoral de toda la formación es ver si el proyecto tiene suficientes *indicadores* específicamente pastorales; si aparecen realmente allí las actitudes pastorales – sobre las que hemos visto ya bastante –, si están incorporadas a lo largo de todo el proyecto. Recuerden que un indicador es algo visible, que puede ser evaluado desde fuera y que permite revisar la marcha concreta de la formación pastoral del sujeto.

3) Otro elemento práctico es ver cómo estamos acompañando al seminarista en sus *proyectos y evaluaciones pastorales personales*. Muchas veces los seminaristas hacen su pastoral muy desordenadamente. Les piden que hagan tal cosa y manotea por ahí algún recurso, algún librito, y hacen lo que les va saliendo, sin ningún tipo de planificación, sin ningún tipo de orden. Eso no forma pastoralmente porque va a ser un cura despiolado en todo lo que haga después. Si no adquiere ese hábito de una planificación pastoral de sus tareas no va a ser un cura ordenado, y el desorden ya sabemos todo lo que ocasiona. Entonces, así como el seminarista tiene un proyecto personal de vida, tiene que haber para cada tarea que realiza un proyecto pastoral, aunque sea visitar los enfermos. Tiene que darle una forma y poder evaluarlo después. Si el seminarista lo escribe, vos lo revisás con él, y después cada tanto lo retomas en tus charlas formativas. Entonces sí puedes asegurarte que vaya adquiriendo un hábito de orden necesario en su tarea pastoral. ¿Cuáles son los elementos mínimos de un proyecto pastoral?:

Elementos del proyecto personal pastoral (para cada tarea por separado)

a) Primero describir brevemente el contexto de la parroquia y como son los destinatarios de esa tarea, qué características tiene esos destinatarios. Evidentemente eso lo puede hacer una vez ya que estuvo un tiempito en la parroquia, no lo puede hacer antes de ir, sino que tiene que ir, sondear, escuchar, conocer, consultar con el cura, consultar con los laicos y a partir de ahí describir el contexto y los destinatarios. Eso, en el proyecto pastoral personal tiene que estar plasmado en un pequeño resumen.

b) En segundo lugar se deben explicitar los objetivos de esa tarea: sea la catequesis, sea visitar hogares, sea visitar enfermos, sea trabajar con los jóvenes, cualquier tarea tiene que tener objetivos. Debe poder decir para qué la hace, qué quiere conseguir con esta tarea, aunque sea visitando al enfermo, porque ustedes saben que yo puedo visitar al enfermo también buscándome a mi mismo, o simplemente para que sientan que yo soy una persona generosa. Tampoco caben objetivos generales como: “para evangelizar”, “para llevarles a Jesucristo”. Cada tarea, por sus características, debe tener también objetivos específicos.

Explicitar el objetivo ayuda a precisar mejor para que voy yo a ver a este enfermo.

c) Después las etapas. En algunas tareas caben etapas, en otra no, pero aun en la visita a personas, cuando esa visita es constante y repetida, se pueden establecer etapas de lo que yo quisiera ir logrando a lo largo de un año.

d) Después en el proyecto no pueden faltar los medios y los recursos. En algunas tareas estos medios son mucho más importantes, en otras no tanto, pero siempre hay que asegurarse de precisar qué recursos prácticos se van a utilizar en esa tarea.

e) Si corresponde, un temario. Si es una actividad de formación, catequesis o charlas a jóvenes, debe haber un temario bien pensado que tenga que ver con el objetivo (siempre hay que

revisar si está conectado con el objetivo).

f) Para la formación pastoral íntegra, es muy importante que en cada tarea el seminarista exprese *qué actitudes le requiere esa tarea*. Trabajar con los jóvenes me puede requerir alegría, trabajar con los chicos me puede requerir más paciencia, trabajar con un enfermo me puede requerir esa capacidad de empatía con la situación del otro. Cada tarea exige algunas actitudes distintas, y es bueno que el seminarista trate de explicitarlas para que después las pueda ejercitar y desarrollar.

g) Finalmente, es necesario que el seminarista escriba en el proyecto *qué dificultades teme*, porque es muy frecuente que ante una tarea tenga miedos y que le lleve mucho tiempo superar esos miedos. Entonces va a la pastoral sin libertad interior, porque el temor lo condiciona. ¿Cuáles son esos miedos? ¿A que le tenés miedo? ¿A quedar mal? ¿A hacer un mal papel? ¿Le tenés miedo a no ser eficiente? ¿Le tenés miedo a que el cura no te apruebe? ¿O tenés miedo porque vos crees que no tenés condiciones para esa tarea? ¿Le tenés miedo a tu propia timidez? ¿Que dificultades son esas que te aparecen cuando pensás en la tarea? Es muy sano explicitarlas desde el comienzo en el proyecto, porque el solo hecho de decirlas afloja a la persona, la comienza a liberar.

Estos son entonces los elementos mínimos de cada proyecto pastoral que, o el rector, o un formador delegado, o el formador de comunidad, directamente tendrá que encargarse de acompañar, supervisar y evaluar.

4) Otro aspecto general de la formación pastoral del Seminario, que hay que revisar, es cómo hacemos *el dialogo sobre la calidad interior de la tarea pastoral*, para ver cómo el seminarista está viviendo esa tarea. Hay que determinar bien quién hace ese dialogo. Muchos elementos que vimos en las charlas anteriores son propios de la dirección espiritual, otros de esos elementos se pueden revisar en el fuero externo con el formador de comunidad. Eso hay que conversarlo y asegurarse de que se incorpore realmente en el dialogo formativo.

5) También hay que ver cómo el seminarista incorpora la pastoral *en su proyecto personal de vida*: Los seminaristas arman al comienzo de año un proyecto personal para ese año que tiene que ver también con los objetivos de la etapa del Seminario. Bueno, cuando el haga su proyecto personal hay que ver aquí dónde esta la pastoral. Porque yo he visto muchos proyectos personales donde no existe la pastoral, entonces ¿qué proyecto personal es ese? Habla de sus propósitos para el estudio, la oración, la formación afectiva, las relaciones con los compañeros, pero no aparece nada de pastoral. ¿Cómo es que la identidad y la misión son inseparables? ¿Cómo es que tu formación tiene una finalidad pastoral esencial si no esta en tu proyecto personal?

6) La otra pregunta es cómo aparece la pastoral en el *proyecto comunitario* de cada comunidad del Seminario. Cada comunidad se arma también un proyecto comunitario anual. Si no entra la pastoral, entonces ¿qué tipo de comunidad es esa que no incorpora en sus preocupaciones la tarea evangelizadora?. De alguna forma tiene que estar. La vida comunitaria debe tener un hondo sentido misionero. Siempre hay que revisar si el planteo comunitario del seminarista no es tomar mate juntos, hacer merienda juntos, charlar hasta tarde en la noche y después pastoralmente cada uno hace la suya, por mas que haya habido tiempo comunitario. Siempre hay que revisar si ese sueño comunitario del seminarista está realmente marcado por una misión comunitaria.

7) Otro aspecto formativo pastoral a tener en cuenta es cómo se resuelven a lo largo de los años de formación las *perturbaciones humanas y psicológicas que afectan más directamente al servicio pastoral*. Hay perturbaciones que hacen que la persona se sienta mal interiormente. Pero en otros casos la persona se siente bien, se cree feliz así como es y no alcanza a ver que tiene una serie de límites, de enfermedades psicológicas que lo llevan a hacer daño a otro, a traerle problemas a los otros, a no realizar bien la tarea pastoral. Cada uno tiene las suyas entonces hay que plantearse como resolvemos en siete años estas “perturbaciones pastorales” que no lo ayudan a ser un buen pastor. Algunas se resuelven en un camino orante, gracias a la dirección espiritual, en otros casos no alcanza y hay que buscar a tiempo una ayuda adecuada.

8) Otro elemento dentro de esta finalidad pastoral de la formación es ver cómo se insertan nuestros seminaristas con su tarea, y cómo nos insertamos los formadores, en la *pastoral orgánica*. Concretamente, en el plan diocesano de pastoral, en los criterios nacionales de *Navega Mar Adentro* y en la misión a la cual nos impulsa la Iglesia Latinoamericana con *Aparecida*. Cómo me inserto de modo orgánico en la pastoral diocesana, nacional, latinoamericana. Hay formadores que hacen del Seminario una estancia aislada de todo lo que pasa afuera. Eso no es eclesial ni cristiano. Son personalismos peligrosos de rectores y formadores caciques intocables, que se sienten dueños de los seminaristas y creen que son dioses con criterios indiscutibles. Les confieso que me cuesta ver en los seminarios la preocupación por insertar a

los seminaristas en la pastoral orgánica. Habría que preguntarse seriamente cuáles son las razones.

Por una parte, hay que ver en el proyecto pastoral que hace el seminarista, si ese seminarista tiene en cuenta que está en la diócesis de Salta o que esta en la diócesis de Paraná; porque me puede estar haciendo un plan igual al que hace un seminarista de Tierra del Fuego o de Londres. ¿Tiene en cuenta que la diócesis tiene un proyecto, tiene que tener en cuenta que la diócesis optó por algunas líneas en su actividad evangelizadora?. Si no lo tiene en cuenta ahora va a ser muy difícil que cuando sea cura asuma los proyectos diocesanos. Entonces hay que asegurarse que se vaya dando, ya en el Seminario, esta inserción en lo que llamamos “comunidad pastoral”. También, teniendo en cuenta las líneas del Episcopado nacional, tratando de aplicar los criterios de Navega Mar Adentro, y finalmente asumiendo el llamado latinoamericano a ser marcadamente misioneros.

9) Otro elemento que tiene que ver con la comunidad pastoral, es preguntarse si no habrá que incorporar un poco más en el Seminario *algunas tareas pastorales comunitarias*. Hay seminaristas que trabajan solos los siete años, que nunca hacen la experiencia de hacer una tarea junto con otro, de planificarla junto con otro, ejecutarla y evaluarla con otro seminarista. Entonces después no se improvisa que el vicario y el cura trabajen realmente en comunidad. Sucederá lo de siempre: que si hay varios curas en una parroquia están simplemente negociando, vos haces esto, yo hago aquello, cada uno hace su vida, viven bajo el mismo techo, y a veces salen juntos, pero no hay comunidad “pastoral”. Entonces hay que preguntarse si a eso no hay que ejercitarlo en el Seminario incorporando algunas tareas pastorales comunitarias. No bastan las misiones de pocos días. Me refiero a alguna tarea anual, que requiera constancia en el trabajar juntos.

10) Otro elemento que asegure la orientación pastoral de toda la formación es organizar *la formación espiritual* de tal manera que este impregnada por la espiritualidad pastoral, espiritualidad propia de un cura diocesano que implica una espiritualidad de la “acción” pastoral. Una forma es que el director espiritual charle con el seminarista sobre como vive internamente las tareas, los problemas que tiene con la gente, los límites que vive, etc. Pero también intentar hacer algunos retiros que estén mas conectados con la vida pastoral, que traten temas que tengan que ver con actitudes pastorales, que a veces se conecten con las tareas que hacen el fin de semana, para orarlas durante una día a esas tareas. O que algún retiro este conectado con los criterios de la diócesis, que se oren esos criterios. A veces incluso se pueden hacer retiros que incluyan algún momento pastoral, que el mismo día del retiro haya una visita a un enfermo, por ejemplo, o a una familia, y que uno pueda en el retiro trabajar el modo como vive esa tarea, o sea, revisar lo que hemos dicho: si están bien compenetradas la formación espiritual y la formación pastoral.

11) Otro elemento a revisar es la *orientación pastoral de la formación intelectual*. Ver si los seminaristas conectan realmente lo que estudian con la pastoral. Un hecho es que a veces estudian un tema en la teología, después tienen que dar ese tema en una catequesis de adultos y van a buscar un librito por ahí que a lo mejor dice lo contrario de lo que estudiaron en la teología. Entonces uno dice: ¿para qué estudio ese tema en la teología si después ni se acuerda, ni le lleva el apunte a lo que estudió, y tiene que buscar un librito, que a veces es realmente muy flojo teológicamente, para poder dar un tema? ¿De qué nos sirve a nosotros la formación intelectual si las cosas funcionan así?

También hay que considerar aquellos elementos que conversamos el primer día. Puede pasar que lo que se da en alguna materia se contradicen las orientaciones de los formadores o los criterios diocesanos. Siempre hay que estar atento y charlar esas cosas para evitar las esquizofrenias.

12) Otro asunto es cómo aseguramos la *formación pastoral práctica*, o sea, la formación para la competencia pastoral: cómo formamos a los seminaristas para que aprendan a acompañar gente, para celebrar bien la misa, etc. Qué formación pastoral damos para que el cura recién ordenado sea mínimamente competente, tenga una capacitación básica. Eso lo vamos a ver con detalle en el próximo bloque.

13) Otro elemento de formación pastoral que se puede discutir en los Seminarios es el de las *inconsistencias pastorales* que suelen aparecer poco después de la ordenación y no tanto antes. Quizás el seminarista pasa siete años y uno lo ve bien, básicamente, no encuentra problemas, cree que ha conversado con sinceridad todas las cuestiones que tienen que ver con su fe, con su afectividad, con su sexualidad, etc. Pero se ordena y saltan todos los problemas pastorales: se muestra como un tipo impaciente con la gente, intolerante, autoritario, se corta solo, no disfruta de las tareas, escapa de algunos compromisos. ¿Y cómo no nos dimos cuenta de esto? Por eso entonces muchas veces hacen falta espacios donde se lo vea en la chancha un poco más. Quizás el sábado y el domingo durante un año llega a cuidarse, y a veces hasta el párroco no llega a ver sus defectos pastorales. Entonces son necesarios esos *períodos de mayor convivencia pastoral en parroquias*, que pueden ser un año de residencia yendo a clases, que puede ser un corte de un año viviendo en una parroquia, o el año pastoral antes de la ordenación de diácono, o alguna experiencia de comunidades de seminaristas viviendo en parroquia. Hay muchas formas distintas y cada una tiene sus pro y sus contra. Hay que sopesarlo, pero hace falta al menos alguna de estas experiencias que permita ver al seminarista en la chancha aunque sea un año. Viviendo en la parroquia y más expuesto al trato constante con la gente, a lo largo del año comienzan

a saltar esas fragilidades, esa impaciencia con las personas, la falta de orden o de disponibilidad, diversas debilidades pastorales que, si son descubiertas a tiempo, permite después en los años que quedan de formación trabajarlo de modo mas concreto. Una cosa que yo he notado y que me parece altamente positiva es que en el año de residencia el seminarista comienza a darse cuenta solo de aquellas cosas que nunca aceptó del todo: “Me molesta que me interrumpan cuando estoy haciendo algo”, por ejemplo. Y de eso no se daba cuenta cuando era seminarista, o vos se lo decías pero como eras el formador no te llevaba mucho el apunte. Cuando vive en la parroquia y ve que le pasa con la gente dice: “Yo voy a ser un cura amargado, yo no voy a ser feliz cuando sea cura con este defecto”. Entonces él mismo se lo plantea y te lo viene a contar. Vos lo miras y te decís por dentro: “Te lo habré dicho cuántas veces”.

14) Otro asunto es preguntarse si no hay que *prolongar la formación inicial* unos años, pero con fuertes responsabilidades pastorales. Que el tipo realmente empiece a asumir responsabilidades y se vaya probando a sí mismo. Y finalmente aquí articular con la formación permanente, porque un rector que yo conocía decía: “A mi no me vengan con formación permanente, de aquí el chico tiene que salir terminadito, listo”. Evidentemente hoy eso es ilusorio, ya lo sabemos. Entonces hay que articular adecuadamente la formación del Seminario con la formación permanente, y lo ideal es hacer un proyecto que comience en el introductorio y termine en la muerte. O sea que vos le pueda decir al seminarista que entra: “Este es tu proyecto formativo, tenés el introductorio, pero fijate cuando es la ultima etapa. Mira, la ultima etapa es la muerte, la ancianidad digamos, que tiene sus objetivos, sus actitudes, etc.” Eso seria ideal. Se lo das en el introductorio para que desde chico tome conciencia que esta formación no se acaba.

La pregunta que les hago ahora es: De todas estas cosas que vimos ¿quién se encarga? De algunas será el equipo entero, de tal otra se encarga el rector, de esto se encarga el director espiritual, de esto se encarga el director de estudios, de esto se encarga el formador de comunidad ¿Quién se encarga de cada una de estas cuestiones, de pensarlas, de proponerlas, de ejecutarlas? ¿Cuándo se va a hacer o cuándo se va a empezar a hacerlo? Y ¿cómo se lo va a hacer? **Si cada equipo de formadores no analiza punto por punto y no le da una forma concreta, la formación pastoral seguirá siendo la cenicienta, por más que repitamos alegremente que es la finalidad de toda la formación.**

Víctor Manuel Fernández

2º Conferencia Jueves 31

Sectores de la formación pastoral para la capacitación pastoral práctica

Este trabajo que están haciendo es simplemente comenzar, por supuesto, por que es imposible organizar esto adecuadamente en unas horas, así que será tarea para llevarse. Pero creo que es importante ponerse las pilas ahora y comenzar, para que después se pueda seguir, y comenzar con ganas, con interés. Si no hacemos este trabajo, aunque pueda aparecer un poco abrumador, si no hacemos este trabajo de organización, y no le damos un soporte estructural a la formación pastoral, la finalidad pastoral no se va a realizar de hecho. El estudio, la parte de formación intelectual tiene sus clases, sus profesores, sus horarios, su director de estudios, de manera que ya tiene un soporte estructural fuerte. La dirección espiritual, tiene un director espiritual, seguramente retiros organizados en el calendario, etc. Tiene su soporte mínimo. ¿La formación pastoral que soporte tiene? En muchos Seminarios no tiene ninguno serio. Por lo tanto, repito que si no nos podemos a armarlo la finalidad pastoral de la formación queda perdida.

Lo que vamos a ver ahora es el tema de la competencia pastoral, o pericia básica. Que es cómo capacitamos a lo largo de siete años para que el cura recién ordenado pueda básicamente saber qué es lo que tiene que hacer como cura en la parroquia.

Creo que esto también es muy importante para prevenir crisis. Todo lo que hemos hablado de la dimensión interior, pastoral y espiritualidad es verdaderamente esencial. Pero si no hay competencia pastoral o pericia básica también se lo expone al sacerdote joven a una crisis. Porque el fracaso, el sentirse inútil, la baja autoestima que se puede ir acentuando, lo llevan a uno en algún momento a bajar los brazos. Y ustedes dirán: “Bueno para eso tiene toda una formación espiritual, que le permita asumir los fracasos”. Es cierto, pero no hay que ser temerario y creer que el tipo que se ordenó ya es un santo consumado. Tiene todavía un largo camino espiritual que recorrer. Entonces no lo podés exponer al fracaso tan rápidamente. Por eso hay que llevarle el apunte a esta formación práctica.

¿Que elementos hay que tener en cuenta en esta formación práctica? Yo les voy a mencionar lo que a mí me parece básico, a partir de mi experiencia de párroco. Yo estuve siete años de párroco, y reflexiono a partir de lo que yo intente hacer, de lo que alcancé a ver y de lo que no pude hacer. Pero me puedo saltar cosas muy importantes, ya lo doy por supuesto, ustedes lo completarán.

1) Primero, hay que formar para la *organización y conducción parroquial*, para organizar la sede y organizar las capillas. Para poder dividir adecuadamente la parroquia en sectores, que a veces, suelen ser muy distintos unos de otros y requieren diversos tipos de presencia. Incluye la organización de la misión interna de la parroquia, que sería plasmar en la vida parroquial un dinamismo esencialmente misionero. Aprender cómo funciona una parroquia misionera dentro de su propio territorio, o sea, cómo se llega a los que ya se han de olvidado de Cristo. Incluye la organización de las diversas áreas y su acompañamiento específico. Se pueden destacar entre esas áreas la pastoral familiar, la pastoral juvenil, la pastoral de las instituciones educativas y la pastoral de la salud, cómo se organizan y se acompañan.

Esto incluye el tema del ejercicio de la conducción pastoral. Ustedes saben que en los talleres para párrocos se dedica un espacio a éste tema, a los tipos de liderazgo. Se analiza qué tipo de liderazgo puede tener uno sea por su temperamento o su historia, y cuáles son sus límites, etc. Sería bueno incorporar ese material en la formación pastoral.

También implica reconocer y alentar los ministerios y servicios laicales que puede haber en una parroquia.

La organización y conducción incluye una habilidad mínima para la administración económica, que implica también el hábito de usar bien el propio dinero.

Finalmente, requiere saber cuáles las dificultades más frecuentes, y el modo de enfrentar y resolver esas dificultades más comunes que se le aparecen a un párroco en la conducción parroquial.

2) Segundo: La formación pastoral práctica debe incluir necesariamente una *preparación para el acompañamiento personal de la gente*. En algún lado hay que explicar bien cómo es una entrevista pastoral. Formar para la escucha, pero también para la interpretación de lo que la gente plantea. De otro modo, la gente te habla de una cosa, y vos le das un consejo para otra cosa que no tiene nada que ver. Es verdad que la gente veces se expresa mal y cuenta sus cosas de tal manera que no es fácil interpretarla, pero hay que formar para esta habilidad de interpretar adecuadamente lo que le preocupa a las personas.

Hay que conocer el proceso espiritual para el cual hay que acompañar a la persona, cómo es ese proceso, y los recursos en ese proceso, particularmente la *Lectio Divina*, orientada a desarrollar este camino de crecimiento personal.

En alguna parte hay que enseñar las patologías más comunes, posiblemente todos los Seminarios enseñan Psicología. Pero hay que confirmar si alguien enseña las patologías más comunes que puede tener la gente, las distintas formas de neurosis, las histerias, formas de esquizofrenia, de paranoia, a veces leves, pero que están. Y sobre todo que un psicólogo explique qué es *lo que no conviene hacer o decir* en cada caso. No se trata de que el cura sea un experto y sane las personas, pero por lo menos que sepa qué es lo que nunca hay que hacer. Cualquiera sabe qué lo que no hay que hacer con una persona escrupulosa. Eso es más evidente. Pero lo mismo hay que percibir en cada una de las patologías y hoy hay gente loca por todos lados, así que hay que ver donde se enseña esto.

Esto incluye el acompañamiento de los diversos servicios laicales. Hay que delegar sí, pero también acompañar y formar, y saber cuáles son las dificultades más frecuentes que aparecen en el acompañamiento personal de los agentes pastorales, de qué maneras se las enfrenta, de qué manera se las resuelve.

3) Otro elemento de la formación pastoral práctica, es preparar para la *predicación*. No es sólo aprender a interpretar el texto bíblico, sino cómo comunicarlo. Eso implica aprender a predicar con orden, saber cuáles son las posibles estructuras de una predicación. La más básica es “motivación, desarrollo, conclusión”, que supone saber captar la atención del auditorio y concluir adecuadamente. Pero hay 30 o 40 estructuras posibles que dependen del tipo de mensaje. Por ejemplo hay una estructura que es “afirmación–objeción–desarrollo”, ideal para los temas conflictivos. Cuando vos hablás del perdón la gente interiormente se pone “peros”. Entonces conviene que les ganes de mano y al “pero” lo pongas vos:

afirmas el perdón, lo objetas vos mismo (“¿realmente hay que perdonar a una persona que te explota, o que hace daño a la gente?”), entonces la gente dice: “ah entiende lo que le pasa a uno”, y después desarrollas el tema mostrando que el perdón no excluye buscar la justicia, sólo excluye el odio y la venganza. Así, hay muchas otras estructuras que tienen que ver con el mensaje específico que se necesita comunicar. El otro elemento es precisar bien el mensaje central de la predicación, para que la homilía no hable de todo, no se extienda demasiado, no sea complicada. Y el mensaje central tiene que ver con el mensaje central del texto bíblico. Hay que saber precisar cuál es el eje del texto y sobre ese eje construir la homilía.

La conexión con la vida es el otro elemento esencial de la predicación: conectar el texto con la vida concreta. Eso implica saber usar ejemplos, pero no solo ejemplos, sino también imágenes. El ejemplo aclara, la imagen vuelve gustoso, atractivo, colorido, deseable eso que uno dice. Hay que aprender a cargar de imágenes la Palabra, incluyendo los testimonios personales o de otros, de santos o de personas de la parroquia, o de lo que fuere. Finalmente, conocer los diversos estilos que puede tener una homilía. Hay gente que tiene una tendencia a ser moralizante, y es bueno que sepa que hay otros estilos, para que los pueda variar. Hay gente que es eminentemente intelectual o doctrinal, y tiene que aprender que hay otros estilos para que pueda variar y así llegar a todos. Esta formación para la predicación también incluye la oratoria.

Hay que ver si en el Seminario si hay una materia para esto, si hay alguien que lo enseñe, y habrá que ver si esa asignatura es bien práctica, si incorpora estos elementos que acabo de mencionar.

4) De gran importancia es la formación teórico práctica para *la catequesis*: La catequesis tiene que implicar entender el itinerario permanente, que supone también una revisión de la parroquia, para ver si uno realmente tiene organizada la parroquia de manera que haya un acompañamiento catequístico de las distintas etapas de la vida. Por eso la pastoral juvenil tiene que estar adecuadamente conectada con la catequesis, no son dos mundos separados. En la catequesis un elemento clave es el uso de motivaciones, la capacidad de motivar, sino no hay encuentro catequístico. Entonces, los pasos del encuentro son claves, pero dentro de los pasos del encuentro, la motivación tiene una función esencial. La formación incluye la planificación en cada una de las áreas de la catequesis, el aprendizaje de la sencillez y claridad en el lenguaje, y también aquí hay que recoger elementos de psicología evolutiva. Habrá que ver si hay alguna materia de psicología evolutiva y si está bien dada, y después ver si los seminaristas saben sacar las consecuencias de eso en la pastoral, si lo saben aplicar cuando se dirigen a personas de distintas edades. La formación catequística incluye el acompañamiento de los catequistas, la liturgia en la catequesis, cómo es una misa de niños, y la renovación kerigmática de la catequesis, que significa evitar una catequesis demasiado enciclopedista, e ir a lo esencial. Uno sabe que a un chico de 10 años si le querés dar todo el catecismo, después no le queda casi nada, cuando le preguntas te das cuenta que no queda mucho. Entonces, hay que replantearse qué objetivos posibles tiene esa catequesis. Y eso implica la renovación kerigmática, que es ser capaces de concentrar toda la catequesis y todos los temas de la catequesis en el Kerigma, que todos los temas se orienten al Kerigma, aun la creación. Que cualquier tema esté orientado a profundizar y arraigar el Kerigma.

5) *La pastoral popular*: Es muy importante si se quiere llegar a todos, pero en realidad casi no se hace. Yo conversé varias veces con el Padre Tello, especialista en este tema, poco antes de que muriera. Era un lujo. Te decía cosas provocativas, pero luego te dabas cuenta de que te estaba diciendo una cosa espectacular.

Digo que la pastoral popular estrictamente casi no se hace, porque lo que es estrictamente pastoral popular tiene que ver con el respeto a la modalidad propia de los sectores populares, a su modo propio de vivir la fe, y nosotros de hecho nos dedicamos a atender las estructuras de la parroquia y a su mantenimiento ordinario. Y allí la gran mayoría de la gente no entra, así que en la práctica esto no se hace. Implica una gran sensibilidad para comprender la peculiaridad de los sectores populares y de su propia forma de vivir la fe y de ser misioneros, captar su valor específico, entender las distintas expresiones, no sólo las peregrinaciones –que son sólo una manifestación–. Hay expresiones de la piedad popular que son capilares, que penetran en la vida cotidiana de las familias y su vida íntima; hay que captar esas diversas expresiones. Y cómo se las acompaña es el asunto. ¿Por qué? Porque yo puedo valorar la piedad popular pero de hecho no salgo de las estructuras de la parroquia; la valoro, la quiero, reconozco su sentido peculiar... pero no hago nada al respecto. Y ustedes saben que la gente que se va a las sectas es sobre todo de los barrios pobres. Eso lo averigüé estando en Brasil: gente del centro de las ciudades o de los sectores de clase media son muy pocos los que se pasan a las sectas. Son los barrios pobres, periféricos y las poblaciones más pobres donde el éxodo al pentecostalismo es tremendo.

Entonces uno se hace una pregunta: ¿Por qué donde está más presente la piedad popular se están yendo? ¿Qué significa eso? Significa que esos sectores no han sido acompañados de cerca, que hace falta un acompañamiento, que yo tengo que atenderlos. Ya no podemos decir que la fe popular católica se sostiene mágicamente. No se trata de cambiarlos, sino de atenderlos según su modalidad propia. “Salir hacia ellos” quiere decir darles atención. Un cura que valora la piedad

popular pero le piden una bendición y la hace de paso y sigue de largo, no es popular... porque la gente le da un valor inmenso a la bendición, un valor tremendo, y entonces hay que prestarle atención.

Si vos tenés en la parroquia una ermita donde va la gente a rezar y vos pasás y decís: “a estas viejas no las veo nunca en Misa”, “este tipo está acá rezando, y nunca en la vida lo vi en Misa”. En lugar de quejarte, ¡andá alguna vez a celebrar la Misa ahí, donde ellos van! Vas a celebrar la Misa ahí y seguramente te vas a encontrar con gente que jamás ha ido a la parroquia, que jamás entró, por muchas razones que también hay que saber interpretar.

La pastoral popular incluye la bendición de las casas, porque es otro servicio sacerdotal muy valorado: si uno tiene un diácono hay que orientarlo particularmente a esa tarea, o hacerla uno.

Yo me acuerdo del caso de un cura párroco de mi pueblo. Yo quería y admiraba a otro párroco que tenía una organización muy linda de la parroquia. Se fue, y vino el otro cura que descuidaba eso y andaba por la calle, iba a la mañana, compraba unas rosquitas, charlaba con éste, charlaba con aquel, de noche iba a las fiestas... Mi hermano, que jamás había ido a Misa, que odiaba los curas, se juntaba a comer asados con éste y después cuando charlaba conmigo me contaba las cosas que aprendía de ese cura. Le guarda un cariño tremendo. Y yo, siendo seminarista, a este cura lo despreciaba porque decía: “este cura no hace nada”. Después me di cuenta que supo llegar a sectores donde ningún párroco había llegado.

Ustedes dirán: “en las ciudades es distinto, eso es en un pueblito”. Pero les digo que las veces que yo salgo en Buenos Aires a la calle con clergyman, en el colectivo las viejas sacan las medallas de las carteras, te las hacen bendecir; pasás por un bar a tomar un té y te dicen: “Uh, padre, yo no voy nunca a Misa... pero tengo el bar sin bendecir ¿no me lo bendice?”, y llama a los empleados para que vengan a rezar con el cura. O sea, es una cuestión de estar un poco en la calle también, allí donde ellos están. El atender la pastoral popular tiene que ver mucho con eso.

Pero el padre Tello me insistía en que hay lugares donde ningún evangelizador no va a llegar nunca porque de algún modo llega “de afuera” y no le van a llevar el apunte. Entonces hay que saber encontrar en los barrios los líderes naturales, que son gente que tiene fe, que es respetada, que es querida en el barrio y que hay que aprovecharlos como evangelizadores. A veces a una vieja muy popular, le das una imagen de la Virgen y le decís: “llévela usted adonde quiera”, y ella se encarga, déjala sola. Con el paso de los años verás que hizo maravillas. Encontrar esos cuadros populares, interiores a la vida popular, es una tarea *específica* de la pastoral popular. Hay que formar a los seminaristas para esto, y no sólo para las estructuras de la sede parroquial.

6) La *formación litúrgica práctica* significa aprovechar las posibilidades del misal, que son muchas, y las posibilidades del ritual. También alentar y formar los diversos ministerios, la animación litúrgica. También la formación en los signos y gestos, pero digamos más específicamente la orientación mistagógica de la vida del Seminario y de la parroquia. Yo sé que en esto la mayoría de los Seminarios hacemos aguas, no encontramos la forma, las Eucaristías de hecho no son tan ricas, felices, no son entrar comunitariamente en el misterio de Cristo. A muchos seminaristas se les hacen pesadas. De manera que si uno no lo logra en el Seminario, no sé después cómo lo van a lograr ellos en la parroquia. Esta orientación mistagógica que significa una determinada forma de llevar la vida cotidiana en el Seminario para que la Eucaristía sea realmente el centro es lo que yo creo que no está logrado. Esta formación litúrgica incluye también la formación de grupos litúrgicos, sus tareas, organización, etc. También la música y el canto.

7) La *formación para visitar los hogares*: A los seminaristas me parece que hay que pedirles que visiten hogares siempre, que siempre los fines de semana haya un espacio para ir a las casas, para tomar contacto con el mundo más amplio, que supere los límites de los grupos parroquiales. Entonces tiene que haber algún modo de formar al seminarista para esta presencia en las casas. Hay que incorporar en esa visita, así como en la atención personal, la escucha y el diálogo, una formación para saber qué hacer cuando uno entra a una casa. Pero también cómo se hace allí el anuncio kerigmático y cómo se entrega la Palabra. No puede ser de cualquier forma, no es una clase, no es un tipo que se descuelga de golpe con una cosa extraña, sino que hay que saber presentarlo del modo adecuado. ¿Cómo se reza con la gente en esa visita?: incorporando los problemas concretos que las personas narran, una oración encarnada en la situación de esa familia. La oración incluye la bendición, tan querida por la gente. También implica buscar modos de conectar la sede o la capilla con esa familia, y particularmente asegurar la presencia en el dolor, en la salud y la ancianidad.

8) *Caridad y pastoral social* incluye Cáritas y la organización específica de la asistencia, pero también lo que siempre decimos: las formas de promoción que vayan más allá de la asistencia inmediata.

Otro ámbito, pero que está íntimamente conectado, es la pastoral social, que implica que los seminaristas sepan opinar de las cuestiones fundamentales de la vida social. No sólo hay que formarlos en la Doctrina Social en general, sino con la capacidad de iluminar las realidades concretas de la vida en sociedad. Sabemos que a muchos seminaristas esto no les interesa, pero después sufren porque van a comer a una casa, la gente habla de temas de actualidad, y ellos no saben qué decir. Como reacción, algunos se vuelven espiritualistas, y separan la fe de la promoción social. También hay que formar para acompañar a los laicos en la vida pública, en su propio compromiso en la vida pública.

Por otra parte, incluye el acompañamiento y formación de los diversos servicios y agentes que tienen que ver con la asistencia y con la pastoral social. Pero particularmente aprender cómo se encarna la opción preferencial por los pobres, hecha *transversal a toda la pastoral*. Aquí habrá que acentuar especialmente las formas de cercanía a la vida de los pobres para que la opción no sea meramente ideológica o emotiva.

*

Ahora ustedes tendrían que reunirse, el equipo de cada Seminario, y ver *dónde* se cubre la formación para cada una de estas tareas. ¿Es en una materia? ¿Es en una semana al año, estas semanas de formación pastoral que se hacen durante el año? Si ninguna materia lo cubre hay que buscar dónde. ¿Es un curso en el verano? No sé, pero en algún lado tiene que estar todo esto, para que el cura que se ordena tenga esa pericia mínima, básica, elemental. Cuando se hacen cursos hay que siempre procurar invitar a alguien que esté apasionado por esa área de la pastoral, que tenga experiencia, que le guste y que también tenga competencia, porque hay gente que te viene a hablar de su pasión y después no te da elementos prácticos. Entonces hay que conjugar todo eso cuando se piensa en invitar a alguien.

Pero de una forma o de otra, tomemos el listado que acabamos de ver y veamos *quién, dónde, cómo y de qué manera* está formando para *cada una* de estas tareas. Reconozcamos si esa preparación no tiene que ser completada o mejorada, y establezcamos algún *procedimiento práctico para avanzar* en lo que no estamos haciendo bien. De otra manera, la finalidad pastoral de toda la formación no estará lograda en la práctica.

Pero junto con esta organización de la formación pastoral hay que asegurar el acompañamiento personal y la *supervisión*. Porque un seminarista puede tener los elementos pero luego no aplicarlos. Entonces, no basta que alguien enseñe metodología catequística y que el seminarista apruebe esa materia con un 10. Luego hay que ver si, cuando él da catequesis, realmente aplica esa metodología con seriedad y responsabilidad. *Alguien* tiene que realizar ese seguimiento. Les sugiero que determinen bien quién lo va a hacer (en cada área pastoral) porque si no lo determinan bien, después nadie lo hará.

Finalmente, si realmente se quiere asegurar la finalidad pastoral de toda la formación, sería indispensable que al final de cada año se evalúe la formación pastoral impartida, teniendo en cuenta todos los elementos y todas las áreas que hemos considerado a lo largo de esta semana.

Víctor Manuel Fernández

Evaluación del Encuentro en Paraná – OSAR 2008						
	Muy Bueno	Bueno	Regular	Malo	No contesta	Totales
Lugar y hospedaje	27	6			1	34
Horarios	24	10				34
Liturgia	21	7	4	1	1	34
Comida	30	3	1			34
Recreación	15	12	1		6	34
Retiro del lunes	21	9	1		3	34
Tema	29	5				34
Expositor	28	6				34

Trabajos en grupo	13	16	5			34
Metodologías	14	14	3		1	34
Panel para nuevos formadores	2	6	1	2	24	34
Paseo	19	14		1	1	34

Observaciones

(Tomadas de las hojas de las evaluaciones)

- Mi agradecimiento profundo a la **OSAR** y al **Seminario de Paraná** / Felicitar a los **seminaristas**.
- Que la **fecha** no corte el mes de enero.
- El **retiro** del inicio fue un tema formativo mas que una charla de retiro: el contenido muy bueno.
- La calidad del **expositor** es un factor importante para el encuentro.
- Ir avanzando en una **metodología** mas participativa sin perder el nivel de lo tratado / Deseo que estos encuentros favorezcan una mejor y mas fluída comunicación y diálogo entre los participantes / Un diálogo comprometido y comprometedor sobre temas de verdadera incidencia en la formación, en un clima de evangélica libertad / La participación fue pobre. Algunos temas se tendrían que trabajar en la asamblea grande para facilitar y enriquecer la participación. Esto se debe proponer desde el método de trabajo / Temas densos y con poco tiempo para pensar y asimilar. Sugiero dos por día (no cuatro) con mas tiempo y material para lectura personal. Los trabajos en grupo deben organizarse mejor, se pierde mucho tiempo en conocer la realidad de cada uno; no se delibera bien, cayendo en lugares comunes en las conclusiones / Faltó reunirse por roles de formadores (rectores, filosofía, teología)
- Más participación de las regiones en la **liturgia** con expresiones y cantos típicos / Sugiero una liturgia mas participativa, inculturada, dinámica y festiva / Quizás un poco exagerada la liturgia. Debiera ser más alegre, celebrativa y participativa / Faltó representatividad en la Liturgia / Las canciones no muy conocidas por todos / Liturgia: poca participación. Mal anunciada la liturgia de las horas / Liturgia: no se promovió la participación de manera suficiente; tema: muy concreto y necesario.
- Poca **recreación**

Encuentro Nacional de Formadores, Paraná 2008 Resumen de cuentas

	Ingresos	Egresos	Saldo
Inscripciones	\$ 13560,00		
Alimentación		\$ 7109,71	
Transporte		\$ 1500,00	
Secretaría		\$ 1001,86	
Artíc de limpieza		\$ 915,13	
Liturgia		\$ 533,00	
Ornamentación		\$ 100,00	
Sonido		\$ 1100,00	
Cena en Santa Fe		\$ 2520,00	- \$ 1219,70

Encuentro Nacional de Formadores, Paraná 2008 Listado de Participantes

	APELLIDO	NOMBRE	DIOCESIS	SEMINARIO	CARGO	EMAIL
1	QUIROGA	Ricardo Oscar	Jujuy	Pedro Ortiz de Zárate	Formador	julioesarsanroman@hotmail.com

2	CRUZ	Mario Luis	Santiago del Estero	Santiago el Mayor	Rector	marioluiscruz32@hotmail.com
3	CANECIN	Adolfo Ramón	Resistencia	La Encarnación	Rector	adolfocanecin@yahoo.com.ar
4	VALLEJOS	Julio	Resistencia	La Encarnación	Director Espiritual	semictes@yahoo.com.ar
5	GUTIERREZ	Ramón Adolfo	Resistencia	La Encarnación	Formador Introductorio	padreadolfogutierrez@hotmail.com
6	BRAIDA	Dante	Resistencia	La Encarnación	Formador Teología	dantebraida@yahoo.com.ar
7	RIVAS	Mario César	Resistencia	La Encarnación	Formador Filosofía y Teología	cesmariv@hotmail.com
8	LEZCANO	Mario	Resistencia	La Encarnación	Formador Filosofía	mariolez@yahoo.com.ar
9	VENICA	Walter	Resistencia	La Encarnación	Formador Teología	waltervenica@gmail.com
10	RICCA	Elio	Comodoro Rivadavia	San Pedro y San Pablo	Rector	elioricca@hotmail.com
11	MONTÓRFANO	Carlos	Posadas	Santo cura de Ars	Rector	seminario@obposadas.org.ar
12	SZYSZKOWSKI	Marcelo	Posadas	Santo cura de Ars	Formador Filosofía	miguelszy@gmail.com
13	URDAPILLETA	Hugo	Posadas	Santo cura de Ars.	Formador Teología	Panoramen1@yahoo.com.ar
14	GONZALEZ BAEZ	Eduardo	Iguazú	Santos mártires de las misiones	Rector Seminario menor	
15	FLORES	Gustavo	Catamarca	Nuestra Sra. del Valle	Rector Seminario menor	gff_cura@hotmail.com
16	CHAVEZ	José Melitón	Tucumán	Ntra Sra de la Merced y San José	Rector Seminario Mayor	meliton@uolsinectis.com.mar
17	DIEGUEZ	Gerardo Rubén	Tucumán	Ntra Sra de la Merced y San José	Director Espiritual y Dir. Dpto. Estudios	gerardodiequez@arztucuman.org.ar
18	COSTILLA	Sergio Ramón	Tucumán	Ntra Sra de la Merced y San José	Formador Teología	sergiocostilla@arztucuman.org.ar
19	AVERSANO	Martín	Tucumán	Ntra Sra de la Merced y San José	Formador Teología	paversano@arztucuman.org.ar
20	DIP	Pablo Antonio	Tucumán	Ntra Sra de la Merced y San José	Formador Introductorio	dippablo@hotmail.com
21	RUIZ	Manuel	Tucumán	Ntra Sra de la Merced y San José	Formador Filosofía	manolofruiz@hotmail.com

22	LORCA	Marcelo	Tucumán	San José	Rector Seminario Menor	mlorcaalbornoz@gmail.com
23	ROMANO	Guillermo	Tucumán	San José	Formador Seminario Menor	guillermo_romanopbro@hotmail.com
24	FERNANDEZ	Juan Carlos	Santo Tomé	San José	Rector	juancfernandezbenitez@yahoo.com
25	AGUIRRE	Héctor	Santo Tomé	San José	Director espiritual	
26	LÓPEZ	Carlos	Santo Tomé	San José	Formador	
27	BOTTOLI	Alejandro Jorge	Rosario	San Carlos Borromeo	Director Espiritual	ajbottoli@yahoo.com.ar
28	MAUTI	Ricardo	Santa Fe	Nuestra Señora	Rector	seminario@arquisantafe.org.ar
29	CATTANEO	Armando	Santa Fe	Nuestra Señora	Prefecto de Filosofía	armandocattaneo@hotmail.com
30	GATTI	Diego	Santa Fe	Nuestra Señora	Prefecto de Teología	Pdlgatti@yahoo.com.ar
31	CASASOLA	J. Roberto	San Juan	Ntra Sra de Guadalupe y S José	Rector	jrcasasola@hotmail.com
32	HARICA	Jorge R.	San Juan	Ntra Sra de Guadalupe y S José	Formador Teología	jorharica@yahoo.com.ar
33	NIETO	Luis Alberto	San Juan	Ntra Sra de Guadalupe y S José	Director Espiritual	luisnietosj@gmail.com
34	CARRANZA	Martín	Córdoba	Nuestra Señora de Loreto	Formador	pmartincarranza@yahoo.com.ar
35	BLANCO	Daniel	Córdoba	Nuestra Señora de Loreto	Rector	seminariomayorcba@arnet.com.ar prdanielblanco@yahoo.com
36	FERREIRA	Daniel	Córdoba	Nuestra Señora de Loreto	Formador	pdferreirap@yahoo.com.ar
37	BASTOS	Martín	Córdoba	Nuestra Señora de Loreto	Formador	Martinbastos15@yahoo.com.ar
38	BALOSSINO	Román	Córdoba	Nuestra Señora del Rosario del Milagro	Rector Menor	
39	MEICHTRI	Gerardo	Río Cuarto (Cba)	Jesús Buen Pastor	Director Espiritual	gerardomeichtri@yahoo.com.ar
40	FERRARI	Roberto	Río Cuarto (Cba)	Jesús Buen Pastor	Introdutorio	pboby@arnet.com.ar
41	MARCOS	Andres	Río Cuarto (Cba)	Jesús Buen Pastor	Encargado de Comunidades-Teólogos	padreandresmarcos@yahoo.com.ar

42	FERNANDEZ	Victor	Río Cuarto (Cba)	Jesús Buen Pastor	Director estudio, Formador	ptucho@arnet.com.ar
43	ARAYA	Ricardo	Río Cuarto (Cba)	Jesús Buen Pastor	Rector	arayar@arnet.com.ar
44	ALBARRACÍN	Héctor Javier	San Rafael	Santa Maria Madre de Dios	Formador	halbarracin@yahoo.com.ar
45	PAPALEO	Hugo	San Nicolás	Ntra. Sra. de Nazareth	Rector	
46	KUNZ	Federico	San Luis	San Miguel Arcángel	Prefecto de disciplina	frkunz@hotmail.com
47	ORELLANO	Jorge	San Luis	San Miguel Arcángel	Encargado Introductorio	jorge_orellano@hotmail.com
48	ALESSO	Fabián Pablo	Paraná	Ntra Sra del Cenáculo	Prefecto Teología	fabianalessso@yahoo.com.ar
49	BADANO	José Carlos	Paraná	Ntra Sra del Cenáculo	Prefecto Introductorio	josecalosbadano@yahoo.com.ar
50	BATTAUZ	Damián	Paraná	Ntra Sra del Cenáculo	Prefecto Filosofía	dbattauz@arnet.com.ar
51	GAUNA	Ramón	Paraná	Ntra Sra del Cenáculo	Prefecto Teología	gaunaramon@yahoo.com.ar
52	HALLER	Mario Alberto	Paraná	Ntra Sra del Cenáculo	Rector	padrerectorparana@yahoo.com.ar
53	TANGER	Eduardo	Paraná	Ntra Sra del Cenáculo	Director Espiritual	eduardotanger@hotmail.com
54	YACOB	Leonardo	Paraná	Ntra Sra del Cenáculo	Director Espiritual Sem. Menor	paleonardoyacob@hotmail.com
55	HORISBERGER	Gustavo	Paraná	Ntra Sra del Cenáculo	Rector Seminario Menor	pgustavoh@yahoo.com.ar
56	BUENANUEVA	Sergio	Mendoza	Ntra Sra del Rosario	Rector Formador de Teología	sbuenanueva@gmail.com
57	HERNANDEZ	Adrián	Mendoza	Ntra Sra del Rosario	Formador Introductorio Ecónomo	pbroalhernandez@yahoo.com.ar
58	RESETERA	Diego	Mendoza	Ntra Sra del Rosario	Formador de Filosofía Encargado de pastoral vocacional	dresentera@yahoo.com.ar
59	GALARZA	Ramón Orlando	Concordia	San José	Rector	ramongalarza59@hotmail.com
60	DROZ	Germán	Concordia	San José		padregerman@yahoo.com.ar
61	MONSONIS	Mariano	La Plata	San José	Formador de Filosofía	pmonsonis06@yahoo.com.ar
62	ANTÓN	Julián	Buenos Aires	Inmaculada Concepción	Encargado vocacional	jufanton@gmail.com
63	GIORGI	Alejandro	Buenos Aires	Inmaculada Concepción	Rector	alejandro.giorgi@gmail.com

64	MERONI	Alberto Daniel	Lomas de Zamora	Santa Cruz	Rector, Formador de Teología	
65	LAFFEUILLADE	Héctor Eduardo	Lomas de Zamora	Santa Cruz	Vicerrector/Director Introductorio	santacruz@ciudad.com.ar
66	INCHAUSPE	Mario Esteban	Lomas de Zamora	Santa Cruz	Formador de Filosofía Introductorio	
67	PEÑA	Francisco	San Isidro	San Agustín	Formador de Filosofía Introductorio	francisco.pena@yahoo.com.ar
68	MAZZITELLI	Marcelo Fabián	San Isidro	San Agustín	Rector Teología-Diaconado	mfmazzitelli@gmail.com
69	FARAONE	Mario	San Justo	Ntra Sra de la Esperanza	Director Espiritual	faraonemario@hotmail.com
70	GIANFRANCHI	Sergio Fabián	San Justo	Ntra Sra de la Esperanza	Formador - Introductorio	p.sergian@yahoo.com.ar
71	REY	Fernando	San Martín	San José	Rector, Etapa de los ministerios (lectores, acólitos y diáconos)	ferrey@infovia.com.ar
72	PONCE	Pablo	San Martín	San José	Formador - Etapa previa a los ministerios	mirlocura@gmail.com
73	SALGADO	José Enrique	Mercedes	Santo Cura de Ars	Prefecto del curso Introductorio	seminariomercedes@speedy.com.ar
74	LAGUNA	Fernando	Morón	San José	Rector	seminariodemoron@gmail.com
75	REDONDO	Eduardo	Operarios Diocesanos	Manuel Domingo y Sol	Rector	eduardoredondo@unisantos.com.br
76	BLANCO	Ignacio Javier	Quilmes	Santa María Reina de los apóstoles	Director Introductorio	ignacioarambarri@yahoo.com.ar
77	MORENO	Daniel Fernando	Quilmes	Santa María Reina de los apóstoles	Director Espiritual	semiquil@obisquil.org.ar danielmoreno@obisquil.org.ar
78	DELGADO	Gabriel	La Plata	San José	Rector	
79	ZANCHETTA	Gustavo	CEMIN			cemin@cea.org.ar
80	RODRIGUEZ VARGAS	Alexis	Costa Rica	Enviado de la OSLAM		devym@celam.org
81	SILVA GUILLAMA	Carlos Eduardo	Montevideo	Cristo Rey	Moderador y Director espiritual	carlossilva54@hotmail.com
82	Mons. SANTIAGO	Hugo	CEMIN	Obispo Santo Tomé		hnsantiago@santotome.net
83	Mons. FRANZINI	Carlos María	CEMIN	Obispo Rafaela		cmfranzini@wilnet.com.ar
84	Mons. MARINO	Antonio	CEMIN	Obispo Aux. La Plata		
85	Mons.	Carmelo	Buenos Aires	Inmaculada	Director Espiritual	

	GIAQUINTA		Concepción	
86	Mons. EICHHORN	Luis Guillermo	Obispo Morón	obispoluis@speedy.com.ar

Informe Febrero 2007 – Junio 2008 COMISIÓN DIRECTIVA DE LA OSAR (2006-2008)

Integraron la Comisión Directiva durante el año 2007: Presidente, Pbro. José Roberto Casasola; delegados de las diversas regiones: Héctor Laffeuillade, en reemplazo del Pbro. Lucio Daniel Carvalho que hasta julio ejerció también la función de Secretario de la Comisión (Región Buenos Aires), Pbro. Miguel García, en reemplazo del Pbro. Rubén Ippóliti (R. nuevo cuyo); Pbro. Gustavo E. Rodríguez (R. Litoral); Pbro. Carlos Montórfano (Tesorero – R. NEA); Pbro. Martín Carranza (Secretario - R. Centro); Pbro. Elio Ricca (R. Sur); Pbro. Néstor R. Álvarez, (en noviembre dejó de ser formador, R. NOA). La Comisión Directiva se reunió tres veces durante el 2007: el 10 de abril en el Seminario Mayor de Córdoba, el 30 de julio en el Seminario de Paraná y el 30 de octubre nuevamente en Córdoba.

Durante el Encuentro Anual de Formadores 2008 fueron nombrados los siguientes delegados:

Por la región Buenos Aires, el Pbro. Fernando Laguna, rector del Seminario Mayor San José de Morón –quien estará a cargo de la realización y distribución del Boletín OSAR, y desde julio cumplirá la función de secretario interino hasta finalización del período-: el Pbro. Héctor Laffeuillade había asumido la responsabilidad en septiembre y hasta febrero. Por el NOA, el Pbro. Marcelo Lorca, rector del Seminario Menor San José de Tucumán. Además, el Pbro. Federico Kunz, formador del Seminario de San Luis, es el nuevo delegado por la región Nuevo Cuyo, y el Pbro. Daniel Ferreira, formador del Seminario de la Arquidiócesis de Córdoba será el delegado por la región Centro, sucediendo al Pbro. Martín Carranza. El día 14 de abril de 2008, en el Seminario Mayor de Córdoba, celebramos nuestra primera reunión del año con la alegría de la participación de todos los miembros - Pbro. Roberto Casasola, Marcelo Lorca, Federico Kunz, Elio Ricca, Fernando Laguna, Carlos Montórfano, Gustavo Rodríguez – y de los obispos de la Subcomisión Seminarios de la CEMIN - Mons. Antonio Marino y Mons. Hugo Santiago -.

OBJETIVOS DEL TRIENIO 2006-2008 y REALIZACIONES

Como resultado de la consulta realizada durante la Asamblea Electiva de Mendoza se vio conveniente continuar con los objetivos del trienio anterior

1) Promover la formación permanente de los formadores, afianzando el Encuentro Anual y los Encuentros regionales, favoreciendo la comunión y la integración de todos los Seminarios, ofreciendo instancias de encuentro según las diversas funciones pedagógicas, con especial atención a los nuevos formadores, y procurando trabajar sobre los instrumentos pedagógicos.

En este aspecto hay instituciones que ayudan con becas para realizar los Cursos que se ofrecen a nivel OSLAM y en Europa. También se ofrecen cursos de formación para formadores en Argentina dados por sacerdotes y consagrados egresados de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

ENCUENTROS NACIONALES DE FORMADORES⁶¹

- **Encuentro Nacional de Formadores 2007:** Se realizó en el Seminario Interdiocesano “La Encarnación”, en Resistencia, del 29 de enero al 2 de febrero. El tema tratado fue **“Formar para el discernimiento espiritual en los**

⁶¹ En el anterior Boletín (nº 26) se ha volcado el contenido del Encuentro Nacional 2007. Aquí solamente hacemos referencia del mismo. Este Boletín (nº 27), tiene como contenidos principales las exposiciones del Encuentro Nacional 2008, y aquí presentamos su realización.

ámbitos personal, comunitario y pastoral del Equipo de Formadores y de los Seminaristas". Expositor: P. Guillermo Randle S.J. El retiro inicial fue predicado por Mons. Antonio Marino.

- **Encuentro de Directores Espirituales 2007:** Este año no se realizó para priorizar la participación de los Directores Espirituales en el **VI Encuentro Nacional de Responsables de Clero** -que tuvo como expositor principal a Mons. Franco Giulio Brambilla- y en el **taller sobre dirección espiritual dado en octubre en Rosario por el P. Hugo Massimino**. Continúan como referentes de los Directores Espirituales, los Pbros. Gerardo Meichtri (Río IV) y Gerardo R. Dieguez (Tucumán).
- **Encuentro Nacional de Formadores 2008:** Se realizó en el Seminario Mayor "Nuestra Señora del Cenáculo", de la Arquidiócesis de Paraná, del 28 de enero al 1º de febrero. El tema tratado fue **"La formación pastoral en los Seminarios a la luz de la V Conferencia de Aparecida"**. Expositor: P. Víctor Fernández. El retiro inicial fue predicado por Mons. Hugo Santiago.
- **Encuentro de Directores Espirituales 2008:** se realizó el pasado 27, 28 y 29 de junio, llevado a cabo en la casa de retiros Betania, en la localidad de Mendiolaza, Córdoba. La temática fue **"El acompañamiento espiritual en el proceso formativo"**, y estuvo a cargo del **Padre Hugo Massimino, cpcr**, quien guió y acompañó el trabajo del encuentro. Asistieron once Directores espirituales de diferentes Seminarios (Córdoba, Gualaguaychú, San Juan, Tucumán, Santa Fe, Resistencia, Rosario, Río Cuarto y Quilmes) que compartieron en un clima de fraternidad y entusiasmo sus búsquedas y experiencias. También estuvo presente el Pbro. Roberto Casasola, presidente de la OSAR, quien incentivó y respaldó la realización de estos encuentros como parte de las iniciativas de la OSAR. Finalmente, agendamos el Encuentro 2009 -29/junio a 1º/julio- y acordamos como tema **"las reglas del discernimiento espiritual en la formación"**, y fueron elegidos los Pbros. Daniel Moreno (Quilmes) y Marco Bustos (Córdoba) como delegados para la preparación de los próximos encuentros.

ACTIVIDADES REGIONALES

Región Buenos Aires:

El 16 de abril de **2007** se realizó la primera reunión anual de la región, en el Seminario San Agustín, de la Diócesis de San Isidro. Se evaluó lo tratado en el encuentro de Resistencia. Para profundizar el tema, el P. Mario Faraone de la Diócesis de San Justo preparó una exposición acerca del *"Discernimiento comunitario en la formación"*.

El segundo encuentro tuvo lugar en el Seminario Pablo VI de la Diócesis de Avellaneda-Lanús. En un primer momento dialogamos e intercambiamos distintas experiencias formativas en nuestros seminarios. La segunda parte de la reunión estuvo centrada en la preparación y distribución de responsabilidades para la realización del Encuentro Regional de Seminaristas.

El 21 de setiembre, en Luján, bajo el lema: *"Con los mismos sentimientos de Jesús. Una mirada pastoral sobre la realidad nacional"* se realizó el Encuentro Regional de Seminaristas. El mismo contó con la iluminación de Mons. Casaretto y del Dr. Enrique Sosa y fue enriquecido por la realización de diversos talleres. En este contexto tuvimos nuestra tercera reunión. Culminada la Eucaristía, aprovechamos la oportunidad para agradecer el testimonio sacerdotal y encomendar a la Virgen de Luján el ministerio episcopal de Mons. Daniel Fernández, rector del Seminario de Buenos Aires, nombrado obispo auxiliar de Paraná.

El cuarto encuentro tuvo lugar el 21 de noviembre, en el Seminario de la Arquidiócesis de Buenos Aires. El tema tratado fue *"la formación y animación misionera de los futuros presbíteros"*, el cual fue iluminado por el P. Adrián Santarelli. En este año **2008**, el martes 8 de abril tuvimos nuestro primer encuentro anual de formadores de la región, el cual tuvo lugar en el Seminario San José, de la Arquidiócesis de La Plata.

Luego del rezo de la hora Nona, compartimos la vida de nuestros Seminarios a la luz del Encuentro Nacional celebrado en Paraná. Luego dimos algunos pasos en orden a preparar el Encuentro Regional de Seminaristas, que agendamos para el lunes 22 de setiembre, y a los pies de la Basílica de Nuestra Señora de Luján. Finalmente, conversamos sobre varios temas, destacándose la inquietud por profundizar en la reflexión sobre el abandono del ministerio sacerdotal, realidad que en algunas diócesis de la región se ha hecho muy fuerte. Por otra parte, en la línea de la reflexión sobre la formación pastoral, y en consonancia con *Aparecida*, nos planteamos la posibilidad de realizar alguna acción misionera común que, entre otros frutos, ayude a la comunión de los futuros presbíteros en la región pastoral. En este sentido se comentó la iniciativa de los obispos de la región a misionar casa por casa, ellos mismos en varios barrios de las distintas diócesis.

Nuestra segunda reunión tuvo lugar en el Seminario "María Reina de los Apóstoles", de la diócesis de Quilmes, el jueves 19 de junio. Estuvimos presentes diez de los doce Seminarios de la Región. Como tema central, continuamos compartiendo sobre la dolorosa realidad de los abandonos del ministerio, coordinados por el padre Marcelo Mazzitelli, rector del Seminario San Agustín, de San Isidro. El nos propuso, en primer lugar, que compartamos cómo repercute, qué

ha suscitado en cada uno de que nosotros, en nuestra vida personal y pastoral, esta realidad. Además, nos había pedido que, en lo posible, lleváramos estadísticas de nuestras diócesis, ya que, por una parte, no abundan, y, por otra, nos permiten un acercamiento más objetivo hacia esta realidad.

Además, avanzamos sobre la organización del Encuentro Regional de Seminaristas, que este año coordinará el Seminario de Quilmes. La reflexión central tendrá como tema *“la Palabra de Dios en orden a su transmisión”*, insistiendo en la integración de las dimensiones espiritual y pastoral. Se sugirieron expositores.

Luego compartimos informaciones, entre las que se destaca la celebración de los 50 años de vida del Seminario San Agustín, de San Isidro y la invitación del padre Marcelo a concelebrar la misa en la Catedral.

Región Sur:

En el año **2007**, se dio un desarrollo normal de la vida del Seminario que abarca 5 diócesis de la Región Sur y tiene su sede en Devoto, en la Ciudad de Buenos Aires. Vale la pena destacar **el viaje-peregrinación a Chimpay que se realizó entre los días 9 y 11 de noviembre con ocasión de la Beatificación de Ceferino Namuncurá.**

Región Centro:

El jueves 10 de mayo de **2007**, en la casa de Los Molinos del Seminario Mayor de Córdoba, tuvo lugar el **1º Encuentro de Formadores y Referentes Vocacionales 2007 de la Región. Contó con la participación de 11 formadores -del Seminario Mayor de Río IV y del Mayor y Menor de Córdoba- y de los 2 referentes vocacionales de la diócesis de San Francisco.**

Además, participó el P. Freddimir Villavicencio, rector del Seminario Mayor de Maracay, Venezuela. Por la mañana compartimos lo que cada Seminario había estado viviendo a lo largo de esta primera etapa del año; por la tarde, a partir de un texto previamente preparado por cada seminario, dialogamos sobre el itinerario de la formación pastoral.

El 2º encuentro de 2007 tuvo lugar el lunes 27 de agosto en la casa de retiros de la Diócesis de Villa María en Río Tercero (Los Potreros). Durante el mismo se desarrolló, también, un **Encuentro de los seminaristas de teología de la Región. El tema tratado fue “la vinculación en la propuesta formativa actual entre espiritualidad y pastoral a partir de la identidad del sacerdote secular para la que formamos”.** Cada Seminario preparó y compartió un texto breve en el que

expresó cómo se está dando esta vinculación en dicho seminario: lo que hacemos y lo que nos gustaría hacer, los desafíos, las preguntas, búsquedas, inquietudes. Durante ambos encuentros se vivió un fuerte espíritu de fraterna comunión y de sintonía en la búsqueda de caminos formativos para los futuros sacerdotes de las diócesis de la Región.

En este año **2008**, el lunes 28 de abril en la casa de Las Peñas, del Seminario Mayor de Río IV, tuvo lugar **el Encuentro de formadores y referentes vocacionales 2008** de la región. Contó con la participación de los formadores del Seminario Mayor de Río IV, Mayor y Menor de Córdoba y Menor de Cruz del eje y con la del referente vocacional de Villa María. La temática abordada fue *“La formación pastoral para el compromiso de los cristianos en la vida pública”*. Iluminados por el Documento de *Aparecida* (especialmente 399-406 y 501-508) y *Navega Mar Adentro* (especialmente 95-97) nos planteamos en qué medida y cómo nuestros Seminarios forman a los futuros presbíteros-pastores para, desde su identidad, encarnar, alentar e iluminar el compromiso de los cristianos en la construcción de la sociedad. Luego de compartir cada seminario lo que había reflexionado al respecto tuvo lugar un diálogo abierto que fue de gran riqueza.

Durante el encuentro también dialogamos las respuestas a la Consulta de la OSLAM sobre las necesidades prioritarias de los seminarios y el proceso de conversión pastoral de las estructuras formativas en nuestro país.

Además, durante la jornada se realizó, en el mismo lugar, el **“Encuentro de seminaristas de los tres primeros años de la formación”** que abordó la misma temática. Finalizamos la jornada con la Celebración Eucarística, con el gozo de haber vivido, formadores y seminaristas una instancia valiosa para el fortalecimiento de los vínculos fraternos y la comunión pastoral en nuestra región.

Región Nuevo Cuyo:

Los días 23 y 24 de abril de **2007**, en el Seminario Arquidiocesano de San Juan, se realizó el **V Encuentro de seminaristas teólogos**. Sintonizando con *Aparecida*, su lema fue *“Discípulos y Misioneros de Jesucristo para que en El tengan Vida.”* Contó con la participación de 55 seminaristas teólogos de los cuatro Seminarios, y de 9 formadores de las Diócesis de San Juan – Mendoza – San Rafael – La Rioja y San Luis, así como del Vicario General de la Rioja. Las temáticas tratadas fueron *“nuestra identidad misionera”* y *“la historia eclesial de Cuyo”*.

Durante el encuentro tuvo lugar una reunión de los formadores de los cuatro seminarios que contó también con la participación del vicario general de La Rioja. Durante la misma se propuso que las diócesis (La Rioja) que no posean Seminario, igualmente participen de la reunión, al menos los referentes vocacionales. También se alentó a plantear la formación en clave discipular y misionera.

Además, el 5 de noviembre, en San Luis, se realizó el 2º encuentro de formadores del año 2007, en el que se compartió en torno a algunos desafíos formativos referidos a la dimensión humana de los seminaristas. Se hizo particular hincapié en año Introdutorio y 1º de filosofía, y se destacó la importancia de la *Ratio* y la *Pastores Dabo Vobis*. Para eso participaron de la reunión los responsables de la formación en estos primeros años.

En este año **2008**, los días 21 y 22 de abril, llevamos a cabo el **VI encuentro de seminaristas teólogos** de la región, que se realizó en las instalaciones del Seminario, Nuestra Señora del Rosario de la Arquidiócesis de Mendoza.

En el encuentro contamos con la presencia de los Seminarios de Mendoza, San Rafael, San Juan y San Luis. La jornada comenzó el lunes desde temprano con la recepción de los diferentes Seminarios, el comienzo oficial se realizó con la celebración de la Eucaristía presidida por Mons. José María Arancibia y concelebrada con los formadores de las diferentes Seminarios. Por la tarde, Mons. Arancibia nos expuso sobre *Aparecida*, dando aspectos centrales y toda la riqueza que le significó el haber participado de este acontecimiento eclesial. Luego, el padre Sergio Buenanueva hizo una introducción a los trabajos en grupo, y todo culminó con un panel formado por Mons. Arancibia, el P. Sergio Buenanueva (Mendoza), el P. Roberto Casasola (San Juan), el P. Héctor Albarracín (San Rafael) y el P. Federico Kunz (San Luis). Durante el mismo, los seminaristas preguntaron sobre aspectos de *Aparecida*, y también sobre la realidad concreta de nuestras diócesis; suscitó una sentida conformidad en ellos la particularidad del panel –arzobispo y formadores–, a los que pudieron interrogarlos sobre diferentes cuestiones. Al terminar la tarde se realizó un tiempo de adoración Eucarística, el rezo común de vísperas y, por la noche, el tradicional fogón; en él se destacó, la representación del grupo de Introdutorio y Filosofía del Seminario de Mendoza, sobre la vida del Cura Brochero, obra que impactó positivamente. El martes comenzamos el día con la celebración de la Eucaristía y el rezo del laudes, y tras desayunar salimos de día de campo hacia una casa en Las Vegas que posee el Seminario arquidiocesano donde concluimos el encuentro con una muy rica choripaneada y entrega de unos ricos vinos por parte de los anfitriones y unos cirios pascuales para cada Seminario por parte del Seminario de San Juan.

Región Litoral:

Durante el **2007** se pudieron concretar dos reuniones de formadores. La primera en el Seminario de Rosario, el sábado 5 de mayo. En continuidad con el tema de la semana de formadores en Resistencia, reflexionamos sobre “el discernimiento vocacional”: principios generales; el discernimiento en las diversas etapas del proceso formativo; criterios para el ejercicio del discernimiento en el equipo de formadores. Expuso el tema el P. Ricardo Mauti, Rector del Seminario de Santa Fe. Después de un rico intercambio, compartimos el almuerzo.

La segunda reunión se llevó a cabo en el Seminario de Paraná el sábado 27 de octubre. Continuamos con el mismo tema del discernimiento vocacional, con especial atención a las etapas del Curso Introdutorio y la Previa a la Admisión; esta vez expuso el P. José Badano, formador del Seminario de Paraná. La reunión finalizó con el almuerzo.

En este año **2008**, teniendo agendado y todo preparado para reunirnos los formadores de la región el sábado 7 de junio, en San Nicolás, debido a la delicada situación Nacional con los consabidos cortes de ruta, y de acuerdo con los rectores de los Seminarios de la región, decidimos suspender el encuentro a dos días de su realización. La “segunda” reunión está agendada para el sábado 1º de noviembre en Concordia.

Región NEA:

Durante el año **2007** nos hemos reunido los formadores de los Seminarios de la región en dos oportunidades. El clima vivido ha sido de mucha fraternidad y cercanía.

El primer encuentro fue los días 24 y 25 de abril, en el Seminario Interdiocesano “La Encarnación” de Resistencia. Allí abordamos el tema de “*la problemática familiar de donde provienen nuestros seminaristas*”. También compartimos temas generales como la situación de nuestros Seminarios en la Región.

El segundo encuentro se llevó a cabo los días 16 y 17 de octubre, también en Resistencia. Allí el padre Juan Carlos Fernández, de Santo Tomé, compartió un informe sobre el encuentro nacional de responsables de formación permanente de clero que se realizó en Pilar. Se evaluó también el encuentro regional de seminarios y el Padre Raúl Candia de Formosa presentó un cuestionario para que trabajemos en cada seminario, para tener algún sondeo de las familias y la realidad religiosa de donde vienen nuestros muchachos.

Encuentro Regional de Seminarios 2007: se llevó a cabo el día 29 de septiembre en la Basílica Nuestra Señora de Itatí. Luego del desayuno y rezo de laudes, comenzamos la procesión hacia el Santuario. Allí hicimos nuestra consagración a la Virgen y celebramos la Eucaristía presidida por Mons. Andrés Stavnovik -Arzobispo electo de Corrientes- quién después estuvo a cargo de una charla con los 170 seminaristas (entre mayores, menores y muchachos de casas de formación, también participaron futuros ingresantes) y 12 formadores. Compartimos en horas del medio día un rico asado organizado por el Seminario Menor de Corrientes. Finalizamos el encuentro por la tarde con el rezo de Vísperas.

En este año **2008**, el martes 8 de abril tuvo lugar el primero de los dos encuentros ordinarios de formadores de la región. El mismo se realizó en el Seminario diocesano de Posadas con la participación de 12 sacerdotes formadores.

Compartimos el excelente material de hizo Mons. Carmelo Juan Guaiquinta, dado en la clase inaugural del Seminario de Posadas del corriente año: "Formar verdaderos pastores" finalidad del seminario del concilio vaticano II.

Además, tratamos sobre **el 2º encuentro regional de seminaristas**: a la luz de *Aparecida*, queremos poner nuestros Seminarios en estado de **misión**, en un clima de profunda **comunidad**. Por eso, proponemos una gran misión con los seminaristas de la región en Itatí, Corrientes los días 24, 25 y 26 de julio. Tendremos 2 sacerdotes asesores: el p. Marcelo Szyszkowski de Posadas y el p. Mario Lezcano de Resistencia junto con 6 seminaristas coordinadores (2 de cada seminario mayor de la región).

Tenemos previsto nuestro segundo encuentro para el próximo 14 de octubre, en el Seminario de Santo Tomé. Allí continuaremos con el tema de la formación, y lo articularemos con el tema de la familia; nos ayudará con la reflexión el padre Roberto García, de Santo Tomé.

Región NOA:

En el año **2007** se realizaron dos reuniones en Tucumán que contaron con la participación de los formadores de los Seminarios mayores y menores de la Región. El primer encuentro se llevó a cabo el martes 8 de mayo y el tema desarrollado fue *el capítulo sobre los Seminarios en el documento preliminar de Aparecida*. El segundo encuentro se realizó el 9 de octubre; en él se trabajó sobre el discernimiento vocacional, tema desarrollado en Resistencia. No se realizó el encuentro de seminaristas de teología pensado para el 2007. Quedó pendiente para el próximo año.

En este año **2008**, tuvimos la reunión el 20 de mayo en el Seminario de Salta con la participación de los referentes de los Seminarios de Salta, Jujuy y Tucumán. Comenzamos rezando la Liturgia de las Horas – hora intermedia – y, en un clima muy fraterno, nos pusimos a trabajar en el análisis de la evaluación del encuentro de Paraná. Con respecto a las actividades se programó el encuentro de seminaristas teólogos del NOA, a realizarse en Tucumán, para los días 10, 11 y 12 de octubre próximos. Los encargados de la organización serán los seminaristas referentes de cada Seminario, acompañados por un sacerdote de Tucumán. Sobre la consulta de la OSLAM concluimos que sería muy bueno sondear al clero en general, ya que es muy valiosa la inquietud y la colaboración a futuro de la OSLAM; sin embargo, la trabajamos, también.

2) Prestar un servicio de información y comunicación a través del Boletín de la OSAR, completar los datos sobre la realidad de los distintos Seminarios, actualizar y mantener el sitio WEB de la OSAR (www.osar.org.ar) y el Banco de datos de manera que facilite el intercambio de información entre los Seminarios.

En la segunda mitad del año 2007 se imprimió y distribuyó el Boletín nº 26, con el material del Encuentro 2007 de Resistencia.

Respecto de los destinatarios de nuestro Boletín, en reunión de Comisión Directiva, acordamos un ejemplar por Seminario (biblioteca), uno por formador, y uno por cada obispo. Además, cada Seminario podrá entregar a los directores espirituales externos que colaboran estrechamente en la formación. Se tendrá en cuenta a algunos otros sacerdotes que han solicitado el boletín.

La página WEB se ha actualizado con los datos recibidos, y el nuevo titular del dominio ya es la Conferencia Episcopal Argentina, siendo el actual titular responsable el Pbro. José R. Casasola, como presidente de la OSAR.

3) Alentar la elaboración del Proyecto Formativo en cada Seminario.

En el año 2007 fue presentado el Proyecto Formativo del Seminario Mayor de Córdoba, que ya se encuentra en la Pagina Web, y fue distribuido a los Seminarios durante el Encuentro en Paraná. Es importante compartir los pasos dados en este campo.

4) Profundizar la relación entre formación inicial y formación permanente y sus implicancias para el proceso formativo en el Seminario, buscando instancias de articulación con los espacios de formación permanente.

Es de destacar la amplia participación de formadores en el VI Encuentro Nacional de Responsables de Clero que tuvo lugar en Pilar los días 2 al 6 de Julio del año próximo pasado de **2007**.

En este año **2008**, la CEMIN ha invitado formalmente a los miembros de la OSAR participar en las "Jornadas sobre vida presbiteral y madurez afectiva".

5) Generar un espacio propio en la OSAR para los Seminarios Menores.

Se ha continuado con la modalidad de reuniones extraordinarias y trabajos en grupos de los formadores de Seminarios Menores en nuestros encuentros Nacionales.

6) Promover la integración con la OSLAM.

Destacamos y valoramos la presencia en nuestro Encuentro del secretario de la DEVYM- OSLAM, Pbro. Alexis Rodríguez Vargas. También es una alegría para nosotros la participación, en nuestros Encuentros Anuales, de formadores del Seminario Cristo Rey, de la República Oriental del Uruguay. Además, hemos cursado la invitación a los formadores del Seminario Nacional de Paraguay.

A través del padre José Roberto Casasola, nos haremos presentes en la Asamblea extraordinaria por los 50 años de la OSLAM. Ella tendrá lugar en Mérida, México, del 13 al 18 de octubre. Llevaremos, allí, nuestra aportación en base a la consulta que nos han hecho.

Hemos comunicado el Taller sobre *Lectio Divina* para seminaristas, a realizarse en Santiago de Chile, organizado por la OSLAM en y para el Cono Sur, del 24 al 29 de agosto, con cinco cupos por país. Por otra parte, en el corriente año 2008 no tendrá lugar el **Curso Latinoamericano para Formadores de Seminarios Mayores**, en orden a priorizar la celebración de los 50 años de la OSLAM.

RELACIÓN CON LA CEMIN

Hay una fluida comunicación con los Obispos integrantes de la CEMIN. Es de destacar la presencia y participación de los Señores Obispos en el Encuentro Anual, así como en las últimas reuniones de Comisión Directiva (Mons. Franzini nos acompañó en la reunión de Comisión del mes de Julio de 2007, y Mons. Santiago y Mons. Marino en la reunión de Comisión de Abril de 2008).

ESTADÍSTICAS 2008

SEMINARIO MAYOR	TOTAL SEMINARISTAS	CURSO INTRODUCTORIO	FILOSOFÍA	AÑO PASTORAL EN PARROQUIA	TEOLOGIA	DIACONOS EN PARROQUIA ⁶²	NÚMERO DE FORMADORES
1. INMACULADA CONCEPCIÓN Buenos Aires	79	8	18	2	38	13	12
2. SAN JOSÉ La Plata	71	13	27	-	31	-	5
3. PABLO VI Avellaneda - Lanús	18	4	6	-	7	1	2
4. SANTA CRUZ Lomas de Zamora	14	2	1	1	8	2	3
5. SANTO CURA DE ARS Mercedes-Luján	69	21	24	-	24	-	4
6. SAN JOSE Morón	10	2	2	3 ⁶³	3	-	4 ⁶⁴
7. MARIA REINA DE LOS APOSTOLES Quilmes	23	5	8	2	8	-	3
8. SAN AGUSTIN San Isidro	24	3	8	2	8	3	3

⁶² Los diáconos viviendo en parroquia son incluidos en el ítem "total de seminaristas"

⁶³ Ordenados diáconos en mayo del corriente año de 2008.

⁶⁴ Dos de los cuales participan un día por semana de la vida del Seminario, y de ordinario en las reuniones del equipo.

9. NTRA.SRA.DE LA ESPERANZA San Justo	33	10	11	-	11	1	3
10. SAN JOSE San Martín	6	-	3	-	3	-	3
11. ARCANGEL SAN MIGUEL San Miguel	20	3	6	3	7	1	1
12. Aspirantado MANUEL DOMINGO Y SOL Operarios D.	4 ⁶⁵	-	4	-	-	-	2
13. NTRA.SRA.DE LORETO Córdoba	27	1	8	1	13	4 ⁶⁶	5
14. JESUS BUEN PASTOR Río Cuarto	46	4	13	2	26	1	5
15. NTRA.SRA.DEL ROSARIO Mendoza	39	9	18	4 ⁶⁷	9	3	4
16. NTRA.SRA.DE GUADALUPE Y SAN JOSE San Juan	43	8	15	1	16	3	5
17. SAN MIGUEL ARCANGEL San Luis	41	7	13	2	17	2	4
18. SANTA MARIA MADRE DE DIOS San Rafael	47	12	18	-	12	5	6
19. SAN JOSÉ Concordia	-	-	-	-	-	-	2
20. MARIA MADRE DE LA IGLESIA Gualedguaychú	16	1	3	-	11	1	3
21. NTRA.SRA.DEL CENÁCULO Paraná	76	13	20	1	36	6	8
22. SAN CARLOS	65	8	31	3 ⁶⁸	23	1	7

⁶⁵ 2 de estos seminaristas son externos

⁶⁶ Ordenados presbíteros en marzo de 2008

⁶⁷ De 3º año de filosofía, ya contados entre los de filosofía, por eso no se suman al total.

BORROMEIO Rosario							
23. NTRA.SRA.DE NAZARETH San Nicolás	8	-	-	1	4	3	1
24. NUESTRA SEÑORA Santa Fé	47	7	10	1	25	4	4
25. LA ENCARNACIÓN Resistencia	79	15	36		28	-	7
26. San José Santo Tomé	4	3	1	-	-	-	1
27. SANTO CURA DE ARS Posadas	24	2	12	-	10	-	3
28. PEDRO ORTIZ DE ZÁRATE Jujuy							
29. SAN BUENAVENTURA Salta	24	3	13	5	- ⁶⁹	3	2
30. SANTIAGO EL MAYOR Santiago del Estero	9	- ⁷⁰	2	-	5	2	1
31. NTRA.SRA. DE LA MERCED Y SAN JOSÉ Tucumán	65	10	25	1	39	-	6
32. SAN PEDRO Y SAN PABLO Comodoro Rivadavia	18	4 ⁷¹	4	4	6	-	3
TOTALES	1049	174	360	29	428	55	122

⁶⁸ Acólitos en parroquia (ya egresados).

⁶⁹ Durante la teología se forman en Tucumán.

⁷⁰ No tiene curso introductorio.

⁷¹ El Curso Introductorio "San José" está en Cañadón Seco, Caleta Olivia – Provincia de Santa Cruz.

ESTADÍSTICAS 2008

SEMINARIO MENOR	TOTAL SEMINARISTAS	SECUNDARIO EN EL SEMINARIO	EN OTROS COLEGIOS	PARA ADULTOS	OTRAS CIRCUNSTANCIAS	NÚMERO DE FORMADORES
1. ARCANGEL SAN MIGUEL ⁷² - San Miguel	6	-	6	-	-	1
3. SAN JOSÉ Cruz del Eje	10	-	10	-		1
4. SANTA MARIA MADRE DE DIOS San Rafael						
5. SAN JOSÉ Concordia						
6. NTRA.SRA.DEL CENÁCULO - Paraná	29	29	-	-	-	_73
7. SAN CARLOS BORROMEIO - Rosario	28	28	-	-	-	_74
8. NTRA.SRA.DE ITATÍ Corrientes	8	-	8	-	-	-
9. SANTOS MÁRTIRES DE LAS MISIONES Iguazú	12	-	12	-	-	*
10. Casa de Formación SAN JOSÉ Formosa	*					
11. Casa de Formación SANTO CURA DE ARS Posadas	5	-	5	-	-	*
12. Pre-seminario SAN PEDRO Y SAN PABLO Reconquista	*					
13. Casa de Formación CURA BROCHERO San Roque	*					
14. SAN JOSÉ Santo Tomé	5		5			*
15. NTRA.SRA.DEL VALLE - Catamarca	14	14	-	-	-	1
16. SAN BUENAVENTURA Salta	11	-	11	-	-	1
17. SAN JOSÉ Tucumán	7	7	-	-	-	2

⁷² Desde este año 2008, este Seminario ha tomado una modalidad nueva.

⁷³ Los mismos formadores que el mayor.

⁷⁴ Los mismos formadores que el Seminario Mayor.

18. SANTIAGO EL MAYOR Santiago del Estero	*					
TOTALES	135	78	57	0	0	6

INFORMACION ECONOMICA - ENERO 2007

	CAJA EN PESOS			
Fecha	Descripción	Ingresos	Egresos	Saldo
31-01-07	Saldo balance anterior	\$ 13.141,23		
27-03-07	Compra de dólares		\$ 6.240,00	
10-04-07	Aporte CEMIN 2007	\$ 500,00		
10-04-07	Pasajes Comisión directiva Córdoba		\$ 540,00	
30-07-07	Pasajes Comisión directiva Paraná		\$ 390,00	
22-10-07	Boletín OSAR nº 26		\$ 1.690,00	
25-10-07	Mantenimiento Página web		\$ 184,53	
30-10-07	Pasajes Comisión directiva Córdoba		\$ 1.006,00	
28-01-08	Mantenimiento Página web		\$ 202,00	
29-01-08	Cuota OSAR 2008	\$ 5.600,00		
30-01-08	Viático de traslado Delegado OSLAM		\$ 110,00	
31-01-08	Aporte al expositor Enc Form Paraná		\$ 1.000,00	
31-01-08	Inscripción Delegado OSLAM		\$ 180,00	
31-01-08	Compra de dólares		\$ 1.590,00	
	Subtotal	\$ 19.241,23	\$ 13.132,53	
	Saldo al 01-02-08			\$ 6.108,70
	CAJA EN DÓLARES			
Fecha	Descripción	Ingresos	Egresos	Saldo
27-03-07	Compra de dólares	\$ 2.000,00		
29-01-08	Aporte CEMIN 2007	\$ 500,00		
30-01-08	Compra de dólares	\$ 500,00		
31-01-08			\$ 500,00	
	Subtotal	\$ 3.000,00	\$ 500,00	
	Saldo al 01-02-08			\$ 2.500,00

NOTICIAS OSLAM

Taller de *Lectio Divina* para Seminaristas del Cono Sur

24 al 29 de agosto de 2008

Santiago de Chile, Chile.

Cupos: cinco seminaristas por país.

Organiza DEVYM – CEBIPAL – OSCHI

Encuentro Anual de Directores Espirituales

Viernes 29 de junio al domingo 1º de julio.

Lugar: Casa de Retiros Betania, Mendiolaza, Prov. de Córdoba.

Tema: **“Las reglas del discernimiento espiritual en la formación”**.

Delegados para este encuentro, los directores espirituales Pbros. Daniel Moreno (Quilmes) y Marco Bustos (Córdoba).